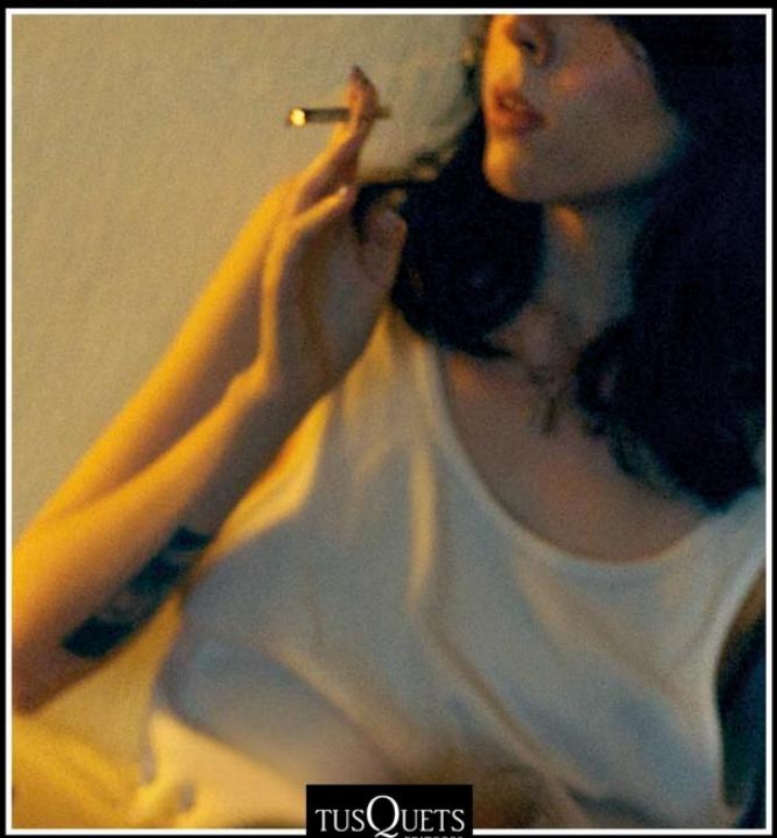
Rosa Jiménez

EL LIMO

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Cita
Nos hallarán muertos
1. Llevas contigo el fuego
¿Qué crees que le va a decir?...
Aquel verano descubrí que matar es adictivo...
Que Olivia no estaba bien...
Te podría enseñar a leer...
Cierro los ojos y veo a mamá...
Olivia se pregunta si...
Estamos paseando por el río...
2. La segunda herida
El café Barbieri está tranquilo...
Al final, entre unas cosas y otras...
Aitor me ha mandado un vídeo...
Y también hubo un tiempo...
La prima apestaba al gel frío...
Justo al lado de la piscina climatizada...
OBK sonaba en los altavoces...
El referente...
Las enfermeras van y vienen...
A mediados de verano...
La tienda de la madre de Erica...
¿Por qué no enseñas tu cara?...
Hace días que Olivia tiene pesadillas...
A todos nos sorprendió que a Olivia...
Aitor nos ha recogido del hospital...

3. La novia
He leído en algún sitio que...
El coche de Olivia está aparcado...
Escribe una canción...
El pueblo habló y se le oyó bien alto...
Han pintado la piscina de azul marino...
Desde la piscina he caminado...
Mucho mejor no parecen irle las cosas...
Nunca le había visto con este esmoquin...
Créditos

Sinopsis

El arco iris de neón de la Rainbow, la discoteca del pueblo, atrae a los más fiesteros cuando los bares empiezan a cerrar. Entre los jóvenes arracimados a la entrada y bajo una de las escasas farolas, dos chicas acorralan a Olivia. Pronto los vítores de pelea se mezclan con la música que se cuela por la puerta del recinto. Las vacaciones están llegando a su fin. Y con él las escapadas con la pandilla, las persecuciones al chico que a una más le gusta. Hasta que el sonido de un guantazo paraliza la escena, un relámpago fugaz que separará a dos primas para siempre. ¿Es posible perdonar una antigua agresión? ¿Dejarán de hablarse sin comprender qué sucedió aquella noche? Tal vez los incidentes del verano oculten algo a lo que no quieren enfrentarse y que es lo que de verdad importa: nadie, por más que se lo proponga, sale indemne del limo.

El limo

Rosa Jiménez

TUSQUETS EDITORES

A mis padres. Siempre.
A Ivan, por su enorme trabajo y confianza.
A Samuel y a Holger, escultores de limo.

Lo que me falta es perdón y piedad, no raciocinio.

La Novia en *Kill Bill*, QUENTIN TARANTINO

Finalmente, dispusimos de algunas piezas del rompecabezas, pero, por muchas combinaciones que hiciéramos con ellas, seguía habiendo huecos, espacios vacíos de formas extrañas, delimitados por todo lo que los rodeaba, países que no sabíamos nombrar.

Las vírgenes suicidas, JEFFREY EUGENIDES

A veces uno quisiera ser caníbal, no tanto por el placer de devorar a fulano o mengano como por el de vomitarlo.

Del inconveniente de haber nacido, E.M. CIORAN

Nos hallarán muertos

Y entonces, el recuerdo.

Aquella noche la carretera de los Saltos, que cruzaba el pueblo y lo dividía en dos, estaba en obras. Apestaba a alquitrán fresco. Los gorriones, ajenos a la advertencia de no pisar, habían dejado sus huellas sobre el brillo del asfalto. Todas las tardes después de venir del baño en las pozas hacíamos carreras con las bicicletas lanzándonos desde lo alto de la cuesta. Ganaba quien llegara el primero al parque del Corchuelo sin haberse levantado del sillín. El temblor del cuerpo. La vibración de los baches y de los socavones mientras lanzábamos gritos inútiles de guerra. Porque estábamos en guerra. Siempre. Contra los padres. Contra el agua de la garganta de la sierra que nos dejaba la piel seca y tirante. Contra nosotros mismos.

Nuestro juego se había acabado porque unos días atrás un motorista se había salido de la carretera al intentar esquivar los baches. Se estrelló de cabeza contra el escaparate de la carnicería. Como no llevaba casco, se dejó el cerebro entre las orejas de cerdo, la casquería y los costillares. Los familiares habían denunciado al ayuntamiento y el alcalde, que en los últimos años veía envejecer el pueblo sin ponerle remedio, abandonó su inmovilidad para socavar nuestras trincheras.

En la calle solo funcionaban tres farolas. Sus puntos de luz espolvoreaban de ámbar la negrura llenándola de una esperanza turbia. El murmullo desenfrenado de la música se deslizaba entre las juntas de la puerta de la Rainbow. Alguien debía de estar jugando al baloncesto en el colegio de la colina porque se oía el eco lejano del balón contra el cemento. Por la tapia de la única casa colonial del pueblo asomaba la hiedra. Abandonada, comida por las zarzas. Allí solo entraba Cristina, la Espiritista, cuando

removía a los muertos en sus tumbas y los soltaba por el pueblo y entonces toda la naturaleza se encogía para no toparse con ellos.

—Échale el agua bendita.

El aliento de Erica en el lóbulo de la oreja. El olor a tabaco. Las anfetaminas. El agujero en mi estómago. Una hondonada en busca del alma. Le di una calada al Ducados que le había quitado a Busián en los Recreativos. Sabía fuerte. Busqué a lo lejos al Padre y a *Daisy*. Aunque era imposible que estuvieran paseando a las tres de la madrugada, me los imaginé yendo hacia el parque del Corchuelo, barriendo la acera con sus pasos cortos, dirigiéndose hacia la puerta de la discoteca al verme. Sacándome de aquel lío.

Sentí la sutileza de la mano de Erica sobre mi hombro. Las caricias que te ponían en guardia.

—Vera, tienes que hacerlo.

Me desaté el jersey de la cintura. Me lo eché sobre los hombros. A finales de agosto el aire frío de la sierra aullaba con violencia y reclamaba al pueblo y lo sumía en la desesperación de un territorio colonizado por la fuerza de los vientos. La cara, sin embargo, me bullía como calostros hirviendo. En el interior de la Rainbow, el DJ pinchaba una versión de «The Rhythm of the Night».

Me gustaba esa canción.

Me gustaba mi vida antes de la llegada de Olivia.

—Venga, va. ¿Qué quieres? ¿Que nos encuentren a todos muertos? Que las siguientes somos nosotras, ya verás.

—Joder, Erica, espérate. Espérate un poco.

Di un paso atrás. Abrí el bolso. Junto a unos pañuelos sucios y un pintalabios rojo que había comprado en el bazar, estaba la botella de plástico con el agua bendita. Apoyada en la fachada de la discoteca, Olivia se miraba las sandalias de cuero. Toda ella inescrutable. Toda ella tan extraña que no parecíamos de la misma familia. Llevaba una camisa de manga corta abullonada y una falda de tablas. Le había prestado un bolso de croché que no usaba desde el año anterior. Si buscabas «hortera» en el diccionario, había una foto de la prima. Los hielos derretidos formaban una lámina viscosa en su copa de Malibú con piña. De algún sitio vino el olor a

amoniaco de la cocaína fumada. El cartel de la Rainbow —siete líneas de colores fluorescentes— parpadeaba, a punto de fundirse. ¡Pelea!, gritó Richie Camuñas a mi espalda, con la voz templada por el vino. La gente se arracimó detrás de nosotras y el racimo se convirtió pronto en una vid extensa de ojos redondos y de cuerpos echados hacia delante y de ganas de saber y de no saber qué.

—¡Pero qué cojones está haciendo!

El grito de Erica me llevó de vuelta a Olivia. Estaba meando de pie. La orina le resbalaba por las piernas y formaba charco en el suelo. Erica me empujó y se colocó frente a la prima.

—Puta cerda. Puta gorda marrana.

Señaló los bajos de mi pantalón vaquero de campana, salpicados de orina. Erica estaba fuera de sí. De una forma distinta, yo también. Aquello le pasaba a una Vera que no era yo. Salirse del cuerpo. Abandonarlo. Huir o enfrentarse. Huir. Siempre huir. No hay dilema cuando la elección es única. Cerrar los ojos para que los demás no te vean. El dolor. Un dolor inespecífico. La piel. Los huesos. La existencia.

Uno de los coches aparcados en la acera encendió el motor. Las luces del bar Revuelta, unos metros más abajo, se apagaron. A lo lejos sonó una bandurria. Me pregunté quién estaría tocando a estas horas. Por qué el pueblo parecía más despierto que nunca. Por qué la vida no se callaba.

—¿A qué esperas? —me dijo Erica mientras se apartaba—. Me cago en tu puta madre, la loca, si no le echas el agua bendita. En tu puta madre y en tu puto padre y en tu puta perra.

Pensé en Gusi, en todo lo que había pasado entre nosotros. La ira se había marchado dejándome a solas con la tristeza y la tristeza era pura traición a la herida. Olivia me ayudó a recuperar la rabia. Se metió la mano debajo de la falda, mojó los dedos en orina y me los restregó en la cara. La furia me tensó la mandíbula. El corazón se me mudó a los músculos. Palpitó, acomodándose a una piel que ya no daba más de sí, que se daba con el tope y se aplastaba. La cabeza me iba a estallar. Una lava de sesos, de materia gris y blanca. Me limpié con el antebrazo. Había un ligero rastro de olor a café en la orina. Abrí la mano y le pegué en la

cara. Su cabeza se bamboleó como una muñeca pepona.

Y después la sangre.

En la boca.

Debió de morderse el labio. Las expresiones de sorpresa. Los oh, ahí va, hostia puta, joder. La violencia es animal. La violencia es onomatopéyica, gutural. La violencia es respiración acelerada.

Olivia se hizo hueco entre la gente y enfiló la carretera. Era muy tarde para que se fuera sola a las Lomas, pero en aquel momento no me importaba. No sabía que era la última vez que la vería aquel verano. Que pasarían años hasta volver a vernos y que, cuando lo hiciéramos, sabríamos que nuestras existencias estaban enlazadas por algo más que aquel bofetón en la cara.

—Te has pasado, Vera. Menuda hostia le has pegado. Bueno, mañana estará como nueva. Es solo un aviso. A ver si así se le quita lo que tiene dentro. Aunque se te ha olvidado el agua bendita.

Un aviso nada más. La satisfacción de Erica sonaba húmeda, pasada por cien lenguas que chorreaban saliva. Descubrí a Koku en la puerta de la discoteca. Me acerqué y le cogí del brazo para llevármelo a los reservados. Miré hacia atrás un momento. La figura de Olivia se iba haciendo más pequeña. El cartel de la Rainbow dejó de parpadear y se apagó durante unos segundos. Después, como si no hubiera pasado nada, retomó su agonía.

Siete líneas, siete balas de colores, disparadas en la soledad de la noche.

Han pasado cuatro días. Tres desde que Olivia se fue del pueblo. Las obras en los Saltos forman un pantano de chapapote, piedra triturada y arena. El cierre metálico de la carnicería sigue bajado. En el suelo, a pesar de los cubos de agua y de la lejía de Paloma, la carnicera, permanece la sangre oscura y pegajosa del motorista. Nadie va a comprar allí. Sangre llama a sangre, se oye por las calles, sin sospechar que durante el verano se derramará mucha más. La Espiritista en sus espiritismos de cenizas y vísceras de cabra vieja dice que el muerto tenía cuentas pendientes y hasta que

no las resuelva no se irá de entre los vivos, y Paloma, que ya puede darse prisa o lo mata dos veces.

Cuatro días. La mancha de sangre se acomoda en la acera. Entre los restos de chicle, la hojarasca y la gravilla. La carnicera está al borde del colapso. Los tíos vuelven a Madrid y se llevan a Olivia con ellos. Y yo, comida por la rabia, he empezado con las pesadillas.

Una noche soñé que un toro me penetraba por detrás mientras me agarraba a sus cuernos.

1
Llevas contigo el fuego

—¿Qué crees que le va a decir?

Se lo he contado. Llevamos, según el reloj del móvil, dos horas mandándonos mensajes de audio. Podríamos habernos llamado, pero eso sería cambiar los términos de la relación. Su voz es profunda. Su voz es de locutor de radio, pero Aitor es anestesista. Eso les da miedo a mis amigas. Dicen que a ver si va a ser un asesino en serie y me va a dormir cuando quedemos y me va a hacer algo y después ellas tendrán que salir en los medios ojerosas y consternadas, todo lágrimas y pena, diciendo maravillas de mí. Que a ver si me va a hacer algo que yo no quiera, claro. Y se ríen.

Trabaja en dos hospitales privados. Uno en la sierra de Madrid y otro en Alcobendas. Apenas dispone de tiempo libre, pero tiene pensado jubilarse pronto para vivir la vida. En unos diez años, calcula. Se ha reído cuando le he preguntado qué está haciendo ahora, si ahora ha elegido muerte hasta que le venga la vida. Le gusta cómo retuerzo el lenguaje, me dice. No tiene hijos. Se ha separado hace tres años, así que cumple la primera regla de mi particular club de la lucha: nunca salir con un hombre que lleve menos de dos años divorciado. Si aún habla de su ex, cortar de inmediato el contacto. A Claudia un tipo le lloró después de haberse acostado con él porque se acordaba de su exnovia, según él, el amor de su vida. Me estás haciendo sentir como el culo, le dijo ella. Y el tipo lloró más fuerte.

—No lo sé. Pedirle perdón en persona, imagino. Ya se lo ha pedido por carta.

—¿Tú serías capaz de perdonar algo así?

Pienso en Gusi. Me he dado cuenta de que, de una forma u otra, nunca he dejado de pensarlo. Nunca me he atrevido a usar la

palabra que tengo ahora en mente. He preferido no hacerlo. ¿Cobardía? Supervivencia.

Me ha salido una erupción en la mano derecha y me pica. Muevo los dedos para mantenerlos ocupados, bien lejos de la herida, que se emperra y se abulta cuando la rasco.

—Tengo una erupción en la palma de la mano.

Más de una vez Aitor se ha quejado de que cuando dice que es médico, las chicas de Tinder le tratan como si estuviera en la consulta. Primero la clasificación de síntomas. Después el diagnóstico. Tal y como está la lista de espera en la Seguridad Social, les sale mejor tener una cita con él, bromea. Cuando ellas mencionan el inventario de dolores, achaques y molestias musculares, él ya solo puede verlas como pacientes. Medicaliza los cuerpos. Se convierten en pura anatomía. A mí el físico de una persona, en sí mismo, no me atrae, me dijo cuando le envié la primera fotografía. Y no supe cómo tomármelo.

—¿En qué zona exactamente? Hazle una foto y me la envías.

Me encanta cuando se pone en plan médico. Tan serio. Tan profesional. Tan sexi.

—No te preocupes. Me la ha visto el dermatólogo. Dice que es el estrés.

Aitor enlaza varios emojis sonriendo.

—Ya estamos. Siempre lo mismo. Los dermatólogos y el estrés. Es su respuesta para todo. Pero no me has contestado. No cambies de tema. ¿Perdonarías algo así?

—¿Para qué lo quieres saber? ¿Harías tú algo así?

Su respuesta es rápida.

—No.

No sé por qué se divorció. No me atrevo a preguntárselo. Él no lo ha mencionado. Al menos no ha dicho que su ex esté loca, que es el insulto que la mayor parte de los hombres les dedican a sus exparejas. Para contrarrestar, ellas les llaman psicópatas. Me pregunto si para enfrentarse a una ruptura hay que situar al otro en el territorio de lo anormal, pensar que su comportamiento transgrede los límites naturales de lo que debería ser, si al ego le daña menos saberle enfermo que desenamorado.

—¿Le perdonarías?

Aitor insiste. Con él no hay preguntas sin contestar, temas que no se hayan zanjado. Si abres una vía, tienes que estar dispuesta a seguirla.

—No. Le ha destrozado la vida.

—Sé que es muy gordo lo que pasó, pero ¿tú no has hecho algo malo alguna vez? ¿No has hecho algo de lo que te arrepientas? Todo el mundo merece otra oportunidad. Puede haber reflexionado. Puede haber cambiado.

—Eso dice él.

Y me pregunto por qué hablamos tanto de él, por qué no nos centramos en Olivia. Por qué el pedir perdón es un acto socialmente tan poderoso que elimina a la víctima. Claudia llama a la puerta de la habitación.

—Entra.

Su melena rizada se asoma por el hueco de la puerta.

—¿Vas a querer pizza? Voy a hacer una de cuatro quesos y no me la voy a comer entera.

Claudia nunca se come lo que hace. O, mejor dicho, lo que calienta. Ni ella ni yo sabemos cocinar. La diferencia es que su madre le manda táperes y a mí el Padre me manda a la mierda. Le contesto que sí. Si le pongo un poco de jamón york tendré una cena bastante decente.

—Te la dejo en el horno. Y habla más bajo, que me estoy enterando de toda vuestra conversación. Bueno, de tu parte. ¿Todavía no has visto a ese tío? ¿Cuánto tiempo lleváis hablando? Va a ser un palo, ya verás.

Le guiño un ojo y le tiro un beso.

—Gracias por la pizza. Cierra la puerta cuando salgas.

Claudia, que nunca pensaría en añadirle ingredientes a la pizza, que es una conformista nata, no entiende que Aitor y yo llevemos tres meses sin haber tenido una cita. Para ella la vida transcurre por cauces normales. Es una de esas personas fáciles, livianas, que sabe cuándo hay que preocuparse de verdad y también que las veces que eso ocurre son tan pocas que no merece la pena esperarlas. Vive de echar las cartas en el Retiro, en una

mesa plegable que sitúa a unos metros del Palacio de Cristal porque, según ella, los que visitan ese costillar sin alma están necesitados de certezas.

Bajo la voz cuando continúo con los audios.

—Joder, esto es muy gordo, Aitor. Te jode la vida para siempre. Los tíos no lo entendéis. No tenéis ni puta idea. Ahora me dirás que fue culpa de ella por quedarse a solas con él o por cómo iba vestida.

Puedo sentir la decepción de Aitor en lo rápido que teclea. No lo piensa. No juega al gato y al ratón. No mide sus palabras.

—Por favor, Vera, no digas eso. Solo me pregunto si es posible cambiar. Si es posible mutar la esencia o como quieras llamarlo. Quizá fue mala persona, pero ya no lo es. Quizá fue una cosa aislada y no lo ha vuelto a hacer. No lo sé. No podemos juzgar a la gente a la ligera.

No fue un hecho aislado. Olivia me ha contado que fueron varias veces. Pero ¿y qué si solo hubiera sucedido una vez? Es fácil justificarse. Es tan fácil que aprendemos a hacerlo de niños y ya no se nos olvida. Creo que si no existiera la justificación, sería insoportable la vida. Claudia ha puesto la televisión. Qué ganas de rascarme el sarpullido. Qué ganas de llevarme todo por delante.

—¿Sabes que hace muchos años le pegué un bofetón a la prima? Es raro que después de eso me haya elegido para contarme su secreto. Me sorprendió mucho que me llamara. De pequeñas éramos inseparables hasta que un día, de la noche a la mañana, los tíos decidieron irse a vivir a Bruselas. Hasta ahora no he sabido por qué se fueron. Al cabo de unos años se compraron una casa en el pueblo y fue entonces cuando pasó lo del bofetón.

Le explico, por encima, lo que sucedió fuera de la Rainbow. A él le entra la risa. Un audio entero riéndose.

—No te tortures, erais unas crías.

—Ya, pero la cosa es que nunca me sentí culpable. Olivia me ponía nerviosa... Aún lo hace. ¿Has visto *Carrie?* Carrie es tan lerda que hasta el espectador siente que se merece las burlas para ver si espabila. Eso es lo bueno de esa película. Que te hace sentir mal porque entiendes a los abusadores.

—Hasta que ella se venga...

—Eso es. Hasta que ella se venga de todo el instituto y entonces vuelves a ponerte del lado de la protagonista. Yo quise darle ese bofetón. No fue sin querer. Pensé que se lo merecía. Lo que no sé es por qué se fueron del pueblo al día siguiente. Imagino que se lo contaría a sus padres. Durante días esperé que los tíos aparecieran en nuestra casa, pero ni vinieron ni tuvimos noticias de ellos después.

—¿Y tu prima nunca se vengó de ti?

—No, se fue y ya está, pero yo qué sé. En ocasiones parecía que Olivia era otra persona. Unas veces era una mojigata y otras te podía soltar una burrada. Nunca sabías por dónde te iba a salir. ¿A ti no te pasa que te incomodan ese tipo de gente?

No, claro que no. Aitor no habla mal de nadie. Y eso también me saca de quicio. A veces el mayor signo de amor es despellejar juntos a otra persona, decir ¿te has enterado de...?, anda que esta... no te lo vas a creer..., sentir que hay alguien que desprecia a tu mismo ritmo, que utiliza el insulto para calmar su herida. Los animales heridos son peligrosos, pero lo son aún más los intactos. No quiero seguir hablando si no va a darme la razón. Me arrebujo en la cama. Las sábanas huelen a jabón Lagarto. Las paredes del cuarto están desnudas. En la estantería polvorienta agoniza el cactus que me regaló el Padre. Debo de ser la única persona en el mundo a la que se le ha muerto un cactus. Me comporto con las plantas como con los seres humanos, como si los más duros no necesitaran cuidados.

El camión de la basura avanza pesadamente por la calle. El vecino ha encendido la radio. Pongo una mano en la pared para intentar atrapar las notas de los boleros. Don Rufo fue cura. Colgó los hábitos para casarse con una de las feligresas. Ella murió poco después. De un infarto. Dios les ha castigado, dijeron los vecinos. Debajo de la esquela que colgaron en el tablón de anuncios del portal, alguien escribió DON RUFO, SOTANA FLOJA, y él, con la misma parsimonia con la que solía decir misa, lo tachó con el bolígrafo que siempre llevaba prendido en el bolsillo de la camisa, junto a un ramillete de hierbabuena. «Toda una vida me estaría contigo.»

Acaricio el gotelé y me digo que detrás de ese muro está don Rufo con su soledad y que dos soledades bien pueden hacerse compañía.

Suspiro. Ya está bien de tanto peso. Ya está bien de boleros. Ya está bien de regodearme en la tristeza. Le mando a Aitor el icono de un gorila y una ráfaga de niebla.

—Esa es fácil. *Gorilas en la niebla.*

Jugar a las películas. Volver a ser una niña. Dejarse llevar. Fluir. Como si la dirección en la que uno fluyera no estuviera de antemano determinada. Quien cree que mana libre es aún más iluso que el que piensa que con amor puede cambiar al otro.

Solo el odio cambia a las personas.

Solo el odio coloniza la identidad.

Solo el odio pontifica.

—Tenemos que vernos. Tenemos que vernos ya, Vera.

Y aquí está. Otra vez. El miedo. La angustia. El sudor. Las ganas de abandonar la piel. De mudarla. Sé que tiene razón. Cuanto más tiempo pase, más le idealizaré, más de mis deseos habrá en cada uno de sus mensajes. El fantasma es la representación de un anhelo y el anhelo es siempre una representación fantasmagórica. Se retroalimentan. Se canibalizan. El teléfono de la casa de don Rufo suena, él apaga la radio y escucho el murmullo de su voz hablándole a la noche. La alarma de una tienda se activa en la avenida. Alguien se ha asomado al balcón y le grita a la alarma que se calle.

Le digo a Aitor que sí, que claro que nos veremos, cuando él quiera, que es él quien está ocupado, le doy las buenas noches, salgo de la habitación y pongo en un plato los dos trozos de pizza que me ha dejado Claudia. En el salón ya no hay nadie. La puerta de su habitación está cerrada. Abro el frigorífico. Los táperes de su madre. Un pepino deshidratado, tan escurrido como los pómulos de las modelos. No queda jamón york ni nada con lo que pueda disfrazar la textura de plástico del queso. Caliento los trozos en el microondas. Me sirvo una copa de vino. Cuando vuelvo a la habitación, a través del tabique María Dolores Pradera le canta al desamor con el desgarro suficiente como para volver a enamorarse. Dice abre tus ojitos de agua y calma de mi amor la sed, y yo me

meto en la cama con la cena y quiero echar raíces en este colchón de muelles. Apoyo la copa de vino sobre la mesilla. Bebo con cuidado de no manchar las sábanas. Pienso en Olivia, de la que apenas me he acordado en todos estos años. En el pueblo.

En que la memoria es una ambulancia que recorre el cuerpo, tenaz, sin rumbo fijo, en busca de heridas. Hasta encontrarlas.

Aquel verano descubrí que matar es adictivo. El alivio de una muerte que no es la tuya. Sobrevivir, permanecer en el tiempo es también, de alguna forma, ser un asesino.

Durante días la gente se echó a la calle cargada con matamoscas y repelentes. Las ancianas desplegaban los abanicos y los utilizaban como arma. Los niños las cazaban para después usarlas con los tiragüitos. Palos de escoba. Toallas. Periódicos enrollados. Todo valía. Nadie se explicaba por qué el calor encabronado de julio nos había traído aquella plaga de polillas. Columnas enteras de insectos que vagabundeaban por las calles, que cambiaron la colorimetría del aire y lo convirtieron en una profecía que se movía sonámbula y a tientas por las fachadas de piedra y nos hablaba desde una época en la que no existía el lenguaje porque todo eran zumbidos. Las orillas de las aceras, invadidas por los cadáveres, se llenaron de una capa blanquecina, como si a la calle le hubiera crecido una mata de pelo cano. La Espiritista decía año de plagas, año de abundancia.

No se equivocó. Tuvimos de todo, y todo lo que tuvimos nos sobró.

Con las polillas, llegaron también los tíos.

Villa Meona. Así bautizó el Padre la casa que los tíos se compraron en las Lomas, a un kilómetro y medio del pueblo. Tres plantas, ocho habitaciones y cinco cuartos de baño en la urbanización de los ricos. Allí los chavales no molían a pedradas los difusores de las farolas, las avenidas eran amplias y estaban asfaltadas hasta el primer peldaño de las escaleras que bajaban a la garganta. Las fachadas de las casas relucían impolutas y los gatos habían hecho

su hogar junto a la torre de alta tensión. Los vecinos les daban latas de comida y morralla. No los tiraban de los tejados o los mataban de un golpe en la nuca, como era habitual en el pueblo.

—A los pretenciosos no les valía con nuestra casa —dijo el Padre desde la cocina—. ¿No me oyes? Unos pretenciosos.

Te has casado con un chollo de hombre, le decían las amigas a mi madre. De sus tiempos de la mili en cocinas sabe hacer de todo. Te deja salir a tomarte unos vinos. No es bebedor ni putero. Está claro que en un mundo de ciegos el tuerto es el rey y él no era tuerto, pero tenía ese tic en el ojo que hacía que lo guiñara un poco como si siempre le estuviera dando el sol. Las amigas de mamá. Que tanto la querían y tanto la criticaban. Por su bien, siempre por su bien. Que se dejaban calentar por los alcohólicos de sus maridos y después lloraban cuando a ellos les comía el cáncer y les suplicaban a los médicos que los salvaran para no quedarse solas. Esas amigas, ¿qué podían saber ellas de la vida?

—¿Es que no me oyes, sorda?

Mamá estaba sentada a la mesa. Se había recogido el pelo en una coleta alta. Con la vista puesta en la televisión, las piernas cruzadas sobre la silla, cambiaba los canales sin detenerse en ninguno. Se sobresaltó con la pregunta del Padre. Acababa de llegar de la montaña. Le gustaba pasear, andarse hasta el pueblo de al lado por el camino de las fincas y tomarse un chato de vino mirando hacia la sierra. Amaba la soledad. Y por eso la llamaban la Solitaria, como el bicho que se te metía dentro y se alimentaba de ti hasta chuparte por completo. Se decía que nadie se había atrevido a acercarse a ella hasta que llegó el Padre con sus cocinas y su ocuparse de la casa y la gente: qué envidia, Petra, qué envidia. Pero era una envidia con la boca chica.

—No tengo hambre.

En el rostro del Padre se dibujó una sonrisa floja. Se desabrochó la camisa de los domingos dejando al descubierto los pelos del pecho, tiesos como escarpias. Se mordió el labio. Mala señal. Siempre se agredía a sí mismo, la piel y los huesos roídos, antes de pasar al ataque.

—Claro, te habrás comido unos morros en el Ropiño. Pues

ahora te aguantas. Y por la noche toca conejo. Te lo digo por si te da por escaparte al monte otra vez.

Para evitar que trasladara su furia hacia mí, pinché con desgana un pimiento frito de la fuente de cristal que reposaba sobre la mesa. Junto a ella, un plato con una pila de filetes de cinta de lomo. Me había pasado la mañana con Erica en su casa, bebiéndonos el licor de café que su madre destilaba y que guardaba en una garrafa en el mueble bar del salón. Después, para despejarnos, nos habíamos metido un tiro del medio gramo que nos había dado el Urraca la noche anterior en el Penta. *Daisy* me olisqueó los pantalones. Apestaban a tabaco. Siempre apestaban a tabaco. La mandíbula se me iba para los lados. Apenas podía articular una frase coherente. El tiro no había borrado el alcohol por completo. Mis intentos por enmascararlo eran más tiernos que efectivos. En cualquier caso, mis padres nunca se daban cuenta. Estoy convencida de que la paternidad se ejerce a cambio de una ceguera selectiva, de un pacto de silencio entre los padres y los hijos. Levanté el tenedor para llevármelo a la boca. El aceite resbaló por la punta del pimiento. El estómago se me cerró. Sentí la mirada del Padre sobre mí. Los ojos azules. Punzantes, cristalinos, un estanque helado. Somos siempre espejo, solía decir el Urraca con sus frases filosóficas en las madrugadas del Penta, pero el problema es que no elegimos de quién lo somos. Ensarté tres pimientos de golpe.

—Espera que vaya a por la espumadera y te sirva yo, que así no sabes lo que comes.

El Padre se dirigió a la cocina. Rápido. Ágil. Un rabo de lagartija separado del cuerpo. Mamá se irguió en la silla, cogió su tenedor, pinchó un trozo de filete de ternera, lo partió en dos y puso una de las mitades en mi plato. Sonrió enseñando los dientes. La miré con reproche. Ella se llevó el dedo índice a los labios. Mantuve la mirada recriminatoria. Si seguía echándome comida, acabaría como Olivia, que a sus trece años estaba gorda como la yegua preñada del tío Joaquinillo.

—Mucho mejor si tienen casa. Aquí no hay espacio —dijo mamá, continuando la conversación interrumpida.

El Padre había vuelto con la espumadera y una fuente de arroz con leche.

La abuela Paula le había dejado la casa en herencia porque, de los tres hermanos, era el que más iba al pueblo. Y los otros que arreen, dijo cuando firmó el testamento. La vivienda formaba parte de la Corona que, a pesar del nombre, era una de las zonas más humildes y feas porque no era obligatorio mantener la homogeneidad estética del casco viejo. Estaba construida en tres alturas. Era tan estrecha que solo había una habitación por planta. Los vecinos la llamaban el Torreón de la Corona. Viviendo en esa casa tenías la impresión de que todo ascenso en la vida era a costa de perder volumen y tierra en las suelas. El baño, construido debajo de la escalera, era de techo inclinado. Mi hermano Fran medía un metro noventa y tenía que mear agachado. Aquel año Fran no había ido al pueblo. A él solo le importaban Madrid y los libros. Los últimos veranos se los había pasado en el patio leyendo, tumbado en la hamaca como lo hará años después, tras el divorcio, mirando a algún punto del infinito en el que permanecerá, distante y nostálgico, aferrado a un dolor que será agua de borrajas porque él a su mujer nunca la quiso, pero antes que reconocerlo se sacaría los ojos y los utilizaría de marcapáginas. Fue un alivio para todos cuando anunció que ya era mayor para quedarse solo, especialmente para el Padre, que veía indicios de pereza en tanta lectura.

—Se han comprado una de esas casas que están en la garganta, la de los belgas. Dicen que los conocieron en Bélgica y que ha sido una ganga. ¿Cómo va a ser una ganga con lo grande que es? Dime tú para qué quieren piscina teniendo la garganta justo abajo. En lugar de bañarse en agua natural, venga a llenarse de cloro.

El Padre arremetía de nuevo. Un escualo que no soltaba la mordida, aunque supiera que la presa no era comestible.

—Querrán privacidad. Además, ahora Vera puede irse a bañar allí. ¿No dices siempre que alguna vez se va a matar tirándose desde los canchales? ¿No decías que no querías que se quedaran aquí porque la mujer de tu hermano es una señorita que no está

acostumbrada a hacer las cosas de casa?

—Mi hermano es un inútil y su mujer, más, pero ¿qué tiene que ver el culo con las témporas?

El Padre se levantó y se giró hacia mí.

—Y tú no te rías. Te va a tocar cargar con tu prima. Y esa no está bien de la chota, te lo digo yo.

—Pero si apenas la hemos visto.

La Olivia que yo recordaba era una niña ágil y nervuda, la que mejor saltaba la goma elástica en el parque. Del Land Rover blanco con techo beis que los tíos compraron para moverse por el pueblo había bajado una adolescente entrada en carnes que me sacaba media cabeza de altura. Mientras nuestros padres hablaban en el patio de casa, le pregunté si recordaba el día que bajamos con un cubo con agua y jabón, y lavamos los coches de la acera hasta que Gael, el dueño de la tienda de ultramarinos, nos persiguió por ponerle la entrada perdida de detergente. Y entonces nos fuimos hasta el callejón del taller de costura, de donde las mujeres salían en invierno abrochándose el abrigo y mirando a ambos lados de la calle, como si dentro hubieran cometido un delito, y enjabonamos una furgoneta hasta que un chico joven nos gritó desde un balcón que qué cojones hacíamos con su Fiorino. No. No se acordaba. ¿Ni cuando entramos en la zona donde vivían los militares, junto al cuartel, y trepamos las moreras para coger las hojas para los gusanos y después les pusimos nombres a todos y fueron *Brandon, Brenda, Dylan* y *Kelly,* nuestro *Sensación de Vivir* de larvas?

No. Ya no insistí más.

—No te preocupes, que te vas a hartar de verla.

El Padre avisó a mamá, que había empezado a bostezar frente al bol de arroz con leche, de que llevaba toda la mañana cocinando. Se giró para volcar un poco de arroz en el cuenco de *Daisy*. Mamá me echó un par de cucharadas en el mío. Comí en silencio. ¿Por qué mi madre no podía ser como el resto de las madres? Tu madre es un chivo subido a un árbol, Vera. Y de ahí no la bajas. Las palabras de Erica, que confundía la crueldad con la sinceridad y la llevaba a gala. Ahora echo de menos todo aquello. Las sobremesas interminables. En la televisión, la vuelta ciclista.

Siempre he pensado que la crisis del concepto de familia está ligada al descenso en las audiencias del ciclismo. Que el matrimonio se parece a ver esas largas etapas monótonas, al pedaleo continuo con la esperanza de que al final se produzca alguna sorpresa. Echo de menos el ataque. El silencio. La sonrisa en los ojos verdes de mamá. Mi hermano y yo gravitando alrededor de ella. Una madre en movimiento. Una dulzura intermitente. Una madre que en quince años detendrá su actividad para siempre.

La Solitaria.

La Rara.

La Loca.

Que Olivia no estaba bien, que todo en ella parecía gritar en un idioma que ya no compartíamos, era algo que iba a comprobar bien pronto.

El charco de la Mora resplandecía a pleno sol. Un águila dibujaba círculos en el cielo. Las chicharras estridulaban desde los árboles. La garganta descendía abundante y lamía los canchales hasta bien entrado el camino. La bruma lechosa de la luz del mediodía desaturaba el paisaje. A aquella hora no había nadie, ni siquiera Carmelo, que bajaba cada día del monte con sus cuatro hijos para darse un baño. En la finca no tenían agua corriente y se metían en el charco desnudos y se frotaban con jabón hasta sacarse la roña y después se secaban al sol, el cuerpo en carne viva, sobre la roca caliente. La tierra en el pueblo era dura. En verano, costales de sol, crías de lagartija y culebras de agua. Si el invierno había sido bueno, la piscina natural y las pozas venían llenas. En años malos, cuando la sequía hacía estragos, nos había hecho el apaño la piscina hinchable en el corral de Erica hasta que un día se nos estalló con la chusta de un cigarro.

Las conversaciones estaban llenas de palabras como «calorina», «tupa» y «agarrarse la pea». Palabras que al regreso a la ciudad persistían en mi vocabulario. Me agarraba a ellas con uñas y dientes. La búsqueda de la identidad me situaba en un territorio limítrofe, siempre en la frontera. En Madrid era la paleta. En el pueblo, la pija, aunque mi familia no tuviera donde caerse muerta.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué te parece?

Olivia no pareció impresionada por las vistas del valle desde la garganta. Dejó la mochila en una hondonada del canchal, junto a la mía, se quitó el vestido y dejó al descubierto su cuerpo embutido en un bañador negro de lunares blancos. Me acuerdo

perfectamente de ese bañador porque semanas más tarde me lo encontraría flotando en la piscina de su casa. Se metió en el agua sin titubear. Nadó hasta la piedra que sobresalía del agua y se sentó en ella. Durante años aquella piedra había dominado la garganta, una reina cubierta de musgo, emergiendo dos metros de las profundidades. Aquel invierno la reina había sido doblegada por la fuerza de las tormentas. Estaba casi hundida. La llamaban la Vencía porque en el pueblo la derrota era siempre femenina. Se bajó los tirantes del bañador y dejó que el sol se reflejara en su pecho. A mí me daba pudor mi cuerpo, la mirada del otro sobre la piel. Querer que te miren. Odiar que lo hagan. La esquizofrenia de aquellos años adolescentes, el principio de los siguientes, en los que lo corpóreo era la traición de una esencia siempre en disputa. No había salido a mamá. Ella en sus paseos por la montaña se bañaba sin ropa en las pozas y me animaba a que yo lo hiciera. Pechos proporcionados, caderas prominentes, lunares colocados estratégicamente, solo la marca de la cesárea mostraba una fisura en su elegancia.

Me tiré de cabeza. El frío me paralizó las sienes. Para quitármelo, nadé hasta la Vencía. Olivia se había tumbado boca abajo. Detrás de las rodillas, una maraña de estrías entrelazadas. Los muslos salpicados de varices. El pellejo colgón en los brazos. Las cicatrices en las muñecas, fósiles plateados en la lava de la piel. Sabía lo que eran. Había visto esas mismas marcas en los brazos de Nieves, mi compañera de mesa del instituto. No la dejaban ir al baño sola después de que se encerrara en uno de los cubículos y se abriera la carne con el compás de la clase de dibujo técnico. Aquel día la ambulancia aparcó en el patio. Al conductor se le olvidó apagar las luces y el campo de fútbol se convirtió en una pista de baile con balizas y luces estroboscópicas, pero no había música y nadie bailaba. Un médico le cosió las heridas, le dio un ansiolítico y le acarició la melena rubia como si fuera un gato de Angora. Ya está, bonita, le dijo. Ya está. Igual que en un salón de manicura. En las semanas siguientes hubo gente que intentó imitar a Nieves. Punzones. Anillas de las latas de Coca-Cola. Aquello se convirtió en una pandemia. Los profesores no sabían cómo actuar. Nadie los

había preparado para enseñar a amar la vida. Y el dolor se abría paso. Brillante. Terroso. Deshilachado. ¿Qué os pasa?, preguntaban, desesperados. Como si la respuesta a esa pregunta fuera sencilla.

—Olivia, el sol está pegando fuerte. Ponte a la sombra.

Ella giró la cabeza hacia mí. Se puso panza arriba. Una mosca verde se le posó sobre el abdomen. La espantó de un manotazo. Volvió a girarse. Derramada sobre el canchal. Los brazos pegados al cuerpo. Las palmas de las manos hacia el cielo. Los surcos bien a la vista.

Me dijo algo en francés que no entendí.

—¿Quién es este cangrejo?

Erica tiró su toalla a mi lado. Después de bañarme me había tumbado a la sombra con la mochila como almohada. Tenía los ojos cerrados y estaba ya en ese lugar donde todo resuena lejano, como metido en plástico de burbujas, hasta que Erica me trajo de vuelta. Llevaba una camiseta mía que le dejaba el ombligo al aire. Se la había prestado hacía tiempo. Ella decía que ya era suya, que en realidad siempre lo había sido porque le quedaba mejor que a mí y que la ropa era como los perros, que elegían a su dueño. Me desperecé y me giré hacia la lancha lisa. Olivia seguía en la misma posición, abrazada al canchal, dándole su cuerpo al sol. Y el sol tomaba. Claro que tomaba. Por mucho que uno bebiera, por mucho que te llenaras de orujo y de whisky barato, nunca se podía ser más borracho que el sol. Eso era algo que todos sabíamos.

—Mi prima, la que se fue a vivir a Bélgica.

—O sea que habla francés.

Me encogí de hombros.

—Claro, imagino. Olivia, quítate del sol. Te estás quemando.

Ella contestó que ahora, en un momento. Erica gritó:

—*Comment allez-vous?*

Su tía abuela había vivido en Francia durante la posguerra. Se casó con un español en el exilio al que no le importó que a Esther de joven le hubieran vaciado el útero para quitarle un quiste.

Esther la Hueca, la llamaban. La Hueca había vuelto a España cuando murió el marido. Mezclaba el francés con el español y zanjaba todas las conversaciones con un *bien sûr*, incluso cuando no estaba de acuerdo. En el pueblo la Hueca tenía fama de egoísta. No tiene hijos, decían; no sabe lo que es sufrir. De ella había tomado Erica algunas palabras, solo algunas, aunque aseguraba que en casa todos hablaban en francés, pero que no podía hacerlo fuera porque ya se sabía cómo era la gente del pueblo, que enterraban en cal viva a los que destacaban.

Olivia apoyó los antebrazos sobre la lancha, se irguió y comenzó a reírse. Del charco de más abajo, el de las Hilillas, se escaparon los gritos de victoria de la pandilla de los Cincuenta. Solían ir allí a tirarse de cabeza. El año anterior, en una de las competiciones que organizaban los chicos, Alberto Pavón había calculado mal el impulso al tirarse desde el pino, el punto de más altura de la garganta. Se pegó de bruces contra la roca. Ya estaba inconsciente cuando cayó al agua. Fue un milagro que lo sacaran vivo. El padre de Alberto había muerto de un infarto unos años antes. Todos estábamos seguros de que, desde donde estuviera, le había protegido. No solo se salvó; después de varias cirugías, Alberto, siempre el más ligón de su pandilla, estaba más guapo que antes. La Espiritista había sacado al padre una noche y le había dicho que ese muchacho tan inquieto le amargaría la eternidad y que no tenía ninguna prisa por reencontrarse con él.

—¿De qué se ríe esta hija de la gran puta?

—Nadie habla así en francés y menos la gente de nuestra edad.

El águila seguía formando elipsis en el cielo. En el pueblo se decía que las aves se estaban muriendo de hambre. Que apenas había ya culebras ni ratones. Los pesticidas, cada vez más agresivos, los habían diezmado. Pensé que, quizá, el águila no volaba para cazar. Sin alimento, sin nada más que hacer, volaba para distraer el hambre. Una vuelta, otra vuelta. Si nos callábamos todos, si éramos capaces de no dar rienda suelta a la agresividad que nos hacía mordernos los unos a los otros, al impulso eléctrico, al calambre de las vísceras, podríamos escuchar las tripas rugiendo

en el vuelo.

Erica me golpeó el hombro con brusquedad. Habló alto, para que Olivia pudiera escucharla.

—Dile a la sabihonda que en España si eres un fantasma y te pones al sol, te quemas.

Un mal presentimiento se me instaló en el estómago. Si Erica te cogía entre ceja y ceja, no te soltaba. Busián apareció al final del camino de las Veredas. Su saludo disipó la tensión.

—Ey —gritó.

—Ey —respondió Erica.

El Cojo sorteó los canchales con la dignidad que le permitía su pata tiesa. Justo un mes después de que sus padres le compraran la moto de campo por su catorce cumpleaños, Busián se había salido en una curva frente a la finca de los Costodios. El golpe le dejó al borde de la muerte. La Costodia mayor, que apenas tenía once años, había visto la caída y le acompañó, sentada en el camino de gravilla, y le mantuvo despierto hasta que llegó la ambulancia. Busián recordaba algunas de las cosas que ella le había contado. Que ellos no tenían piojos, como decían los otros niños en la escuela. Que le hubiera gustado vivir en el pueblo y no en la vega entre las excrecencias y la saliva de los animales, que cuando llovía y a las cabras se les mojaba el pelo olían a putrefacción y que aquel olor se les pegaba en la piel, aunque se lavaran a diario en el barreño. Dos años después del accidente, con el cuerpo consumido y recompuesto, todo titanio y grapas, a Busián se le había quedado aquella cojera y el pueblo seguía evitando la pobreza de los Costodios.

—¿Quién es esa?

Erica había sacado una china de hachís y la estaba quemando. El olor del hachís. Nada huele tan bien. Me encantaba fumarlo, aunque no me subiera. Podía chuparme tres porros seguidos y solo me entraba hambre. El Melchor decía que no me tragaba bien el humo y que eso era desperdiciarlo.

—Este polen del Urraca arde solo. Está bien fresco —dijo Erica—. Busián, saluda a la gilipollas de la prima de Vera.

—¿Has visto a Gusi?

Intenté que en la pregunta no asomara mi ansiedad. Habíamos quedado en que Busián hablaría con Gusi y le diría que me gustaba. Estate tranquila, me había dicho. Yo te lo hago. Gusiato era esquivo. Podía estar semanas sin aparecer por el pueblo. En verano, cuando la comarca duplicaba el número de habitantes y el murmullo de la plaza se extendía por las calles hasta bien entrada la madrugada, se le veía más. Se podía sentir cómo las vacaciones llegaban a su cénit cuando su presencia decaía de nuevo.

Erica estalló en risas.

—¿Estás boba o qué? Ya sabes que Gusiato no viene nunca a bañarse. No sé ni cómo se ha apuntado a la excursión al valle. Esta está cagada de amor.

Cagarse de amor. El amor, un malestar de estómago que te sobrevenía y te lo hacías encima, que apestaba más que tu propio olor corporal, una capa densa que ni las nanas de fregar eliminaban. Enamorarse como el olor de la pobreza de los Costodios.

Por las tardes, Gusi ayudaba a su padre en la fábrica. Algunas veces, las menos, asomaba por la garganta a partir de las ocho con el casco de la moto colgando del codo, cuando la pandilla ya estaba a punto de irse. Se quitaba la camiseta, se lanzaba al agua de cabeza, braceaba un poco. Al salir se sacudía como un perro callejero, se vestía y volvía a irse. El verano anterior me había prendado de aquellas apariciones. Las recordaba todas. Había convertido mi amor en un *horror vacui* en el que no cabía nada más que mi obsesión.

Le pedí el porro a Erica. Le di una calada, me levanté, abrí la mochila y saqué el mazo de cartas.

—¿Jugamos una cuatrola? El que gane invita a los otros a chupitos donde Martín.

Aunque solo fuera por los años en los que los tíos aún vivían en Madrid, esos años en los que Olivia y yo fuimos inseparables, debería haber insistido para que se uniera a la partida, pero mi intención era mantenerla alejada de las mordidas de Erica. La prima se quedó callada hasta que el sol cubrió de rincones

sombreados el charco y se levantó del canchal y se acercó a mí y me dijo que tenía ganas de vomitar y Busián dijo flipa cómo tiene la espalda, y Erica:

—El fantasma ardió.

Y entonces me acordé del Padre diciéndome que me tendría que hacer cargo de la prima. Apenas lo había dicho el día anterior y ya estaba pasando, y es que más que adivinar el futuro parecía que lo atraía.

—Te podría enseñar a leer.

—Claro que podrías. También podrías callarte. Y no lo haces.

La fiereza del Padre se le ha enrabietado al hacerse viejo. Hundida en las clavículas. Un cuenco de amargura y de venas azuladas que muestran su desacuerdo con la vida. Hace unos años me dio por llamarlo padre y él me dijo que nada de padre, que él era el Padre, porque solo había uno.

Está acurrucado en el sofá de tres plazas. Ojea una revista del corazón. El tic en el ojo derecho. El pantalón de pana. La camisa con olor a lavanda. Vaya vidas las de estos mamarrachos, dice cuando pasa las páginas sin detenerse en el texto. Reconoce las letras, puede identificarlas una a una, pero para él no significan nada. Sus padres nunca le llevaron al colegio. Lo hicieron pastor con apenas seis años, cuando las cabras le ganaban en altura y debía tener cuidado con las embestidas de los machos. A su hermano pequeño, el padre de Olivia, sí lo escolarizaron, y luego lo llevaron al instituto de la comarca y más tarde le matricularon en la universidad y siempre presumían de la carrera de su hijo. El Padre jamás se lo echó en cara. Y eso que vivir en un mundo que ha perdido la semántica es habitar un edificio sin escaleras.

Se ha sentado muy cerca del reposabrazos. A su lado, un vacío, la tela menos desgastada. Ya nadie ocupa esa parte del sofá. Es un asiento inutilizado. ¿Qué son las cosas que han perdido su función? ¿Deben mantener su nombre? El Padre apenas saca a mamá de la cama, pero respeta el lugar donde se solía sentar ella. Cuarenta años de matrimonio pesan más que un cuerpo inválido.

—Ya está aquí la iguana trans.

Berta aparece toda reinona y cruza el salón hasta llegar al taburete de madera que le compró el Padre para que tuviera algo

donde trepar. *Berta* es en realidad un macho. Eso nos dijo el veterinario, pero el Padre le contestó que no tenía ni puta idea de reptiles y se negó a cambiarle el nombre. El verde de su piel se ha apagado con los años. En el terrario parece un tronco inmóvil. Cuando la deja suelta, camina por toda la casa y se mete en la bañera o se agazapa en el inodoro. *Berta* es el reloj de arena de la casa de mis padres. Ese reloj que se puso en marcha en un momento indeterminado. Y está a punto de vaciarse.

—Te crees muy graciosa, pero no tienes ni puta gracia.

La memoria lanza un mordisco. «Ni puta gracia. No tienes ni puta gracia.» Eso mismo le decía el Padre a mamá cuando él sacaba a *Daisy* a la calle y ella exclamaba, contenta por su ocurrencia, aunque hubiera hecho la misma broma un millón de veces y probablemente el Padre no conociera la referencia, «allá va Miss *Daisy* a pasear al cascarrabias».

Disfruto irritándole, manteniéndole activo. Puede que mi existencia sea eso. Azuzarle. Ser el espejo que se empaña con su respiración porque sigue vivo. Y ahora me llama malnacida y me dice que, si tiene que elegir entre *Berta* o yo, se queda con *Berta*.

—¿No te dará vergüenza venir sola a la boda? Pues te la envainas. Vas a venir.

El primo Adolfo se casa en el pueblo. Esa ha sido la excusa que ha utilizado para contactar con Olivia. Le ha escrito una carta pidiéndole perdón, diciéndole que le encantaría compartir ese momento con ella para que sepa cuánto ha cambiado, cómo ha sido capaz de encauzar su existencia. Vive en una comuna *hippie* justo al lado del pueblo, unos kilómetros monte adentro. Sakura. Flor de cerezo, en japonés. Lo pone en la invitación de boda que ha recibido el Padre. He visto fotos en internet. Ropa holgada de tonos claros. Sonrisas abiertas. Ellos, sin afeitar. Ellas, con el pelo rapado. Se ha chotado tu primo, me dice el Padre cuando le explico que en la comuna bailan, meditan y se sanan los unos a los otros poniéndose las manos a unos centímetros de la piel. Pero yo sé, porque Olivia me lo ha contado en nuestro reencuentro, porque Olivia lo llama el Tarado, que la chotadura le viene de nacimiento. Cuando la prima me llamó, no supe por qué lo hacía. Aún sigo sin

saberlo. No sé qué espera de mí.

El olfato es un sentido fásico, de adaptación rápida. Somos incapaces de detectar nuestro propio olor y nos acostumbramos pronto al de las personas que nos rodean. Dado que apenas sale de casa, el Padre no se da cuenta de que la vivienda huele a ropa húmeda. A musgo abierto. A orina. A sudor. A fluidos rancios. También a envoltorios de comida rápida. A pesar de las apariencias, del trasiego de ollas y sonidos metálicos, ya no cocina tanto como antes. El cuerpo patalea como un niño chico, expone sus fluidos, quiere llamar la atención cuando empieza a apagarse, pero hoy hay algo más en el aire, algo que sobrevuela el resto de los olores. Algo que impregna nuestra conversación.

—Papá, ¿no hueles el gas?

Cruzo deprisa el pasillo. De la habitación principal se escapa el quejido constante de mamá. Paso de largo. En la encimera de la cocina, tapado por papel film, un plato de higaditos crudos. La puerta del microondas está abierta. El Padre ha olvidado dentro un vaso con agua. La loza, en el escurreplatos, aún está mojada. Sobre la mesa, un cazo humeante de sopa de fideos con tomate. Giro uno de los mandos de los fogones. Cierro la llave del gas, abro la ventana y vuelvo al salón.

—No se te ocurra encender un cigarrillo.

—Yo ya no fumo.

Se ha subido el pantalón y se está dando friegas de romero en las piernas. *Berta* está a su lado, volteando los ojos como las máquinas tragaperras.

—Pero ¿no te habías dado cuenta de que estaba el gas abierto?

—Tú lo que quieres es encerrarnos a tu madre y a mí en una residencia antes de tiempo.

Sé cómo va a acabar esta conversación y, aun así, continúo. Hay belleza en el error, en seguir a conciencia la senda equivocada sabiendo que vas a llegar tarde a tu destino. Que ni siquiera tienes destino.

—Podrías contratar a una mujer para que te ayude.

Me siento como si estuviera en el trabajo, cuando no viene el

ayudante de dirección y me toca a mí pasarles el texto a los actores y siempre lo mismo, un bucle con múltiples entonaciones que al principio me había parecido mágico y después se había convertido en una losa llena de pelo muerto que se me pegaba creando una segunda piel.

—Sí, claro, y lo vas a pagar tú. ¿No vas a ir a ver a tu madre? ¿Has visto, Petra? No quiere verte.

Habla más bajo, no seas bocón, le digo, pero, para el caso, bien podría gritarlo porque mamá es una bella durmiente en un bosque sin magia. El Padre deja el bote de romero en aceite. Suspira y se encamina hacia la habitación. No mira atrás. Está seguro de que le sigo. Forma parte de nuestro sainete particular, de nuestra historia previsible. Él guía, yo obedezco. Soy Ofelia siendo llevada por Orfeo. Y mi Orfeo me lleva de vuelta al infierno.

El olor a romero impregna la habitación de mamá. El Padre le da friegas en el cuerpo todos los días. La frota y le enrojece la piel para que no se entumezca. Después de tantas broncas, de tanto querer cambiarla, tiene su propia momia a la que cuida y adecenta. Me acuerdo de otro cuerpo casi muerto, de aquella vez con Erica, del coma etílico de la hija del capitán de la Guardia Civil que acababa de ser trasladado al pueblo y de la que no supimos más tras aquel incidente. De su cuerpo convulsionando mientras esperábamos a la ambulancia. Hay gente que no sabe beber, dijo Erica. Sin mencionar que Pilar —porque se llamaba Pilar, como las hijas de todos los guardias civiles— había engullido el alcohol retada por ella. Por aquel entonces yo ya me había dado cuenta de que el secreto de Erica para saber beber, para no emborracharse nunca mientras las demás nos poníamos como piojos, era amorrarse a la botella y fingir que bebía.

Las manos cruzadas a la altura del pecho, la alianza de oro blanco de mamá brilla en su dedo meñique. Ya no le cabe en el anular. La retención de líquidos le ha hinchado las extremidades. Por pudor, aparto la mirada cuando el Padre la descubre un momento para volver a taparla de nuevo. Le gusta hacer eso. Airearla. El placer de la dureza. Descubrirla. Poner ante ti su piel azulada. Darle la vuelta y otro giro más y llagas y más llagas, y a la

vista hasta el último pliegue de piel donde tenías la esperanza de refugiarte. Ella gruñe cuando se percata de que no está sola. Mueve los brazos para intentar agarrar lo que sea que esté en su cabeza. Se agita y se lleva las manos a la boca y ríe y llora y a veces, muy pocas veces, habla y dice mi madre ya viene a buscarme.

Me agacho, le doy un beso, pongo la mejilla para que me bese. Lo hace. ¿Es un movimiento voluntario o mecánico? Hay una pompa de saliva en sus labios. Sobre ellos, la sombra incipiente del bigote. Con el dorso de la mano me quito el rastro de baba. El Padre me mira con rencor. Hay que reconocer que trata a mamá, o lo que queda de ella, con un cariño infinito. Nunca una muestra de impaciencia, nunca una mala palabra. Se despacha a gusto conmigo, me llena de insultos, y después se voltea hacia su cuerpo inmóvil, y cambiando el tono dice lo siento, te estamos molestando o vamos a salir para que descanses. Se levanta, se coloca el jersey, que se le ha subido mostrando el principio de la barriga.

—Hora de comer —anuncia.

Él va a la cocina y yo me siento en la cama. Y tú que pensabas que estando así te ibas a librar de él, de su ir y venir con platos, le susurro a mamá. Cuando vuelve, el Padre deja el cazo humeante de sopa sobre el tapete de ganchillo de la mesilla. Le pone una servilleta sobre el pecho.

—¿Por qué no le compras un babero?

—¿Estás tonta o qué? ¿Quieres quitarle la poca dignidad que le queda?

Aunque es mediodía, la persiana está bajada casi por completo. La luz se cuela, mortecina, por los agujeros de las lamas. No hace tanto calor fuera como para sellar la habitación de esta forma. Nunca hace tanto calor como para enterrarse vivo.

—Sube las persianas, ¿o es que has empezado el luto antes de tiempo?

—Claro, no te jode. Por si acaso no lo guardáis vosotros.

Hunde la cuchara en el cazo, la saca llena, sopla una, dos y tres veces y se la acerca a mamá. Ella cierra la boca. Sus labios me recuerdan a los labios cosidos de las fotografías de muertos. Aprieto los puños y la tensión de los músculos me lleva al Padre.

A sus palabras cuando entré en la habitación del hospital después de la operación. Mira cómo nos han dejado a tu madre. Mira cómo nos la han dejado.

El teléfono me vibra en el bolsillo. Aitor. El brillo de su nombre retumba en la pantalla. Le digo al Padre que me tengo que ir, que iré a la boda, se lo he prometido a Olivia —aunque eso no puedo contárselo, no puedo traicionar a la prima—, claro que sí, si no, ¿quién será su pareja de baile?, pero ahora me tengo que ir. *Berta* entra en la habitación. Sus patitas moviéndose al compás de la pregunta ¿alguien dijo baile?

El Padre no suelta la cuchara cuando me avisa de que no me olvide de darle el beso de despedida a mamá, aunque se me junte con el de llegada. Vuelve a soplar la sopa, fuerte, un lobo tirando la casa. Los fideos caen de nuevo en el cazo. Poso los labios sobre la mejilla de mamá. Tiene la vista fija en el techo. Recuerdo que alguien dijo que los enfermos también necesitan un punto de referencia en el desierto, algo donde agarrarse para no sentirse a la deriva. Sigo su mirada. Por los agujeros de las lamas, la luz proyecta sobre la pintura blanca las siluetas de los viandantes. Nítidas. Invertidas. En movimiento. Una señora con un perro. Unos chavales corriendo. Los árboles del parque. Un coche parado en el semáforo. La habitación se ha convertido en una cámara oscura y me digo que la vida siempre encuentra la manera de echarle un pulso a la muerte.

Cierro los ojos y veo a mamá. A la verdadera. No a la farsante de la cama. Mamá joven. Eternamente joven. Pantalones campana, gafas de sol rectangulares con cristales de espejo, pelo cardado, camisetas de tirantes. Su voz en mi memoria es fresca, un poco rasgada, una manzana verde jugosa, reventona, a punto de explotar. Puedo ver su rostro al tocarle la frente a Olivia aquel día en el que el sol tomó todo lo que ella quiso darle. Su mirada, llena del silencio de la decepción mientras subíamos a su furgoneta vieja, me dolió más que el cinto del Padre. Dicen que cuando alguien muere hay que esforzarse por borrar las imágenes de sus últimos momentos, los estragos de la enfermedad, la desfiguración del rostro; afanarse por traer de vuelta a la persona intacta, libre de la extrañeza de los hospitales, del excentricismo de la inmovilidad no deseada, de los fluidos y las llamas, pero mamá sigue viva y su mirada, en muchos momentos, me parece la misma de aquel día.

Me repito que aceptar que en algún momento decepcionarás a las personas que quieres te libera para siempre.

Pienso.

Quizá. Algún día.

Por el pelo sucio y los hombros bajos, mamá se habría pasado la tarde rastrillando los surcos del huerto y recogiendo higos. El Padre nos esperaba sentado en una silla a la puerta de casa. *Daisy* se había tumbado a la sombra del portón abierto del garaje. Levantó un momento la cabeza, ladeó las orejas y la volvió a agachar. Tasio, el vecino, llegaba en ese momento de darse un baño. Se había construido una alberca en la finca. Se pasaba las

tardes allí desnudo tomando el sol. Lo veíamos cuando íbamos de excursión a las pozas de la garganta alta, la más lejana, y tomábamos el camino que se abría detrás de la piscina municipal. Nos fijábamos en su cuerpo desfigurado por la escoliosis, en su textura rugosa de castaña pilonga, en su pene grueso y erecto, feliz en su desnudez. Al pueblo, que de chico lo había molido a pedradas por la deformidad de su cuerpo, no le quedaba ahora más remedio que contemplarlo.

El Padre se llevó las manos a la cabeza.

—¡Pero no has visto que se estaba quemando! La muchacha tiene este quemazo, se ha echado todo ese fuego a la espalda, y ¿tú qué has hecho? Nada, no has hecho nada. Hay que llevarla a urgencias ya mismo.

La prima permanecía con la mirada baja. Tenía los ojos febriles. La muchacha es ya bien mayor para cuidarse sola, pensé.

—No pasa nada. Ahora le dan algo en el centro de salud y ya está.

—Tú no vienes. Por hoy ya has hecho bastante.

—Pero yo quiero ir...

Protesté por protestar. Estaba deseando quitarme a la prima de encima. El Cojo me había prometido que de camino a la almazara se pasaría por casa de Gusi y me traería noticias. Subí a mi habitación. Todavía hacía calor. Las moscas zumbaban en la tarde. Las polillas nos habían dado un respiro y el aire corría más limpio. Sobre el cabecero de la cama, una de las esquinas del póster de Take That se había doblado. Lo despegué del todo y lo puse en el suelo. Encendí la cadena de música, cargué un cedé, subí el volumen hasta que las baldosas transmitieron la vibración. La voz de Bunbury llenó la casa. Se escuchó el eco en el cerro, justo por encima de donde habían construido los chalés nuevos. Años después, cuando ya se hizo evidente que nadie los compraría, se convirtieron en el primer fumadero de opio de la provincia. Bunbury dijo sirena vuelve al mar y me pareció que aquella sirena era yo porque Bunbury siempre me hablaba a mí y decía Vera vuelve al mar y yo no podía volver porque no había estado nunca.

Antes de ducharme, subí un poco más la música. Entré en el

baño y me miré en el espejo. Me apreté el escote intentando formar un canalillo. Estaba más plana que la lancha lisa. La abuela solía alabar la firmeza de mis pechos. Pero es porque apenas tienes, remataba. Cuando salí de la ducha, me sequé con la toalla que me había tejido la abuela en las largas tardes que pasó con nosotros hasta que la llevaron a la residencia. Me había dejado un ajuar entero antes de morir. Bordada en ganchillo. Para cuando me casara. Como si en el matrimonio uno necesitara secarse el cuerpo con más frecuencia. Más vale que te hubiera tejido la mortaja, me diría después el Padre cuando los años pasaban, las toallas se hacían pelotas y yo seguía soltera.

Preparé la mochila para el día siguiente. Todos los veranos nos juntábamos las pandillas el día de la excursión a los charcos del valle. Estaban a hora y media andando del pueblo. Los charcos de la Pena Honda, los llamaban los pastores porque, aunque en primavera no hubiera llovido, siempre traían agua. Aquel año habíamos elegido el Infierno. Se llamaba así porque el suelo era de pizarra negra y parecía que no tenía fondo. Fui a la habitación de mis padres, abrí el cajón de la cómoda y saqué una baraja de cartas nuevas. Con las prisas, me había olvidado las mías en la Mora. Las metí en el bolsillo pequeño de la mochila. Bajé al patio y descolgué del tendedero el vestido rojo que me había comprado en el mercadillo. Quería que Gusi me viera con él. El Padre lo había lavado. Lavaba toda la ropa nueva antes de estrenarla. Lo metí en la mochila. Me lo pondría en el camino de vuelta del valle. Pelo mojado. Mejillas sonrojadas del sol. Sin la parte de arriba del bikini. Eso era lo bueno de no tener tetas. Podías dejarlas libres bajo el vestido.

—¿Qué haces preparando la mochila? Tú de casa no te mueves ni hoy ni mañana. Estás castigada. Así la próxima vez prestas más atención.

El Padre, que había vuelto del centro de salud, estaba parado en el quicio de la puerta. *Daisy* le guardaba la espalda. Mascaba uno de los palitos de carne que le compraba en Madrid en una tienda del barrio y que olían a trapo metido en lejía. Le costaban una fortuna, y luego a nosotras nos daba fiambre barato. Sentí una

punzada de dolor y de ira. ¿Sería así como un día me crecerían los pechos? ¿Un dolor fuerte haciéndose hueco por una brecha? Hacia dentro. Sin dejarla manar. Para que se pudriera. La rabia. Siempre la rabia. Y la ansiedad. Y el odio.

—¡Pero si los tíos ni siquiera te caen bien!

Las lágrimas anunciaron la derrota. Aquella batalla la tenía perdida antes de empezar, pero si había algo que al Padre le molestara era que llorara. Entonces sacaba el cinto y me decía ahora vas a llorar con razón. *Daisy* comenzó a ladrar. Sus ladridos se volvieron agudos, un aullido de lobo que zanjó la conversación.

—No estamos peleándonos, *Daisy*. Es que hablamos muy fuerte —dijo el Padre.

La perra nos miró con recelo. Después mantuvo la mirada fija en mí mientras se relamía el hocico.

—Me estás destrozando la vida, papá.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer si no te gusta. Irte de mi casa. En mi casa mando yo.

Tiré la mochila al suelo. El vestido se extendió en las baldosas como una mancha de sangre sobre el jaspeado. Cerré la puerta de la habitación. No te encierres, que te quiero bien a la vista, le escuché decir al Padre. No me entendía. No había nadie en el mundo que pudiera entenderme.

Pero aquello no iba a quedar así.

La una de la madrugada. Aún estoy despierta. El silbido de cabrero del Cojo me levanta de la cama. Las baldosas guardan el calor del día. Pegajosas. Mi cuerpo está pegajoso. Da igual cuántas veces me duche. El olor. Dulce. Salado. Amargo. Ácido. Todos los sabores concentrados en los fluidos. Abro la puerta del balcón. En la oscuridad, alejado del triángulo de luz que proyecta la farola, Busián. Siempre al servicio de los demás. Siempre el mensajero. Nunca el receptor de las noticias ni de la ilusión ni de las primeras veces. Unos segundos de espera. Demora el veredicto. Venga, cojo de mierda. El insulto. Se insulta cuando se está en desventaja. Solo puedo ofrecerle la satisfacción de una jerarquía momentánea.

Busián, el perdedor. Busián, el que se droga muy poco. El buen chico. Por fin, ejecuta la sentencia. Levanta el dedo pulgar. Espera a ver mi sonrisa antes de seguir el camino hacia su casa.

Ya está.

Ya está hecho.

Gusi ha dicho que sí.

Olivia se pregunta si con la luna llena se convertirá finalmente en el Tarado, si será ese el momento en el que se hibridarán del todo hasta hacerse uno. Porque desde aquel día en la habitación de él nunca ha vuelto a sentirse sola. No entiende por qué todo el mundo se empeña en buscar compañía. Por qué no se alegran de ser solo ellos y el silencio. Por qué llenarlo todo de ruido. Yo también pasé por lo mismo, le ha dicho él en la carta. Ha podido escuchar su voz mientras la leía. Nunca la ha olvidado. Hay momentos, cuando el cielo se oscurece y el día se queda sin luz, que esa voz se apropia por entero de ella. El tono en calma. El timbre agudo. Lo había olvidado, continuaba la carta, había olvidado que yo una vez fui también víctima. Esa palabra. Víctima. El mordisco del vampiro. El veneno inoculado a través de los años, sin antídoto, agazapado en el silencio implacable de la culpa.

Ella lo tiene claro. Antes que convertirse en él, matarse. Yacer en un agujero a dos metros bajo tierra con la estaca clavada en el pecho.

A seis metros, mejor.

Le he contado a Olivia que alguien me dijo una vez que mirar atrás, revisar el pasado, intentar encontrar la causa es como embadurnar a los cochinos en perfume y sorprenderse después de que no huelen como quieres. Pues ve sacando el frasco de colonia, ha contestado.

Estamos paseando por el río. Ha llovido. En los caminos de tierra, los charcos se abren al sol como cristalinos cubiertos con lágrimas. Un chico lee sobre la hierba, apoyada la espalda sobre la rueda de su bicicleta y me digo que hay algo bello en mojarse mientras los demás se afanan por permanecer secos.

Nos sentamos en los columpios. Una al lado de la otra, cada una ocupando uno de los asientos de madera. Cuando Olivia y yo éramos pequeñas, ella solía sentarse encima de mí. Cuanto más juntas, mejor. Las relaciones son pura proxemia. Somos animales. Conquistamos el espacio o lo cedemos. Somos territorio. Mapa colonizado o colonizador. Y ahora la distancia entre ella y yo es una franja que ninguna tiene interés en ocupar. No sé si mi pregunta, la que me ronda desde hace un rato, va a ensanchar esa distancia. Si entonces Olivia va a tener que sentarse en el banco de hierro al lado del arenero y desde allí hablarnos a voces. Logro contenerla un momento y después ya no. Después ya la pregunta sale sola. El punto de no retorno. El punto donde los interrogantes cogen vuelo o se estrellan. La pregunta pudorosa que llega con los ojos bajos.

—¿No te costó tener relaciones después de lo que pasó? Y casarte y tener hijos...

Olivia me lanza una mirada que he visto otras veces, una mirada que indica que igual no merece la pena contestarme porque no lo entendería. No censura mi pregunta. Censura su respuesta.

—Hijos, no. Hija, en singular. ¿Qué quieres decir?

Pero sabe perfectamente qué quiero decir. Pensará que mi curiosidad es morbosa. No lo es. No es eso.

—No sé, pensé que igual ya no se tenía deseo después de algo así. Sería comprensible no tenerlo.

—¿Y no es comprensible tenerlo, Vera? ¿Se puede hacer una lista de lo que es comprensible y de lo que no? ¿Podemos hacer una lista de la normalidad y después ir tachando cosas? Como en los cuestionarios de las revistas. ¿Qué tipo de normalidad eres? ¿Eres normalidad azul o rosa? ¿Normalidad Libra o Leo? ¿Tener deseo me convierte en un monstruo incomprensible? ¿Soy irracional? ¿Sabes cuántas veces me dijo mi madre que por qué no podía ser normal, que no era tan difícil?

Me impulso un poco en el columpio, dejando que los pies se arrastren por el caucho del suelo. Ojalá un fuego. Ojalá algo que me consuma más deprisa que la vergüenza.

—En nuestra época cuando jugábamos en el parque nos llenábamos de polvo en los columpios. ¿Te acuerdas? Jugábamos entre la arena y las piedras.

—Sí, y nuestros padres nos hacían lavarnos los pies antes de irnos a acostar.

Mi cambio de tema no ha tenido el efecto deseado. La respiración agitada, Olivia, te traiciona. Y a mí las mejillas. Si la sangre te sube a la cara, hay que distraerla.

—Con razón. Los teníamos muy sucios. Salía el agua negra. Y menudas hostias contra el suelo. No sé cómo no nos matamos.

Sigo balanceándome. La mirada en mis Converse rojas. Suspiro.

—¿Te acuerdas de Gusi?

—Ese crío se va a caer.

Un niño se está tirando de cabeza por uno de los toboganes. Al llegar al final ralentiza la velocidad, se agarra a los bordes y baja suavemente. Y siento como si fuera yo la que se hubiera estrellado en ese tobogán y estuviera ahora comiendo tierra, las rodillas despostilladas, las manos en sangre.

—Gusi, el del pueblo —le repito—. ¿Te acuerdas de él?

—Vera, no me jodas. Tenías quince años y estabas enamorada de Gusi. No me jodas, de verdad. No es lo mismo.

Olivia se impulsa en el columpio. Encoge los pies para evitar el suelo. La veo pasar a mi lado. El péndulo en nuestra conversación que marca el final. Ya no volverá a hablar del deseo y

yo me quedaré con ganas de decirle que los monstruos, precisamente los monstruos, los reales, no las construcciones cinematográficas, son seres plenamente racionales.

Hubo un tiempo en el que Olivia se sentaba encima de mí. Que éramos inseparables. Uña y mugre, decía su madre sin especificar a quién de las dos le correspondía ser la suciedad, el elemento indeseable de la unión, quién era necesaria y quién accesoria. Hubo un tiempo en el que el parque de arena, un parque de los de antes, donde ibas a jugar y volvías curtido de la guerra, era un nosotras contra el resto del mundo. Un tiempo como aquel día.

Olivia y yo tenemos seis años. Estamos en una zona de columpios frente a su casa. Antes de que se mudaran a la vivienda de Príncipe de Vergara. Mucho antes de Bruselas. Es un barrio residencial construido hace un par de años. Avenidas anchas. Arboledas. Edificios con porteros, piscinas y pistas de pádel. Urbanizaciones. La urba, para los que viven aquí.

Nuestros padres, como los del resto de los niños del parque, están tomándose una cerveza en la terraza de uno de los bares de la avenida. A cada poco, se asoma una cabeza. Son suricatos inspeccionando el bienestar de sus crías. Estoy de pie en lo alto del tobogán de hierro. El calor ha calentado el metal. Llevo falda. Tengo las rodillas llenas de moratones de las caídas jugando al fútbol. Los codos cubiertos por costras. Mi infancia es un sinfín de extremidades despostilladas y cura sanas. Desde arriba, el grado de inclinación del tobogán me parece casi una recta. Venga, yo voy detrás de ti, me anima Olivia. Encabeza una cola de cinco niños que protestan y patalean los peldaños de la escalera. Venga, no seas miedica. Me siento, intento que la tela de la falda me cubra bien las nalgas y la parte alta de los muslos y me salve de una quemadura. Cierro los ojos, levanto las manos y me dejo caer. Apenas dura unos segundos. Apenas ha habido espacio para la adrenalina. Al contacto con el suelo, me tiemblan las piernas. Clavada en la arena. Caída perfecta. Me giro triunfante para mirar a Olivia, que observa el tobogán con los ojos muy abiertos. El

reflejo del sol se contorsiona en el rastro húmedo del metal. Se ha meado mientras se tiraba, dice uno de los niños. No logro saber cuál. Tampoco me importa. Da igual quién lo diga. Siempre hay alguien a quien le gusta la redundancia; alguien que recita lo obvio con la entonación de los descubrimientos. No recordaré este episodio años después en la entrada de la Rainbow cuando la orina de Olivia me salpique los pantalones. Mi memoria lo habrá sepultado. Últimamente aparece algunas noches con todos los otros recuerdos —Gusi, el Urraca, el primo— y me chista al oído y me dice ¿no te habrás olvidado de esto?

Estoy en el parque a punto de llorar. Soy un caracol que ha hecho una caída perfecta y ha dejado un rastro de orina. Aparta, me dice Olivia, y, sin dudarlo, se tira. Su falda de vuelo difumina mis huellas. Al llegar al final del tobogán, sale despedida hacia delante. Cae a cuatro patas sobre la tierra. Cuando se levanta, tiene las rodillas ensangrentadas.

Y sonríe.

2
La segunda herida

El café Barbieri está tranquilo, apenas tres mesas ocupadas. Junto a la puerta de los lavabos, un hombre lee el periódico. Una chica se sienta en la banqueta del piano, pero cuando levanta la tapa y descubre las teclas, el camarero se le acerca para advertirle que no está permitido tocar el decorado. He ocupado una de las mesas del fondo. Aitor llega tarde. Me he sentado mirando hacia la entrada para poder examinarlo cuando cruce la puerta de cristal. Esos segundos de inspección, esos segundos de ventaja, son cruciales para establecer una primera opinión. Esa manía mía, la de mirarlo todo desde la distancia. Quiero darle importancia al momento visceral, orgánico, en el que lo racional, los estereotipos y los clichés, aún no han aparecido. Lo que la gente llama prejuicio yo lo llamo instinto.

Cuando le he preguntado por WhatsApp dónde quedamos, él ha escrito Lavapi. Se me han encendido las alarmas. Solo los inmaduros acortan las palabras. Solo a los inmaduros les resulta larga la vida. He intentado relajarme. Ahora que por fin voy a verle no puedo prestar tanta atención a las señales de un posible fracaso. Al menos, no anticiparlo. Me doy golpecitos en el rostro para aliviar la tensión. La ansiedad. La boca seca. El hormigueo en el estómago. No son mariposas. Son perros sarnosos agarrados a los intestinos. Esquivo mi reflejo en los espejos que cubren las paredes y que en la última remodelación del Barbieri han perdido la capa de polvo que solía cubrirlos. Abro el bolso, saco un folleto de comida rápida que me han dado en la calle. Lo ojeo. El reloj, de nuevo. Quince minutos de retraso. Impaciencia. Ganas de marcharme. Enfrentarse o salir huyendo. Siempre salir huyendo. Por fin le veo en la puerta. Le reconozco a través de la cristalera de la entrada. Pasa de largo. A pesar de su Lavapi, no conoce el

barrio. Transcurren un par de minutos hasta que la puerta se abre dejándole dentro. Mira a su alrededor. Sonríe. Me saluda con la mano y acelera el paso hacia mí. A diferencia de otros hombres con los que me he citado, Aitor se parece por completo a las fotografías que me ha enviado. Mide alrededor de un metro ochenta. Sus ojos son color miel con unas pestañas que se alargan hasta rozarle las cejas pobladas. Es guapo y no lo es. Depende del ángulo desde el que lo mires. Un *feapo* en toda regla. El olor de su perfume, suave, a cítricos, me acaricia las fosas nasales cuando me da dos besos. Punto a favor. Nunca me han gustado los olores fuertes. Ni en hombres ni en mujeres. Me parecen intentos desesperados de llamar la atención. La gente que elige una colonia fuerte es la misma que te da toquecitos en el brazo cuando te está contando algo. No se huele con la nariz. Ni con el cerebro. Se huele con el corazón.

Le saludo con dos besos. Él me abraza unos segundos.

—Eres tan guapa como en las fotos.

Me mira fijamente, como si jugara a encontrar diferencias entre la Vera en dos dimensiones y la Vera real. En una exploración más detallada de su mirada descubro una manchita verde en su ojo derecho. Lo curioso con Aitor es que, pareciéndose tanto al hombre que yo he visto en las imágenes y en los vídeos, no es el mismo. La fotogenia es siempre una promesa no cumplida.

En lugar de ocupar la silla vacía frente a mí, se sienta a mi lado en el banco de terciopelo. En la conversación tenemos que girar el cuerpo si no queremos dirigirnos a la pareja que ocupa la mesa de enfrente, unos señores mayores que desde que entraron no han parado de hablar de una amiga en común que a su edad se ha echado novio, y él le llama chica a ella y dice mira qué bien porque, al parecer, la amiga ha pasado una vida muy mala con su marido, que en el infierno descanse. Aitor es vergonzoso en persona. Su timidez es un gato muerto en sus rodillas que se interpone entre nosotros y nos marca la frontera entre el mundo real y el virtual. Es raro que se haya sentado tan cerca. No me mira a los ojos. O, si lo hace, desvía la mirada rápidamente. Despedaza el borde del mantel de papel que nos han puesto al pedir unos

nachos. Enrolla los trozos. Hace pelotas. Los deja a un lado, muy cerca de su tenedor, como ciudadanos de papel de un discurso interno que no acaba de compartir conmigo, que no acaba de arrancar del todo, ni siquiera cuando dice:

—Tenía miedo de no gustarte.

Aún no he decidido si me gusta o no. Quiero que me guste y eso ya es algo. Porque durante años no he querido, claro que no. No he querido o no he podido.

—¿Te imaginas que no me gustaras?

El ataque. Siempre mi ataque. Que me recuerda que el presente es, sobre todo, pasado. Momentos que permanecen pacientes, agazapados como un animal de emboscada hasta que salen de entre los arbustos y te muerden. Aitor me acaricia el brazo y me desactiva. Sonríe, inofensivo. Sin dobles sentidos. Sin ataques pasivos. Y así transcurre la tarde hasta que en la cuarta cerveza la magia que sentimos por teléfono hace su aparición, nos envuelve en brillantina y en neones y nos hace creer que nos conocemos de toda la vida. Ya reímos. Ya nuestros cuerpos permanecen en el roce. Ya nosotros y no simulacro. Cuando salimos del Barbieri, Madrid se ha sumido en la noche y en el cielo brilla una única estrella. Aroma a curry. Al aceite reutilizado de las tascas. A las *shishas* dulzonas del restaurante libanés de la calle Ave María, donde un chico está fumando un cigarrillo en la puerta y bromea con sus amigos diciéndoles, mientras los envuelve en humo, que con las berzas de la bailarina de danza del vientre se podría hacer una buena pastela, y ellos se ríen a carcajadas.

Mamadou, el senegalés que conocí una tarde en el puesto mexicano del Mercado de San Fernando, se acerca a ofrecernos hachís. Aunque no me reconoce, está claro que es a mí a quien busca. Aitor, con su camisa de rayas y su pantalón de pinza, no tiene pinta de haberse fumado un porro en su vida. Qué elegante eres, Mamadou, le dije la vez que nos presentaron y él se rio, con su sonrisa de dientes enormes y labios cuarteados, y me dijo anda, blanquita, que me descubres algo nuevo. Saco diez euros de la cartera y se los doy, mientras él, sin esconderse, sin realizar ningún juego de manos, me alarga la china.

—¿Fumas?

No hay juicio en Aitor. Solo curiosidad.

—A veces. No mucho, solo algún porro de vez en cuando. Me ayuda a dormir.

Hace tiempo que los superpoderes de mi juventud se agotaron. Ahora los porros me dan sueño.

—Yo nunca he fumado.

—Normal. Eres médico. Cuidas tu salud.

—¿Solo porros o algo más?

—¿Lo preguntas por curiosidad?

—Sí, claro. Curiosidad.

—Nada más. Solo porros.

Es una mentira a medias. Hace años que no consumo otra droga.

El aire corre manso, apenas horquillando el calor que a esas horas continúa su camino. En un balcón, una mujer le grita a su hijo que suba a casa. Hay que bañar al abuelo. Tropiezo con una hendidura de la acera. Aitor me coge del brazo y ya no se aparta.

Hace años que nada más. Antes, mucho. Antes, la compulsión. Antes, la mímesis. Y hubo una vez que fue la primera.

Las fiestas grandes. Carnavales. Erica y yo en la plaza. Faltan dos años para que llegue la prima al pueblo. Dos años antes del bofetón. Ha venido gente que vive en las fincas, que pasan su vida en la vega y suben al pueblo solo estos días, gente que habitualmente los demás rehúyen porque huelen a macho cabrío, tienen la piel más oscura y no se andan con rodeos. Durante las fiestas beben con los paisanos, se mezclan con ellos y después se vuelven a la soledad de la vega. Pimentillo, el arquitecto de las Lomas, es el capitán este año. Hace alarde de su poderío económico. La primera ronda es gratis en todos los bares. De los seis caños de la fuente mana vino en lugar de agua. Un milagro que los más borrachos celebran con gruñidos. Tomás, el Indio, con sus dos metros, sus espaldas anchas como los flancos de un caballo, saluda de grupo en grupo con su *roco-roco, jau, prenda*. Benjamín

les explica a unos niños que ha sido agente secreto. Se da golpes en el pecho, en el lugar donde llevó la placa, y los niños le dicen que si era secreta entonces que qué placa iba a llevar y él continúa, golpe tras golpe, endureciéndose el pecho. Unos ancianos rondan de bar en bar con la guitarra. Otros bailan la jota. El aroma dulzón de las floretas se escapa de las viviendas de los soportales de la plaza, abiertas de par en par a todos los visitantes.

Nosotras, sentadas en el suelo bajo el reloj de la plaza, bebemos chupitos de orujo en vasos hechos de barquillo. Hemos estado hablando con unos chicos de otro pueblo. Nos han invitado a un cubata. Enseguida nos hemos cansado de esquivar sus bocas. Ninguno era guapo y se hacían los graciosos todo el rato. Nos debéis una copa, nos han gritado al ver que huíamos. Merchán tiene veinte años y nos lleva a casa de unos tíos suyos a comer caldero y tomar vino dulce. Son muy chicas para pasearlas, Nico, espérate a que crezcan, le dice su tío. Le dice son muy chicas, y nos corta el rollo. Merchán nos lleva de vuelta a la plaza. El Urraca se acerca a nosotras. Sabemos quién es. Sabemos a qué se dedica. Alguna vez nos ha saludado. Nunca ha cruzado más de dos palabras. Nos dice algo, pero Petisco, que está borracho como una cuba, ha disparado al aire su trabuco y no le oímos.

—¿Qué tal, chicas? —dice de nuevo.

A nosotras nos entra la risa floja. No es por el Urraca. Ni por el orujo. Ni porque al intentar zafarse de los que quieren quitarle el trabuco, a Petisco se le han resbalado los pantalones y no lleva calzoncillos. Es por todo. Porque somos jóvenes. Porque el estado natural de la juventud es la risa. Porque nunca más volveremos a ser así de felices sintiéndonos tan miserables.

—Pues bien, ¿cómo vamos a estar?

La chulería de Erica. Mi envidia.

—Que estáis bien ya lo veo. Estáis muy muy bien.

—¿Quieres algo, Urraca?

Erica adopta ahora su tono de no me vengas con mierdas.

—No seas brava, Erica. Que no soy vuestro enemigo. Venga, seguidme, que os invito a una.

Las dos sabemos a qué quiere invitarnos. En el pueblo se dice

ándate con ojo, no te arrimes, ten cuidado. En el pueblo el lenguaje es abstracto; cuando el consenso ha excavado los huecos y compartes el imaginario no necesitas lo concreto.

—Salgo yo primero. Os espero en el callejón del Gato.

La gente vigila al Urraca de cerca. Le deja hacer, pero lo vigila. Tomás, el Indio, ha agarrado al Petisco en volandas y se lo lleva fuera de la plaza. *Roco-roco, jau, prenda*, dice mientras lo echa en la reguera. Él se queda allí, los brazos extendidos, un ángel sobre el agua y por un momento parece que está muerto hasta que grita que un día vendrá el fin del mundo y ojalá les pille así de borrachos.

—¿Estás segura?

No quiero parecer cobarde. Hoy nos hemos hinchado a chupitos. Les hemos dado picos a los chicos que nos parecían guapos. Nos los hemos dado entre nosotras. Hoy hemos transgredido las normas de las buenas chicas. El Urraca, sin embargo, son palabras mayores.

—¿No tienes curiosidad?

Digo que sí. Me guardo que no la tengo. Caminamos hasta el callejón, donde solo viven forasteros. El Urraca ya está allí, apoyado en la verja de uno de los chalés de la fuente del Chorrillo. Debe de haber acortado por las casas de los túneles, las que fotografían todos los turistas porque están excavadas en la roca.

—Os ayudo a saltar la verja.

Hace un cuenco con las manos. Pongo el pie y me impulsa. La verja no es muy alta y las puntas están mochas. La salto sin problema. También ellos. El chalé es de un hombre de Alicante que solo va en verano, nos cuenta el Urraca. Las persianas están bajadas. Fuera, junto a un balón de fútbol desinflado, se han olvidado un triciclo. Erica se monta y dice soy el muñeco diabólico mientras pedalea unos metros tocando la bocina de plástico hasta que se sale una de las ruedas y el triciclo vuelca y entonces ella se ríe tumbada en el suelo, el mentón apuntando al tejado de la casa. Nos sentamos en la mesa de piedra frente a la piscina, llena por las lluvias de los últimos días, cubierta por la hojarasca y los cadáveres de los insectos. El Urraca saca de la cartera el chivato

con la cocaína, vierte un poco sobre la mesa y lo machaca con una tarjeta de crédito. Dibuja tres líneas a mano alzada; dos finas y una más gorda. Lame la tarjeta antes de guardarla de nuevo. Enrolla un billete de dos mil pesetas. Esnifa la grande y nos pasa el turulo. Erica se mete primero. Después me toca a mí. Nervios. Rabia. Contra mí misma. Porque no sé decir que no. Porque tampoco estoy segura de querer decirlo. Me agacho, cierro los ojos. Respiro justo en el momento en el que el turulo está cerca de la raya. La cocaína se pierde en el viento. ¿Y esta jodía payasa?, se ríe Erica.

—Sí que sales cara tú —dice el Urraca y vuelca un poco más.

Me agacho, repito el proceso, aguanto la respiración, aspiro, siento cosquillas en la nariz. El sabor amargo me recorre la garganta y me suelta las lágrimas. Las flemas. El estómago cerrado. ¿Te ha gustado?, me preguntará después Erica, y yo le contestaré que sabe a lejía, como al picor de garganta al inicio del resfriado, pero las siguientes veces diremos, como dicen todos, qué asco más rico. El Urraca lame los restos de la cartera antes de guardársela de nuevo. Miro la piscina. Una nube cruza el cielo y es como si le pasara un peine de luz a la capa de mugre de la piscina que ahora brilla y después no. El triciclo roto levanta en mí una tristeza inesperada.

—Hay que ponerle la rueda antes de irnos —les digo.

Tengo trece años recién cumplidos, acabo de probar la cocaína y siento pena por ese juguete abandonado.

Al final, entre unas cosas y otras, llegamos al valle cuando el sol estaba ya en lo alto. Por la mañana había llovido. Poco. Solo unas gotas que habían levantado vapor recalentado. Me había saltado el castigo escabulléndome de casa por la mañana temprano, cuando escuché que el Padre sacaba de paseo a *Daisy*. Olivia había dormido en la habitación de Fran. Entré a verla antes de marcharme. Las quemaduras se habían tornado del color fluorescente de las prendas de deporte. Tenía el sueño intranquilo. Le toqué la frente. Si por la noche le había subido la fiebre, ya no había rastros de ella. El mediodía se apoltronaba sobre el charco del Infierno, incapaz de penetrarlo hasta el fondo. Cuando buceabas en sus aguas y dejabas que la vista se desplomara, te enfrentabas a la sensación de que el suelo de pizarra negro era un animal húmedo y resbaladizo que respiraba tu nombre y se dirigía a ti con una pasión con la que nadie antes lo había hecho. Decían que allí se habían ahogado pastores que sabían nadar perfectamente y que cuando su cadáver emergía a la superficie estaba hinchado como una bota de vino, con color en las mejillas y los ojos bien abiertos. La Espiritista no quería ni acercarse. Eran tantas las voces del valle que no sabría cuál atender.

Aquel verano algunas de las pandillas de toda la vida se habían desperdigado, en parte por las rencillas entre ellos y en parte porque muchos se habían echado pareja y desaparecían de la vista de los demás hasta que rompían de nuevo y entonces te los encontrabas en los bares de la plaza, con la misma ropa de cuando se moceaban y la mirada inquieta de los cazadores de vidas domésticas. Habían ido los Amontesinaos, que tenían un par de años más que nosotras. También los Cincuenta, la pandilla más numerosa, aunque en realidad no eran más de treinta. Y los del

Olivar, entre los que se encontraban Gusi, Busián y Koku. Erica y yo éramos versos sueltos que nos movíamos entre los grupos, saltando de uno a otro según nos conviniera.

Aunque la garganta era más abierta que la de la Mora, la vegetación hacía difícil el acceso al charco. Las encinas crecían sobre las piedras, casi hasta llegar al agua, y un regimiento de juncos circundaba el charco. Para salvarlos, tenías que tirarte de golpe desde los canchales. Los Cincuenta habían colgado una soga de una de las piedras y nos servía para subir desde el agua sin tener que remontar la garganta. El charco estaba más frío que de costumbre. Costaba respirar. No llevaba ni dos minutos dando brazadas, sintiendo cómo se me estrechaba el cuerpo, y ya quería salirme.

—Tus putos muertos, Erica, que me dejes en paz de una puta vez.

Erica estaba haciéndole aguadillas al Urtas. En su versión femenina del quien bien te quiere te hará llorar, siempre intentaba ahogar al que le gustaba. Se ensañaba con ellos, les llenaba de agua los pulmones hasta que se cansaban de boquear y caían rendidos a sus pies. A los hombres de Erica les gustaba ser dominados, pero el Urtas, que era capaz de comerse hasta el pienso de las gallinas y nunca había dado muestras de nada parecido a la dignidad, se le resistía. Lo había intentado todo. Patadas en los testículos cuando se sentaba con las piernas abiertas. Chupadas en el cuello, oscuras como la gangrena porque Erica, para poseer, antes te pudría. Llamarle maricón de mierda cuando se abalanzaba sobre él y el Urtas la apartaba. En aquel momento, él le estaba diciendo que parara, que le iba a matar, mientras su cabeza subía y bajaba del agua al ritmo que marcaba Erica.

—No seas cobarde. Defiéndete, maricón.

El Urtas no se iba a defender. No estaba bien visto que un hombre utilizara la fuerza con una mujer. En el pueblo esas cosas pasaban de puertas para adentro. Solo las macetas saben lo que pasa en cada casa, se decía, aunque bien se podrían haber plantado flores en los vecinos porque todos guardaban el mismo silencio.

—Erica, deja ya al muchacho, que le vas a ahogar y ya verás.

Richie Camuñas se tiró al agua y acudió en ayuda del Urtas.

—Richie, puto payaso. Métete en tus asuntos.

Richie estaba aprovechando bien su papel de salvador. Bajo el agua, el magreo. Los roces intencionados. La entrepierna arrimando. La parte superior del bikini desabrochada. Las tetas bien sobadas. A los chicos les parecía divertido tocarnos. Nosotras nos reíamos porque si te enfadabas, tía, era solo una broma, y te ganabas fama de estrecha. Después salíamos del charco como si no hubiera pasado nada. Lo que sucedía en el agua se quedaba en el agua. Aquel juego me aburría. Los chicos me aburrían. Todo me aburría. Mi vida se había convertido en un escenario preparado para la llegada de Gusi. No había venido con nosotros. Llega más tarde, me había tranquilizado el Cojo, cuando le pedí explicaciones. Nadé hasta la soga y trepé canchal arriba. Me tumbé al sol. Boca arriba. Sin la toalla. Los músculos se relajaron al calor de la piedra. Unos hilos de algodón blanco surcaban el cielo azul. De vuelta al pueblo me esperarían los gritos del Padre por saltarme el castigo, pero hasta entonces podía relajarme. Me tapé el rostro con la gorra. A través de los agujeros de los remaches, observé la quietud de las encinas, sus troncos rugosos y cuarteados, las sombras duras que proyectaba el mediodía, hasta que Gusi apareció en el campo de visión y se convirtió en mi paisaje. Descendía la garganta, descalzo y en bañador. La melena por los hombros, los ojos de gato, uno de cada color. El marrón, profundo. Tan oscuro como el suelo de pizarra del Infierno. El verde, un nenúfar en esa profundidad. Tenía la constitución de los chavales fibrosos a los que se les marcan los abdominales por la falta de grasa y no por el ejercicio. Se paró a hablar con Busián. Desvió la mirada hacia mí un momento. El corazón me dio un vuelco. Los dos me estaban mirando. El Cojo le dijo algo al oído. Estaba claro que hablaban de mí, aunque nunca te podías fiar. Los chicos tenían códigos diferentes a los nuestros. No hablaban, vivían en un mundo de silencios donde la información no era un privilegio, sino más bien una molestia innecesaria, un lastre áspero y desapacible que se tenían que sacudir con su vigor masculino de macho que no quiere problemas. Busián sonrió y le dio una palmada en la espalda

cuando Gusi se dirigió hacia mí. Se sentó a mi lado. Las piernas me temblaban. Me faltaba la respiración. El cuerpo me pegaba mordiscos como un cocodrilo separándome la carne del hueso. Me quité la gorra y me encontré con su mirada bicolor. Me temblaba el labio. Si hablaba, lo iba a notar. Si hablaba, taladraría las palabras.

—Se me ha olvidado algo en el pueblo. ¿Quieres venir conmigo?

Las palabras mágicas. El hechizo. Quieres venir. Me levanté para tener una vista completa del Infierno. Erica se había deshecho de Camuñas. Seguía pico y pala con el Urtas. Era de ideas fijas, eso había que concedérselo. No me echaría de menos.

—Dile a Erica que me duele la cabeza —le dije al Cojo, que había sacado un cigarro y estaba intentando que el mechero prendiera.

—Se te ha mojado la piedra —le dijo Gusi.

Y él levantó la mano para indicar que ya se las apañaría solo. Siempre se las apañaba solo. No le quedaba otra. A veces pensaba cómo sería su vida. Era como el cachorro que ha nacido débil y se conforma con las sobras. Me puse la camiseta encima del bikini mojado. Con los nervios, se me había olvidado estrenar el vestido rojo que había recogido del tendedero la tarde anterior. Rápidamente, el agua dibujó sobre la tela dos réplicas aún más pequeñas de mis pechos.

No hizo falta decirnos nada. No hizo falta intercambiar palabras. Ni coger la moto. Ni volver al pueblo. Las palabras del hechizo no son literales, no se siguen al pie de la letra. La literalidad se desvanece, pierde su sentido, donde existe la magia. Nos metimos en una finca abandonada, a solo unos metros del camino principal. Había muchas por esa zona. En los últimos tiempos el pueblo se había puesto de moda. El mismo pueblo que había vivido de espaldas al esplendor económico, despreciando a los pocos turistas que se atrevían a cruzar palabra con los autóctonos, que no reparaba ni limpiaba la piscina de agua natural ni facilitaba la llegada a las gargantas. Gente rica de la capital se compraba terrenos y soñaban con su propia toscana donde los animales comerían de su mano y los pájaros les ayudarían a

vestirse mientras ellos daban una vuelta sobre sí mismos al ritmo de una melodía que sonaba dulzona en su cabeza, y entonces, cuando nada de eso sucedía, cuando los símbolos daban paso a la dureza y la tierra se mostraba tierra y el paisaje solo paisaje, se cansaban y los ponían en venta. En la fachada de piedra de la finca alguien había dibujado unos cerdos. En el interior, los restos de una hoguera revelaban la presencia de okupas ocasionales. En una esquina, una manta con un estampado de leopardo. Nos sentamos sobre ella. No quise prestar atención a las manchas blanquecinas. Parecían frescas. Sobre la mugre, los besos. Las lenguas jugando al pilla pilla, la humedad, los chicles de fresa, el dolor en las mandíbulas, el lío de dientes y de saliva, los recuerdos movidos, desenfocados por la larga exposición del beso.

No fuimos más allá. Yo era virgen. Erica y yo queríamos seguir siéndolo al menos un año más. Habíamos establecido en los dieciséis una frontera entre la indecencia y el romanticismo. Por qué esa edad y no otra, es algo que no sé explicar. Quizá lo habíamos leído en una revista, quizá se lo habíamos escuchado a alguna de las chicas mayores o puede que fuera porque un número par nos parecía más apropiado para compartir lo íntimo o porque sabíamos que las matemáticas no eran una ciencia exacta y existía un abismo moral entre números equidistantes.

Gusi me abrazó antes de despedirse cuando me dejó a un par de calles de mi casa. Los chicos del pueblo no abrazaban. Los chicos del pueblo se liaban contigo en la garganta, a kilómetros de cualquier forma de vida, y luego cogían la bici o la moto y tú tenías que volver a pie y te decían bueno, sabes llegar al pueblo, ¿no?

Al final de la cuesta, nuestra casa, el Torreón de la Corona, tenía la luz del pórtico encendida. El resto de las ventanas estaban a oscuras. De la casa de los vecinos, que pertenecía a quien hacía años había sido el médico del pueblo, se escapaban risas. Alguien cantaba cumpleaños feliz. Anochecía. El cielo ya no era azul, el algodón se había llenado de barro, se había convertido en un lienzo emporcado sobre el que comenzaba a dibujarse el castigo del Padre. Caminé con las palmas de las manos abiertas, una mártir

dispuesta a ser crucificada. Me sentía la chica más feliz del mundo. Recuerdo pensarlo así. Soy la chica más feliz del mundo.

Aún no sabía, en aquel momento no lo sabía, que la felicidad se escribe siempre en pasado.

Aitor me ha mandado un vídeo. «Nuestra historia de violación y reconciliación», se titula. Una TED Talk. Una chica rubia. Un chico rubio. Dos bellezas perfectas. Novios durante el bachillerato. En la fiesta de Navidad del instituto, a ella se le va la mano con el alcohol. Está a punto de perder la conciencia. Los guardias de seguridad quieren llamar una ambulancia. Él, su chico rubio, se ofrece a llevarla a casa. Es su pareja. El macho protector que se encarga de que la hembra esté fuera de peligro cuando ella no puede cuidar de sí misma. Su belleza perfecta va acompañada de una bondad perfecta, platónica, intachable. Los padres de ella le abren la puerta. Él los tranquiliza. Su hija está bien, solo le ha sentado mal el ponche. Se quedará con ella hasta que se encuentre bien. Sube a la primera planta y entra en la habitación. Cierra la puerta. La deja en la cama amorosamente, la desviste y la viola. Unos días después rompe con ella. Tras varios años de sufrir ataques de pánico y ansiedad, la chica rubia le escribe una carta. Él, que está arrepentido, que no entiende cómo pudo hacer aquello, cómo en su perfección cabía también toda esa imperfección, le contesta. Nunca lo ha olvidado. Nunca vuelves a ser el mismo cuando sabes que el mal ha anidado dentro de ti con la astucia del cuco. Le dice esto literalmente. Menciona «astucia». Menciona «cuco». Utiliza metáforas para no llamar a las cosas por su nombre. Y ella le perdona. Ahora dan charlas sobre la importancia del perdón, sobre la necesidad de hacerse responsable de los actos y no vivir anclados en el pasado. La víctima y el violador se turnan la palabra para contar su historia. No se pisan en sus intervenciones, llevan ropa a juego, se mueven en una coreografía perfecta. Incluso han escrito un libro juntos. Los comentarios al vídeo están desactivados. También los de una

entrevista que le hicieron a ella. Me digo que es una pena. Las opiniones son el diván donde la sociedad se tumba.

Recuerdo las navidades, las últimas que pasamos en el pueblo, cuando enterramos a *Daisy* bajo uno de los chopos del camino alto. Los ataques epilépticos le habían empezado unos meses atrás. El Padre le escondía la medicación entre lonchas de jamón serrano y, modulando la voz, se las daba asegurándole que era solo jamón serrano. Nada más. De verdad, nada más. Cuando los ataques ocurrieron cada media hora y en los ojos opacos de la perra se vio claro, nítido, el sufrimiento, ya no se pudo hacer nada. Había que sacrificarla. Mamá la llevó al veterinario antes de la cena de Nochebuena. El viento soplaba, dulce y seco. Los vecinos se rieron de nosotros. Tanta parafernalia. Tanta sensiblería. En el pueblo la muerte discurría en los claros del monte, acompañada del sonido extenuado de la escopeta. Durante la cena mamá contó que, tras la inyección, *Daisy* se quedó poco a poco dormida. Dormidita, como en la siesta. El Padre no comió más, se levantó de la mesa, subió a su habitación y se metió en la cama.

Solo es jamón serrano, *Daisy*. Solo jamón. Como si las cosas pudieran ser y no ser al mismo tiempo.

Y también hubo un tiempo en el que Olivia y yo creíamos en la telepatía. Un tiempo antes de. Un tiempo suspendido en el limbo de la memoria. Nos sentábamos en la moqueta de su habitación, espalda con espalda, los ojos cerrados, concentradas en visualizar una palabra. Después la decíamos en voz alta. Nunca acertábamos, pero eso no impedía que siguiéramos empeñadas en la existencia de la magia, de nuestra conexión perfecta, hasta aquel día en la habitación de Adolfo, el Tarado, cuando nos dio dinero a varios de los primos pequeños para ir a comprar un helado y cerró la puerta antes de que saliera Olivia y le dijo que le iba a enseñar a tocar una de las últimas canciones de Extremoduro. Y, mientras la vida se le ralentizaba poco a poco a su lado, ella dibujó en su mente palabras que no existían en su vocabulario previo, trazó frases sin sentido, una cadena de incongruencias mientras yo me alegraba de que se hubiera quedado atrás porque nos habíamos enfadado por algo que no recuerdo y que ella sí porque el Tarado le asignó el artículo determinado y a partir de entonces un día cualquiera, aquel día, se convirtió en el día. Y cuando todo acabó, cuando ya la magia fue apenas mitología, le dio un pañuelo de papel y le dijo que no se tragara el semen porque se pegaba al apéndice y después tenían que extirpárselo, y antes de dejarla salir le regaló una púa de guitarra. Y ahora, años después, le ha escrito una carta para pedirle perdón. Como si nada. Como si lo verdaderamente importante fuera que Olivia tiene su apéndice sano.

La prima apestaba al gel frío que el Padre se echaba en las piernas cuando las sentía pesadas. El camisón le venía chico y se le clavaba en la sisa. Estaba más callada de lo habitual o eso me parecía a mí, aunque era difícil establecer gradaciones en su silencio. Di por hecho que estaba molesta conmigo por no haberla llevado al valle.

—¿Quieres que ponga la tele?

Una noche, viniendo de fiesta, había encontrado una televisión diminuta junto a los contenedores de basura. La imagen se veía en blanco y negro y a veces no funcionaba, pero aquel aparato era lo más cerca que estaba de tener algo propio, algo que no pudiera arrebatarme el Padre.

—Por mí, no. Tengo sueño ya.

Que ella estuviera aún en casa lo consideraba parte de mi castigo. Tres días me habían caído. Con sus tres noches. El Padre había convencido a los tíos de que, como teníamos el centro de salud al lado, la prima estaría mejor con nosotros hasta que se le curaran las quemaduras. A partir de ahora dormirá contigo, dijo, para que os hagáis compañía. Apagué la luz. Olivia se arropó la cabeza. No corría nada de aire. En las noches de verano en las que la piel se hinchaba, yo me echaba al suelo con la almohada y dormía sobre las baldosas hasta que el soplo de la madrugada me devolvía a mi cama.

—Te vas a asfixiar.

—Duermo siempre así. ¿No te acuerdas?

No me acordaba. Dejé que pasaran unos segundos antes de hablar de nuevo. El nombre de Gusi me quemaba. Quería gritarle al mundo que aquel muchacho taciturno y oscuro, aquel muchacho de mirada bicolor y flequillo, me había abrazado. Preparé el terreno para meterlo en la conversación.

—¿A ti te gusta algún chico, Olivia?

La luz entraba a través de las puertas acristaladas de la terraza y alumbraba toda la habitación. Durante años el Padre se había quejado de la oscuridad de la calle, iluminada solo por las luces de las casas circundantes. Aquel verano el alcalde había hecho que instalaran una farola en nuestra fachada, justo encima de mi balcón. A ver si así dejan de joder y no me vuelven con cuentos, dijo en la tienda de la madre de Erica. Olivia asomó de entre las sábanas. Sus ojos fijos en los míos. Cada rasgo de su rostro me comunicaba algo que yo no sabía descifrar.

—Vera, no entiendes nada, ¿no?

—¿De qué?

Ella suspiró y volvió a su refugio de sábanas y sudor. La moví un poco. Déjame, me dijo.

—Claro que entiendo las cosas. Puede que mejor que tú. Te gusta alguien y no quieres decírmelo. No pasa nada.

Me prometí no hablarle de Gusi. Esta promesa duraría poco, como todas las promesas que me hice aquel verano. Salí al balcón. Los grillos llenaban la noche. Cerré los ojos y me imaginé tumbada en la hamaca del porche de la casa de los belgas, la que habían comprado los tíos. Cuando Gusi y yo nos casáramos tendríamos una, mucho más grande que la de ellos, y nos echaríamos la siesta juntos. Yo pondría mi cabeza sobre el pecho de él y le acariciaría el vello de las axilas. Gusi era más bien lampiño y apenas tenía pelo, pero eso no importaba porque en aquella hamaca imaginaria, aquella hamaca tejida con hilos invisibles, yo le ponía pelo y se lo quitaba como a un muñeco recortable y hacía que me besara con ternura en la cabeza y me dijera con su boca en dos dimensiones, loco de amor, te quiero.

Abrí los ojos y encendí un cigarrillo. Se lo había quitado al Padre del paquete de Marlboro que guardaba en la chaqueta. Debía tener cuidado de que no lo notara. Fumaba muy poco y, si yo no le ayudaba a gastarla, la cajetilla le podía durar semanas. La farola exhalaba al aire anillos de luz que escondían las estrellas. El reflejo del alumbrado de la plaza salpicaba los tejados del centro y se desperezaba por las afueras hasta llegar a los Saltos. Gusi estaría en

el Merengue, con el resto de la pandilla, tomando la primera. Normalmente hacíamos tiempo allí hasta que Martín abría su quiosco, que nos pillaba a desmano porque se encontraba a las afueras del pueblo, el suelo estaba pegajoso y las puertas de los baños atestadas de declaraciones de amor y de odio, y los cubatas olían al aliento de las mañanas, pero estaban tirados de precio. Aquel día, sin embargo, se irían directos del Merengue a la Rainbow porque era lunes y Martín los lunes se jugaba el dinero de la semana en el casino de la ciudad. Imaginé a Gusi mirando expectante la puerta del bar, esperándome, con la mirada ansiosa y el abrazo preparado. Puede que estuviera pensando en trepar la fachada y colarse en mi habitación, pero no podía porque estaba la prima. Envidié a Angélica, la Pulga. Edu Merchán la visitaba de madrugada. Tenía fama de casta y recatada porque era la primera en volver a casa, y llegaba ya con el buche bien lleno de orujo y a la mañana siguiente, con el alcohol aún en la lengua, se iba a dar de pastar a las vacas y las miraba fijamente, el torso agachado hasta ponerse a su altura, y les decía vaquita, vaquita, vaquita.

Gusi, espérame, pensé. Si él no venía, iría yo. Me subí a la barandilla y salté al balcón del vecino. Antonio, el miembro más tacaño de los Malaleche, se estaba construyendo la casa él mismo con la ayuda de su hijo mayor. Avanzaban despacio. Aquel verano solo habían levantado el armazón. Aún no había ni puertas ni ventanas. Nada que pudiera parar mi huida.

A lo lejos, unos niños les lanzaban piedras a los difusores de las farolas. La mitad de la calle estaba ya tuerta.

Ey, grité.

Ey, gritaron de vuelta.

En la noche vibraba el olor de la muerte. Las polillas se habían marchado dejando un reguero de insecticida, de vinagre blanco y lavanda, de luces apagadas durante la noche y mosquiteras rebosantes de alas desmembradas, excrementos de murciélago y arañas henchidas. Las calles se habían convertido en un cementerio. Los alacranes salían de sus escondites y se paseaban

por cocinas y edredones. Los gatos cruzaban la carretera llevando en sus bocas gorriones decapitados. Poco a poco nos habíamos acostumbrado a ese vánitas interminable de la naturaleza, a ese ir y venir de materia que dejaba de existir para incorporarse a una nueva, pero nunca imaginé, porque no te puedes imaginar lo que nunca has pensado, que me encontraría a una sanguijuela en los reservados de la Rainbow.

Aún era temprano. Había poca gente y la pista de baile estaba vacía. Al pueblo le gustaba la música heavy y el rock. Las canciones de Barón Rojo, Medina Azahara y Platero y Tú llenaban los bares de la plaza. No había noche que no escucháramos a Fito cantar que Juliette se llamaba Andrés o que no nos sintiéramos hijos de Caín. Los fines de semana nos acodábamos en la barra de la Rainbow, inmóviles, mostrando nuestro rechazo al tecno que el DJ —un chaval raquítico que soñaba con dar el salto a la Fabrik y de ahí a Ibiza— se empeñaba en pinchar. Sentíamos una profunda repulsión por los pastilleros venidos de otros pueblos o de la capital, siempre con un rastro de baba seca en la comisura de los labios, que bailaban con los brazos en cruz y agitaban las botellas de agua. Nunca te fíes de alguien que no bebe. Ese era nuestro lema.

—¿Te han dejado salir?

Erica soltó un momento el cuello al que estaba amorrada.

—Me he escapado por la casa del Malaleche.

—A ver cuándo acaba esa mierda de casa. Mi padre dice que no tiene ni puta idea de construcción. Que en cuanto lleguen las lluvias, se le llena de goteras.

Para Erica, que vivía en la constante destrucción, construir, crear, le resultaba una especie de derrota. A veces he pensado que no soportaba la pasión, que alguien poseyera ese movimiento del entusiasmo hacia delante, ese empujar a la acción para mutar lo estable. Ella quería la inmovilidad absoluta y el regreso a una nada sin expectativas. Amar la aniquilación para eludir el fracaso.

—No sé, a mí me parece que está bastante bien.

—Claro, no te jode. Vera, la arquitecta. ¿Qué sabrás tú? Espera, que ya acabo. Nunca le había hecho uno. El muy tonto no

se dejaba.

Hundió su cabeza en el cuello. Succionó. La cara de dolor y de placer en el rostro del chico. El goce próximo al dolor. El dolor que da placer. Que recorre la autopista de la columna vertebral a mil por hora. El chupetón se expandió como la ponzoña en la piel blanca. Hasta que la sangre dejó de acudir a la superficie Erica no se apartó. Lo hacía por diversión. Ni siquiera se enrollaba con los chicos que se prestaban a ser marcados. Y todos se prestaban. Las hormonas. La incomodidad de los fluidos dentro del cuerpo. Su empuje por salir. Cualquier roce les ponía cachondos y estaban dispuestos a entregar su alma por una buena erección. Después, al día siguiente, la luz traicionaba a las víctimas de Erica, que en sus movimientos por el pueblo trazaban la cartografía del mordisco. Las vegas de tabaco. La cantera. El monte hasta llegar a la sierra. La había visto marcar cuellos decenas de veces. Uno más no tenía importancia, me dije. Uno más, ¿y qué? Si solo eran risas. Si solo era carne gangrenada, carne muerta hasta que le retornara el color de la piel sana. Me obligué a mirar el rostro de la víctima de aquella noche, ese rostro por el que yo me había saltado otra vez el castigo. Vaya una cara de gilipollas, pensé, y me di cuenta de que el reverso del amor no es el odio, sino la rabia silenciosa.

—¿Quieres que te haga a ti uno, Vera? Hace mucho que no te lo hago.

Hacía mucho. Por lo menos, dos veranos sin tener que explicarle al Padre que aquella marca me la había hecho una chica, que no significaba nada y que había cosas para las que no había respuesta. Que ser adulto es no volver a creer en la belleza del absurdo.

—¿Qué hace el Urraca con el Gitano?

El Gitano en realidad no era gitano. Solo tenía la piel oscura, llevaba el pelo por los hombros y camisas negras. Todo el mundo, hasta los hombres más fornidos del pueblo, le tenían miedo. Había estado en la cárcel unos años por matar a su hermano en una pelea. Dicen que porque el pequeño había sido el favorito de los padres y el Gitano esperó el tiempo necesario para que el rencor acumulado creara una fatalidad meditada. Me imaginaba al

hermano muriendo sin saber el motivo, preguntándose por qué dejar de respirar se había convertido en una inmensa broma.

—Vete tú a saber. ¿Quieres un chupetón o no? O, espera, le hago otro a Gusi en el otro lado del cuello. A juego.

Apreté los puños. Tragué saliva. Me giré y dejé que la vista vagara por la discoteca, lejos del vampiro y su víctima. Sentía que todo a mi alrededor se movía, que la Rainbow era una sala de cine y yo era una espectadora que se había equivocado de sala y por vergüenza de reconocer el error se quedaba a ver la película. El Urraca me llamó desde la distancia. Te invitamos a un tiro, me dijo. Les seguí al cuarto de baño de los hombres. Fue la primera vez que me metí sin Erica. La cocaína brillando sobre la tapa del inodoro. Las luces ultravioletas convirtiéndonos en versiones alucinatorias de nosotros mismos. Nunca había visto tan de cerca el rostro del Gitano. Su piel, picada de viruela. Sus manos delicadas. Capaces de matar. Todas las manos son capaces de matar, llegado el momento. Eso, como tantas otras cosas, lo aprendería aquel verano.

Justo al lado de la piscina climatizada, le digo al taxista.

Él arranca con brusquedad. Durante el trayecto se le cala el coche dos veces. En un semáforo de la avenida del Mediterráneo, mientras el ámbar parpadea hacia el verde, Aitor mira por la ventana, pone su mano sobre mi pierna y la acaricia. Su mano tiene el tacto de un melocotón mojado. Estoy borracha. Muy borracha.

Hace unos años, después de romper con el único novio que he tenido, me compré un piso en Usera. Pequeñito. Planta baja con un patio minúsculo. El Padre me aconsejó que eligiera uno con dos habitaciones. Si las cosas venían mal dadas, siempre podía alquilar una. No le hice caso. Estaba agotada de la ruptura y no quería tener un cuarto libre que me recordara que había espacio en mi vida para alguien más. Cuando me despidieron de la productora y entré a trabajar en el teatro por el salario mínimo, el consejo del Padre cobró sentido. Tuve que alquilar el piso y cogerme una habitación. Así es como he ido a parar a la buhardilla de la calle Valderribas, con Claudia y su tarot y sus magias.

Hoy duerme en casa de sus padres. La buhardilla es de una amiga suya que se fue a Bali a montar una empresa de buceo. Nos cobra solo cuatrocientos euros de alquiler. Es pequeña y coqueta. Para ahorrar espacio, apenas tenemos muebles. En el techo, una ventana abre a la avenida del Mediterráneo. Al cielo azul de la ciudad. A la aberración cromática de la contaminación. Aitor paga el taxi y me ayuda a bajarme.

—¿No tienes coche?

—No, viviendo en el centro no lo necesito. Me saqué el carné hace muchos años y desde entonces no he vuelto a cogerlo.

Me callo que un día que venía de fiesta, circulando por el

carril central de la M-40, provoqué un accidente. Tengo miedo desde entonces. La velocidad a la que pasó todo. El choque de los coches. La chapa hundiéndose. Nada de cámaras lentas. Ni de ver pasar la vida. Te mueres sin darte cuenta.

Subimos los dos últimos tramos sin decir una palabra, concentrados en la respiración. Es una cuarta planta sin ascensor. Cuando abro la puerta siento una oleada de alivio. La buhardilla está más o menos recogida. No da la sensación de ser un espacio habitado por alimañas. Nos sentamos en el sofá. Aparto la manta con la que Claudia y yo nos tapamos cuando vemos la tele. Aitor me besa y entonces el alcohol se abre paso por mi garganta. La náusea. Imparable. Apenas tengo tiempo de empujarle antes de vomitar sobre el parqué los nachos y el humus de la cena. Él se ríe.

—¿Dónde está el baño?

Antes de que le conteste, se levanta, aparta la cortina que separa el baño del salón y vuelve con el papel higiénico en la mano. Limpia el suelo.

—No te preocupes. No pasa nada, tranquila. Es hasta tierno, si te paras a pensarlo.

Me pregunto si hay algo en esta vida que le moleste, algo que le saque de sus casillas o le devuelva a ellas, algo que me dé motivos para odiarle con la intensidad con la que necesito odiarle. Me ayuda a levantarme, me lleva al lavabo, me moja el pelo, me lo echa hacia atrás en una coleta.

—¿Cuál es tu cuarto?

Señalo con el índice, lo mantengo en el aire y digo mi habitación. Estallo en risas.

—¿Qué?

Muevo mi dedo, aún extendido.

—¿No adivinas la película?

Cara de póker.

—La película, *E.T.* Mi casa, mi habitación. No es gracioso si lo tienes que explicar.

Me acuesta en la cama, justo al lado de unas bragas sucias que he olvidado meter en la lavadora. Si no puedo mantener la cama despejada, ¿cómo voy a cuidar de mí misma? Cuando

empiezo a sentirme mejor, me incorporo y me desvisto hasta quedarme en ropa interior. Me echo de nuevo. El mareo otra vez. Deslizo la pierna derecha por la sábana y pongo el pie en el suelo. Siento el frío del parqué como un analgésico. Y la memoria se dispara. Erica diciendo que, si te acuestas borracha, para no naufragar hay que echar el ancla. Y aquella vez en la que pensé, con el efecto del LSD que nos había dado el Urraca unos días antes de que le sucediera la desgracia, que podía mover en espiral la habitación con la pierna y creé un caleidoscopio con los pósteres, la cadena de música y las cortinas ámbar hasta que las luces del amanecer lo deshicieron.

—¿No tienes un pijama? No quiero que te quedes fría.

Le señalo la silla del rincón, oculta tras un montón de ropa.

—No encuentro el pijama. He cogido esta camiseta.

Me incorpora un poco, levanto los brazos y él la desliza sobre mi torso. Me vuelve a tumbar. Aitor es un médico cuidador. No es de esos doctores convertidos en curas profanos que te echan la bronca por estar enfermo o te dan una charla por pedir la baja.

Se quita la ropa. Se tumba a mi lado en calzoncillos, abrazándome. Las manos lejos de la boca del estómago. Su respiración se acompasa a la mía y después, enseguida, se vuelve más lenta. Es de sueño rápido. De conciencia tranquila. En el silencio de la noche empiezan los primeros acordes de los boleros de don Rufo. Me entran ganas de llorar, tantas ganas de llorar y tan seguidas que después no recordaré si lloré despierta o dormida. Por la mañana confundo el sonido del móvil de Aitor con la alarma del coche que ha estado sonando durante la última semana. Me arrebujo contra su cuerpo y él me abraza un momento, me da un beso en la cabeza y me dice que se tiene que ir, que llega tarde a la clínica. Le ofrezco una ducha que él rechaza. También que le acompañe a la puerta. Quédate durmiendo, tú que puedes. Ahora el beso se traslada a la frente y me dice que me llamará. Un avión cruza la claraboya. Tarda una eternidad. O a mí me lo parece. Igual se ha quedado suspendido en el aire, me digo. Igual. Oigo la puerta. La luz que se enciende en el rellano. Sus zapatillas de niño pijo bajando los peldaños. Me arrastro hasta el baño. Lleno con

agua el vaso del cepillo de dientes, saco un ibuprofeno del armario y me lo tomo. El olor a vómito cuando cruzo el salón me golpea el recuerdo. En la tarima permanecen los zarpazos del papel higiénico. Vuelvo a la cama. Me arropo la cabeza. Me encojo en posición fetal. Una crisálida, una cápsula del tiempo, sellada al exterior con vapor etílico.

Me acuerdo de Gusi. Me pregunto si el presente puede sustituir el pasado. Pienso que perdonar es, también, reemplazar.

OBK sonaba en los altavoces del quiosco de Martín. «Historias de amor. Ojos que miran con ilusión...» Saludé a la pandilla. Erica me dio un beso en los labios. Su boca, cortada por el viento, era un código de barras que marcaba un precio alto.

—Si has venido con el cangrejo.

Olivia se había puesto un vestido de tirantes que le marcaba las caderas. Aún no soportaba el roce de los pantalones. Se estaba pelando como un lagarto y el sol le había tatuado manchas grisáceas en los hombros.

—Quédate con Erica un momento.

Se sentó en uno de los taburetes mugrientos de Martín. Se cogió un mechón y se entretuvo observándolo. La prima y yo parecíamos dos niñas de vacaciones en la playa, cubo de arena y pala en mano, a las que los padres las hubieran obligado a jugar juntas.

—¿Te invitas a algo o qué? —le dijo Erica.

Su pregunta abría la senda a una conversación normal, con el punto de agresividad necesaria para satisfacerla. La rendición de Erica, las treguas firmadas en los bares, eran siempre con condiciones. Me alejé de ellas. Busqué a Gusi. El quiosco estaba más lleno de lo habitual. Los Amontesinaos celebraban la fiesta del verano. Los que ya estaban cogidos se habían traído a las novias y los solteros habían invitado a las chicas de la Cerralba. Más pequeñas que nosotras, con sus vestidos cortos de tela y el cuerpo aún recto, eran comas que pausaban las conversaciones de los hombres. El Cojo estaba hablando con Carmela Morcuende sin darse cuenta de que cuando se acercaba a su oído, ella se echaba hacia atrás. Unos chicos de la pandilla del valle jugaban a los dardos. Miguel, el Caudillo, sentado en uno de los barriles de

cerveza apilados en el rincón, se frotaba las rodillas con las manos y esperaba a que acabara la partida. De pequeño, su hermano le había sacado el ojo sin querer mientras jugaban con una hoz y ahora llevaba una prótesis de cristal. El Caudillo se mantenía lejos de todo lo que pudiera quitarle el ojo sano. Aparté a Richi Camuñas, que me había cogido de la mano para bailar, y me dirigí hacia la terraza justo en el momento en que OBK decía «pasiones vividas entre los dos». La terraza estaba en la parte posterior del quiosco, en un desnivel desde donde se veían los olivares de la vega baja y las plantaciones de tabaco negro. El río, una culebrilla de agua, cruzaba sinuoso y plateado el horizonte.

Gusi, la espalda apoyada en la pared, estaba absorto en sus pensamientos. Me pregunté si estaría acordándose de su abuelo. El invierno anterior Carmelo Gusiato había aparecido muerto en el suelo de hormigón que rodeaba la casa después de que se subiera al terral, abriera la ventana y se tirara por ella. Dicen que cuando aquello sucedió solo estaba Gusi en casa. Dicen que, al escuchar el golpe, buscó a su abuelo y no le costó encontrar el cuerpo fresco, aparentemente intacto, reventado por dentro. Una de las cabras lo olisqueaba y le lamía el sudor del cuello. Los Gusiatos no tenían teléfono y vivían a unos kilómetros del pueblo, en la casa encalada de cuatro plantas frente al campo de fútbol y la almazara, rodeados del olor a alpechín y de las cruces del cementerio. Gusi corrió cuesta arriba hasta llegar a la Quesera. Allí solo supo decir mi abuelo se muere. Mi abuelo ya está muerto. Desde entonces, él, ya taciturno de por sí, estaba aún más metido en sí mismo. Yo veía en esa tristeza la oportunidad de convertirme en una mártir de su sufrimiento. Me haría cargo de su dolor, lo llevaría sobre los hombros y con él doblándome el espinazo, en cuanto cumpliera los dieciséis, me iría a repelar tabaco hasta que reuniera el dinero suficiente para pagarnos un viaje a la costa y entonces veríamos juntos el mar. Agarrados de la mano. Saltando en la orilla como en los anuncios publicitarios.

Se giró. Me vio. Se bebió de un trago su chupito y dejó el vaso sobre un taburete. El calor de las noches de julio se acentuaba en la terraza. Martín tenía instaladas allí las cámaras frigoríficas, que

lanzaban al exterior una bocanada de aire pastoso. El ruido de los motores rivalizaba con el de los grillos. A pesar de que la frente le brillaba por el sudor, Gusi llevaba puesta su cazadora. El cuero, de imitación, curtido. Hebillas en los hombros que titilaban a su paso. Los sonidos. Sus sonidos. Me los sabía de memoria. El amor era para mí un mapa sonoro. Años más tarde en un vagón de metro en Madrid volví a escuchar un sonido parecido y la memoria volcó y derramó el recuerdo, pero cuando alcé la vista me encontré con un mendigo sin brazos que pedía limosna en un vaso de mini sosteniéndolo con la boca y me pregunté si aquellas dos imágenes estaban unidas de alguna forma.

Gusi vestía como si condujera una Harley Davidson en lugar de un escúter. Había algo contradictorio en vestir de cuero y sentarse en la moto con los pies juntos. Dudé antes de darle un beso en los labios. En su cuello, a ambos lados, brillaban los chupetones de Erica. Finalmente, me puse de puntillas y le besé.

—Ya me han levantado el castigo.

Los dos días después de la Rainbow los había cumplido a rajatabla. La escapada por la casa del Malaleche me había enseñado que quien arriesga tiene mucho que perder, y que en ese juego mi mayor enemigo no era el Padre.

Sentí que reculaba un poco. No le di importancia.

—Me lo dijo Erica. Tu prima, la extranjera, que se te quemó en la Mora, ¿no?

La luna brillaba entera y proyectaba fogonazos sobre los campos de olivos. Una estrella fugaz cruzó el cielo. Pedí que Gusi se quedara conmigo para siempre. Le había pedido lo mismo a todas las estrellas fugaces desde que me abrazó en la calleja oscura. Cuatro estrellas fugaces con sus cuatro deseos. De pequeña, mamá me había dicho que las estrellas fugaces, sus estelas, eran el último fogonazo de esos cuerpos celestes, un fósforo prendido en el cielo antes de extinguirse. Ahora sé que no es verdad, pero he decidido seguir creyéndolo. He decidido que antes de morir se brilla más que nunca; que es bello convertirse en una bola de fuego mientras el alma abandona el cuerpo y el corazón se queda huérfano, sin conciencia, y entonces sus latidos son solo latidos y no metáforas y

que no se muere de amor; se muere de ausencia de símbolos.

—En realidad, me castigaron por escaparme al valle cuando ya estaba castigada.

Esperé, en vano, algún tipo de reconocimiento, pero mi acción heroica para verle pasó desapercibida.

—Erica dice que es una pesada de cojones. Y una pija. Todos los que viven en las Lomas lo son. Unos plastas de cojones. Y unos pijos.

—No es mala tía.

La verdad es que no sabía si era buena o mala. No sabía nada de ella. Sí sabía cómo me había sentido cuando se fueron a Bruselas y la llamaba constantemente y ella no se ponía al teléfono y tampoco me contestaba a las cartas que le escribía en hojas perfumadas. Había repasado una y otra vez los días anteriores a su partida. Todas las palabras. Todas las miradas. Ni siquiera entonces me acordé de cuando se quedó sola en la habitación del Tarado porque no sabía que fue entonces cuando Olivia adquirió el don de la contradicción, el de ser invisible y al mismo tiempo no poder esconderse.

El silencio cayó sobre Gusi. Me pregunté si estaba pensando en su abuelo, muerto para siempre, hocicado en el cemento. ¿Qué se le habría pasado por la cabeza antes de tirarse? Tendría que haber un botón que parara los suicidios, un botón del pánico que hiciera saltar una alarma y aparecieran los no-muertos para sacarte de ahí a apenas unos centímetros del suelo, como la goma elástica del *puenting*. Morir o rebotar a tiempo.

Erica me pegó un pescozón en el cuello. Me asustó. No la había oído llegar. Mi sexto sentido para los sonidos de Gusi me dejaba completamente sorda para los otros.

—Que ha llegado el Urraca. Nos invita antes de abrir el Penta.

En la radio sonó Raphael: «Qué sabe nadie». Miré a Gusi, los labios apretados, escrutando el campo de olivos. Un coche avanzaba por los caminos de tierra. La luz de los faros revelaba poco a poco el paisaje, marcando la distancia entre lo desconocido y lo conquistado.

—¿Cuándo?

—¿Tú estás tonta? Pues ahora, ¿cuándo va a ser? ¿O es que prefieres ir tú sola?

Gusi no se metía nada. Su hermano mayor había estado ingresado en un centro de la ciudad. Le echaron después de que se liara con una de las pacientes y se los encontraran metidos en la cama de él, abrazados el uno al otro; ella con la jeringuilla aún clavada en el cuello. Ahora estaba limpio. Había montado una frutería en el pueblo y decían que vendía los mejores tomates de toda la comarca. También que tenía más peligro que un mono con pistolas por cómo le brillaban los ojos recordando el pasado.

—Venga, tía. Que están las de la Cerralba rondándole y como no tenga mucho nos quedamos sin catar nada.

—Son todavía muy chicas para meterse.

—¿Y esta? Más jóvenes éramos nosotras la primera vez. Y no te preocupes por tu prima. Se ha puesto a jugar al billar con Merchán y Zamarra. No veas cómo juega la bicha. ¿No querrás romper el pacto de amigas?

Erica me cogió del brazo y me arrastró hacia el interior del quiosco. El pacto de amigas. Nunca dejar sola a la otra. Nunca abandonarla por un chico. Un pacto que no tenía excepciones. Que había firmado porque nunca pensé que querría saltármelo. Me giré y le dije a Gusi que volvía enseguida. El Urraca salió delante de nosotras y nos esperó en la fuente del Peregrino. Allí estaba también el Gitano, pero no se quedó. Dijo que se le estaba haciendo tarde. No especificó para qué. Mucho mejor. Su presencia enrarecía el ambiente. Cuando regresé al quiosco de Martín, con la cocaína empujándome la garganta, Gusi ya se había ido, la prima les había pegado una paliza en el billar a todos y Merchán le estaba preguntando cómo lo había hecho para meter tres bolas de un golpe.

El Pacto de Amigas.

El Pacto Traicionado.

Las noches siguientes en el quiosco de Martín le diré a Erica que tengo que llegar pronto a casa; el Padre sigue de mal humor.

Ella torcerá el gesto y dirá que yo me lo pierdo. El Urraca se deja caer por allí más de la cuenta y es generoso. El Urraca es un Mesías para nosotros, adolescentes de Nunca Jamás arrojados a la eternidad del verano. Olivia, convertida en la nueva estrella del billar, se quedará jugando con cualquiera que quiera ser derrotado. Yo me reuniré con Gusi en la calleja oscura. Su cuerpo y mi cuerpo. Dos fósforos reverberando juntos. Mi primer orgasmo. Solo con el roce. Repentino. Inesperado. El cuerpo sólido transformándose en líquido.

Su mano en mi pantalón. Su mano en mi mano en su pantalón. El pene duro. Mi miedo se hace plural. Los miedos. El del cuerpo. El del qué dirán. Las reglas no escritas de lo que es ser una buena chica. Oponerse. Confrontar. Cortar el avance. El miedo a sentir dolor.

Mi cuerpo en retirada.

Su mano en mi ropa interior. Un dedo explora la goma, se aventura por el pubis. Entra en la vagina sin rozar el clítoris. Dolor. Ya no hay miedo. Ni placer. Solo dolor. Puro. Profundo.

De nuevo, retirada.

Y, otra vez, su ataque.

Y retirada.

El sexo como confrontación. Como relato heroico de lo conquistado. La colonización, el acoso y derribo, de un cuerpo en llamas.

Aitor me ha llamado. Al día siguiente. No ha mencionado los vómitos ni la borrachera. Tengo ganas de verte, ha dicho. Y parecía sincero.

Virginia Woolf afirmaba que la belleza debe romperse a diario para permanecer hermosa.

Y yo me pregunto para qué hay que romper nada.

El referente. El modelo. La insoportable confusión de las palabras.

Desde la Suzuki Katana, las calles eran un zootropo de setos, cemento y casas de madera. Pasamos por el bazar, que a esas horas seguía abierto. Además de flores de plástico, herramientas de bricolaje y jarrones de cerámica, vendía alcohol, gominolas y bolsas de patatas fritas bañadas en vinagre de pepinillos. Los hijos de los dueños, una niña de siete años y uno de apenas tres, estaban sentados en la puerta. El pequeño nos dijo adiós con la mano. En la terraza del bar de la Corona había música en directo. Los matrimonios bailaban agarrados. A lo lejos vi la farola sobre la casa de mis padres. Giré la cabeza hacia el lado contrario, me apreté más contra la espalda de Gusi y bajé la mirada. Me fijé en sus zapatillas. Era el único que, aunque trabajara en los mármoles, siempre las llevaba limpias. Habíamos acordado no ir a la calleja esa noche y alejarnos un poco del pueblo. La vida es para mí, pensé. La han hecho a mi medida. Me gustaba ir en su moto. El verano anterior había visto cómo paseaba a la Gusana, ella agarrada al alerón trasero en lugar de envolverle el cuerpo con los brazos. Él, conduciendo con una mano mientras apoyaba la otra en su muslo. Esas tías que se hacían las duras, que jugaban a lo mismo que nosotras, pero con menos intensidad, con más desgana, que nunca las pillabas con la guardia baja, que nunca besaban y que siempre eran besadas. Esas tías que nos arrebataban a nuestros chicos porque ni siquiera se lo proponían.

Al salir del pueblo el aire era más fresco. La humedad me relajó la piel y me puso la carne de gallina. Tiré del vestido hacia abajo. Apenas me cubría la parte alta de los muslos. La cinta del casco me oprimía el cuello, pero no me atrevía a soltarme de manos para ajustármela. La moto giró hacia el camino de arena

que desembocaba en el aparcamiento de la Chorrera del Diablo. La cascada era el único motivo por el que los turistas se desviaban de la carretera principal, la que llevaba al valle de los cerezos. En su descenso, la garganta creaba pequeños charcos resguardados por las encinas donde era agradable tumbarse sobre las rocas, con los pies metidos en el agua y dejar que los peces se comieran las durezas de la piel. Después la cascada se despeñaba abruptamente, casi en noventa grados, y su rastro se perdía entre la arboleda hasta reaparecer en el horizonte para unirse al río.

Gusi aparcó en una zona junto a los matorrales. Allí las zarzas estaban altas y ni siquiera un coche que se aventurara por el camino podría vernos. Un ramo de flores secas atado a uno de los árboles recordaba al chico de la ciudad que resbaló y cayó cascada abajo. El ruido del agua era un martillo en la calma. El invierno anterior había llovido mucho y la corriente bajaba con fuerza. La Chorrera del Diablo era una personalidad cambiante que ese año bajaba reventona y furiosa. Más arriba, por encima de la piscina, se perfilaban las luces terrosas de las Lomas. Antes de que me acostumbrara a la oscuridad, Gusi puso la pata de cabra de la moto, se giró, me quitó el casco y me dio un beso rápido.

—Hoy no hay nadie, qué raro —le dije.

En el pueblo había tres sitios oficiales de magreo. La Lancha Lisa. El Corchuelo. La cascada. En los tres flotaba siempre un ligero olor a fluidos.

Se bajó de la moto y me dio un beso más profundo. Sus dientes chocaron con los míos. Me preparé para la batalla de lenguas, para los avances y las retiradas, para cada día un poco más, pero entonces Gusi comenzó a desvestirse y cambió de un plumazo las reglas del juego. Puso la ropa sobre el manillar. Se quitó los calcetines. Se los volvió a poner cuando pisó una zarza. Yo seguía aún sentada a horcajadas en la moto, observando aquel *striptease* tan poco sensual, tan alejado de cualquier fantasía erótica. El cuerpo masculino, con sus líneas rectas y sus formas ariscas.

—¿Qué haces?

Si quería bañarse, la noche no era el mejor momento para

medirse con la cascada. Se situó frente a mí, con el pene erecto, circuncidado, aunque eso no lo sabría hasta tiempo después, cuando tuviera más experiencia. Hasta entonces solo conocía el de Tasio, el Sátiro, y los de los hombres de las películas porno que el padre de Erica escondía entre los libros de la estantería del salón, con aquellos badajos monstruosos, grandes y rosados como ubres de vaca.

Se escuchó el rodamiento de un coche por la carretera. Disminuyó la velocidad en la curva cerrada del desvío hacia la piscina. Un nuevo acelerón le llevó lejos de nosotros.

—Me tienes que enseñar cómo se hace. No he traído preservativo, pero si la saco antes de correrme, Koku dice que no pasa nada.

La frase de Gusi era espesa. Tanto que me costó digerirla. Le miré.

—¿Qué estás diciendo, Gusi?

—Pues eso. Que me enseñes. Que soy virgen.

—¿No lo has hecho con la Gusana?

La Gusana tenía veinte años y trabajaba de modelo en Madrid. Con su metro ochenta y cinco era tan alta como él. Sus rasgos nos hacían a las demás más normales, más insignificantes, menos merecedoras del amor ajeno y, sobre todo, del propio. El verano anterior habían roto y vuelto a salir al menos cuatro veces durante los quince días que estuvieron juntos. Gusi era esquivo. Aquel agosto había ido todos los días a la piscina. Se sentaba en el césped entre las amigas de la Gusana, el perro mojado esperando a su dueña, apartándose a cada poco el flequillo de la cara y guardándoles las toallas hasta que ellas volvían del agua entre risas y le mandaban a comprar cerveza. Para la gente del pueblo hacían tan buena pareja que, a pesar de que ella pasó el final del verano con un forastero que conoció en las fiestas del pueblo vecino, Lorena seguía siendo la Gusana.

—Joder, no. Te he dicho que soy virgen.

—Yo también soy virgen, Gusi.

Giró la llave de contacto de la moto y encendió las luces cortas. Un enjambre de mosquitos nos rodeó. El zumbido me llenó

los oídos. Pegué un manotazo para ahuyentarlos y se trasladaron a mis piernas. Con el humo de un cigarro se habrían marchado, pero yo no tenía tabaco y él no fumaba.

—¿Tú no te habías acostado con el Boby? ¿Es que conmigo no quieres?

Los brazos en jarra. La mirada torva. El rencor de Gusi era más capricho que resentimiento. Ricardo era un muchacho siete años mayor que yo y le llamaban Boby porque tenía la mirada vacía de las vacas cuando te ven pasar, pero era guapo, besaba bien y olía siempre a naranjas dulces. Me había liado con él un poco por despecho y otro poco por aburrimiento. Quedamos varias veces, la mayor parte de ellas yéndonos al río a bañarnos con su hermana pequeña. La dejábamos sola en la orilla mientras volvíamos al coche a fumar marihuana hasta que un día nos dijo que un hombre se le había acercado y que por qué se ponía la parte de arriba del bikini si aún no tenía tetitas, y ella se la quitó; y él, déjame que te ayude y ahí se quedó la cosa y nunca más la dejamos sola, pero antes le hicimos prometer que no le diría nada a su madre. Después volví a Madrid y Boby me llamaba a casa. Yo cogía el inalámbrico y me encerraba en mi cuarto. El Padre descolgaba el otro teléfono, el que teníamos en el salón. Nos espiaba más por divertirse que por recelo. Podía escuchar su respiración a través de la línea y la risa ahogada cuando Boby me decía que el pueblo no era lo mismo sin mí. Al final dejé de ponerme cuando llamaba y él dejó de insistir.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha dicho que me he acostado con Boby?

Me bajé de la moto y me situé frente a él.

—Él.

—¿Y por qué te ha dicho eso, el muy cabrón?

—¿Te acuerdas del día que estabais detrás del gimnasio y llegamos el Cojo y yo con la moto? Nos dijo después que casi os pillamos en plena faena. Que se acababa de subir los pantalones.

Así que Boby era una vaca lechera llena de malicia. Hice memoria. Me acordé porque había guardado cada uno de los momentos en los que había visto a Gusi el año anterior. Estábamos

fumando porros en la parte de atrás del polideportivo. Él me estaba contando que a su madre le habían prohibido comer tocino y que lo engullía a escondidas y que estaba tan gorda que el Renault 21 se ladeaba cuando se montaba en el asiento del acompañante. Durante aquel verano, su familia me invitó a su finca, al lado del río, junto a la presa. Les hizo mucha gracia que me vistiera con pantalones beis para ir al campo. Mojigata de ciudad, había sentenciado la madre mientras roía los restos de mi chuleta.

—No, yo soy virgen.

—¿Cómo vas a ser virgen con la de tíos con los que te has liado?

A Erica y a mí nos gustaba besar a los chicos cuando íbamos borrachas, besarnos entre nosotras, pero nunca habíamos transgredido esa frontera. Nos divertía jugar. Que los tíos nos miraran. Sentir cómo de repente éramos el centro de atención. De un verano para otro, sin saber muy bien cómo había pasado, teníamos a los mayores rondándonos. Les besábamos en los bares, rodeadas de gente porque lo que se hacía a la vista de todos no podía ser malo. Y porque no pensábamos. Nunca pensábamos. La vida era mucho más sencilla si solo te centrabas en la acción.

—Tú eres el único con el que he ido un poco más allá de unos besos.

Me pegué un manotazo en el hombro. Un mosquito acababa de picarme.

—Venga, tía, no me digas bobadas. ¿Es que yo no te gusto?

El tono de Gusi había cambiado. Punzante. Un bisturí que le abría en canal. Y dentro había mojama y flores secas y un humedal en el que crecían cipreses.

—Me gustas mucho.

Te quiero, estuve a punto de decir. Ahora me alegro de no haberlo hecho, de no haber manoseado más el pasado. Me había imaginado una vida con él. Yo dejaría Madrid y me iría a vivir al pueblo. La casa de los Gusiatos era grande y podríamos pasar allí un tiempo hasta que tuviéramos la nuestra. El hijo que tendríamos juntos. Tan taciturno como él. No había pensado en el sexo. A los quince años el sexo me parecía más lejano que la responsabilidad

de una familia imaginaria.

—Tía, entonces no hay nada más que hablar. Tú me gustas y yo te gusto. No hace falta mucho más, ¿no?

Se le notaba nervioso. Quería que se tranquilizara, que me abrazara como había hecho la primera vez que nos besamos. Me apoyó sobre la moto, me subió la falda y se echó sobre mí. Pensé en las películas porno del padre de Erica. Ahora yo me tendría que arrodillar, estar dispuesta a que él me castigara. Abrir la boca, cerrar los ojos. Tragar. ¿Por qué esa obsesión de los hombres por inyectar sus fluidos? Su pene erecto me empujó con fuerza la ropa interior. Me va a romper las bragas, pensé, y me sentí en uno de esos lugares oscuros de la vida donde los pensamientos son erróneos, como cuando le dices mamá a tu profesora de primaria. Echó su peso sobre mí. La pata de cabra de la moto se tambaleó. Dio un paso hacia atrás. Una rama crujió. El olor a orina impregnaba el aire. La hierba estaba levantada en algunas zonas. Había pañuelos sucios en el suelo y una llanta de bicicleta metida entre las zarzas.

—Me tienes que ayudar. No puedo hacerlo solo. Las tías queréis que hagamos nosotros todo el trabajo.

El plural. De repente, no estábamos solos. De repente, un nosotros contra vosotras. De repente, la cascada retumbaba como llamadas pegajosas de la tierra. Me quité la ropa interior mientras me abrazaba para que no me cayera. El abrazo. Por fin, el abrazo. Un abrazo funcional. Un abrazo como medio y no como destino. Me introdujo un dedo en la vagina. Tenía la uña larga. Me arañó las paredes. El cazador y la presa. El mamut siendo abatido. Las flechas cruzándole el lomo. Puso mi mano sobre su pene y la meneó con fuerza.

—Túmbate.

La hierba estaba mojada. El vestido se me pegó al cuerpo cuando me eché sobre ella. Había margaritas. Las voy a aplastar, pensé. Se puso encima de mí y empezó a empujar.

—Gusi, no sé si... ¿Volvemos al pueblo?

—¿Me vas a enseñar o no? Con tanta maleza aquí abajo no atino.

Había fantaseado muchas veces con la primera vez. Me sabía todos los lugares comunes. Pétalos de rosas. Palabras de amor al oído. Cámara lenta. Amor eterno. ¿Te duele? Voy más despacio. ¿Te está gustando? Te quiero. Te quiero. Te quiero. Debía de existir un lugar intermedio entre la fantasía y lo real, un lugar donde esas palabras no fueran antónimos, donde se firmara un pacto de no agresión entre ellas.

Puso el pene en la entrada de la vagina y empujó. Me tensé. Gusi, no puedo. Vamos a dejarlo. Empujó más fuerte. Concentrado en la tarea, endureciendo sus músculos planos, que ni el mármol de la fábrica de su padre podían moldear. Gusi Lápida. Gusi Tumba. Gusi Cruz de Cemento. Y entonces me penetró. Un dolor intenso que me partía en dos. Que me limaba por dentro mientras se movía sobre mí con el zumbido de los conejos en celo y me acordé de la abuela Paula, que compraba los conejos vivos y les daba un golpe en la nuca antes de despellejarlos y meterlos en la cazuela, y decía que ya querría ella una muerte así de rápida. Gusi también duró poco. Después de apenas dos embestidas, se apartó y eyaculó sobre la hierba. Su semen olía a requesón podrido. Se miró el pene, cubierto por grumos de sangre. Mi sangre.

—¿Tienes un pañuelo?

Señalé hacia los restos de pañuelos sucios tirados entre los arbustos.

—Qué boba eres.

Me abrazó. Le abracé. Un acto reflejo. Vacío. Busqué las bragas. Habían caído sobre unas zarzas. Las di por perdidas. Me coloqué el vestido, me puse el casco. Arrancó la moto. Me senté detrás de él. El asiento estaba frío y húmedo. Me agarré con una mano al alerón trasero y con la otra me sujeté el vestido para que no se me levantara. Al contacto con el cuero del sillín, me ardían los genitales. Las manchas de sangre en las manos de Gusi nos guiaron a través del camino.

Las enfermeras van y vienen por la habitación. Tratan a mamá con un cariño excesivo, hiperbólico. Le dicen palabras como «guapa», «amor» y «cosita bella». Estoy segura de que se afanan más con quien no va a agradecérselo. Ha adelgazado. Sus pómulos se levantan sobre el resto del rostro. Esta vez ha sido una infección pulmonar. La han cogido a tiempo. La próxima, ya veremos.

—Tía, te veo estupenda.

Olivia ha venido a verla. Ha traído un ramo de claveles y una revista. Hace media hora, cuando aún estábamos solos, le he dicho al Padre que se fuera a comer. Desde que ingresaron a mamá no se ha movido de su lado. Cree que le ha contagiado él el catarro. La culpa. El pensamiento desfigurado. El trozo de mármol pegajoso en el pecho. Retroceder en el tiempo buscando descuidos, creando tropiezos inexistentes. No sé cómo consolarle. Sus ojos llorosos no forman parte de nuestra dinámica. Prefiero al Padre fustigador que al fustigado.

Aitor no ha parado de escribirme en toda la mañana. Se ha ofrecido a pasearse por el perímetro del hospital para que me asome a la ventana y me dé ánimos desde la distancia. Le he dicho que no. Creo en la influencia escurridiza de los lugares, en su capacidad para establecer las reglas y las significaciones de las relaciones, en que el amor contamina las estancias y las poliniza. El amor lo cubre todo de dobles sentidos, de mutaciones, de costras de significado, de pústulas que se despostillan con el tiempo. Una cama de Ikea, la misma de millones de hogares, cabecero blanco y cajones de almacenaje —común, ordinaria, vulgar— muta con el desamor y se convierte en el símbolo de dos cuerpos que se creyeron uno, que fueron uno, que se dijeron el uno al otro yo nunca, yo jamás, a ti siempre, que se pensaron únicos porque el

amor es el mayor acto de egocentrismo.

—¿Me das la revista, bonita? No creo que a ella le haga falta.

El que habla es el compañero de habitación de mamá, un hombre de unos setenta años con las canas del bigote amarilleadas por el tabaco. El Padre puso el grito en el cielo al ver que el compañero de mamá era un hombre y no una mujer. No le extraña que después pasen cosas.

Hace un rato el hombre me ha dicho señalando a mamá, de esta no sale. Y después me ha contado que la muerte es la mayor faena que puede hacerte la vida, que él lo sabe bien porque ha estado muerto dos veces. Clínicamente. Muerto y bien muerto. Pero no han podido con él. No me ha explicado a quién se refería con el plural. Por un momento, he pensado en lo bonito que sería que hubiera una comitiva que nos llevara a la tumba, que nos escoltara y tuviera que convencernos para morirnos y un avioncito y un esta muerte por mamá y esta por papá, y que solo siguiéramos vivos por cabezonería.

—Si sobrevive, es un milagro.

—Mire, no empiece de nuevo.

Entiendo que es un señor mayor y que se siente solo. Entiendo todo lo que hay que entender, pero me gustaría que dejara de tocarme las narices. Nadie ha venido a visitarle, aunque, para ser justos, no para de recibir llamadas. Vive lejos. La gente se ha acostumbrado a que él entre y salga del hospital, me ha explicado. Ya no se asustan. Hasta la enfermedad puede convertirse en rutina. Se ha reído y le ha entrado la tos. Ha bebido agua de un vaso de plástico.

—Pues yo creo que se va a morir usted antes. Se le ve en la cara.

La Olivia del pueblo, la retorcida, la alimaña que se salta las convenciones sociales y mata su aparente timidez hace su aparición. Como en los programas de la tele donde los concursantes entran en un espacio plagado de humo y reaparecen de entre la bruma completamente transformados. Las salidas de tono. Las frases extrañas. La frialdad, que transpira. Que también transpira. Y que acierta de lleno. La palidez del rostro del señor

revela que hay verdad en sus palabras, que han tocado hueso. Que lo han partido. La enfermera entra con una cuña y unos pañales.

—Es hora de cambiarse, Ernesto.

—Estoy viendo las noticias.

Ernesto no ha mirado ni una sola vez la televisión, pero ahora parece fascinado por las imágenes de una nevada que está congelando las iguanas en Estados Unidos. Y así se quedan. Dormitando. Godzillas detenidas en las capas combadas del tiempo. La belleza de la pausa.

Ojalá.

Ojalá hibernar.

—Será solo un momento.

La enfermera cierra la cortina que separa ambas camas y Olivia y yo nos quedamos a solas con mamá. Ha empezado con las alucinaciones. Se agita. Grita. Mamá, mamá, mamá.

—Todos los pacientes se acuerdan de sus madres —dice la enfermera a través de la cortina.

Su silueta va y viene, se mueve rápido. Se inclina sobre el cuerpo de Ernesto. Se incorpora. La enfermedad es un teatro de sombras frenético en el que si te paras, como en las *road movies,* el horizonte te alcanza.

—¿Le pasa mucho?

Olivia no ha apartado la vista de mamá y se lo agradezco. No hay mucha gente que aguante el espectáculo de lo grotesco. No hay mucha gente que aguante, en general.

—Cada vez más, pero después se queda tranquila. No te sientes —le digo cuando hace el amago de usar el sofá cama para el acompañante.

El mínimo contacto y este mueble destartalado se hunde hasta casi tocar el suelo. El Padre ha pasado las últimas dos noches en ese saco de muelles. Con lo que es él para las camas; más delicado que la princesa del cuento que no podía dormir porque le habían escondido un guisante entre los colchones. Olivia se acomoda a los pies de la cama.

—¿Qué crees que quiere decirte? ¿Crees que quiere pedirte perdón en persona?

No tengo que especificar. Ambas sabemos a quién me refiero. Es mejor así. Sin rodeos.

—No lo sé. No voy a hablar antes con él. Que hable conmigo durante la boda. Si se atreve.

Hablar delante de todo el mundo. Exponerle. Un juicio del pueblo. La pornografía de los sentimientos. Quizá así Olivia pueda perdonarle. Quizá dejándoselo a los demás, se le curen las heridas a ella.

—Querrá hablar contigo a solas. ¿Estás preparada?

—No lo sé. Imagino que lo sabré cuando llegue el momento.

—También puedes no ir a la boda. No pasaría nada.

Olivia muestra en su gesto fastidiado lo poco que he aprendido estos años. Lo mucho que necesito discurrir por senderos donde la hierba no esté cortada.

—¿No echaste de menos algo?

—¿Cuándo?

—Cuando me fui del pueblo. ¿No echaste de menos algo?

—¿Si te eché de menos, quieres decir? Claro que sí.

—Vera, tú no me mientas, por favor. No soy idiota. No me soportabas. O no soportabas en lo que me había convertido. Ni siquiera hiciste el esfuerzo de acercarte a mí. Me refiero a otra cosa.

Su tono se parece más a un ajuste de cuentas que a un intento de acercamiento. Me gustaría decirle que siempre se echa de menos a futuro, que durante aquel verano sentí una ausencia indeterminada, que la nostalgia es como una criatura voraz que hace que siempre busques lo que has perdido y entonces, cuando la ansiedad se ha calmado, lo pierdas de nuevo, que el ciclo de la ausencia-presencia engancha tanto que nos pasamos la vida jugando a ello. En los meses siguientes el anhelo se hizo concreto y supe que ya nunca podría volver al pueblo y, que, si lo hacía, sería otra Vera, otra persona la que se movería por las calles dando los buenos días o las buenas noches a las señoras sentadas al fresco y que cuando me preguntaran de quién era yo no sabría qué responder porque esa pregunta, de repente, a quién pertenecía, se había convertido en un enigma irrevocable.

—En el bolso que me prestaste aquel día de la discoteca había un gramo de cocaína. Por la mañana mi madre me levantó de la cama, histérica. Me llamó de todo. Además, alguien le había ido con el cuento de que era la novia del Urraca. La casa en el pueblo había sido idea de mi psiquiatra cuando le conté lo unidas que estábamos de pequeñas. Después de lo de la cocaína, volvimos a Madrid y me cambiaron de psiquiatra.

Nos quedamos en silencio viendo las noticias. Un león del zoo de Sídney le ha cercenado el brazo a un visitante. El hombre se metió en el recinto por la noche. Buscaba la experiencia mística de mirarle a los ojos al felino. Ante un depredador, hay que actuar sin miedo, explica un veterinario. Es el miedo el que ha matado al místico. No los colmillos. No comentamos la noticia. Ni el tiempo. Ni el estado de la economía. No echamos mano de frases hechas y conversaciones de ascensor. No hay mucho que decir entre nosotras. De pequeños se nos enseña el idioma cuando deberíamos aprender el silencio. Olivia le coge la mano a mamá. Seguro que la tiene pegajosa. Le calma chupársela. El Padre le ha puesto un jersey encima del camisón del hospital, sobre el que se lee en letras doradas RIOT GIRL junto a una margarita cosida con hilo.

—Te agradezco el cariño, pero no te esfuerces. No siente nada.

—¿No dicen que sí? Incluso cuando están en coma sienten. Me ha parecido que me ha reconocido.

Todos creen que mamá les reconoce. Es su propio deseo de ser reconocidos, de que con ellos recupere la razón. La fantasía de permanecer en la mente de los otros. De ser la mente de los otros.

—No, yo creo que nos lo dicen para que no perdamos la esperanza.

—Qué va. Si está viva siente algo.

—Ojalá, pero hasta ahora no he visto nada que lo demuestre.

—A ver si va a estar tu madre más viva que nosotras.

Apenas un susurro. Palabras que se descuelgan de la conciencia. Nos reímos. La risa sacude partículas de tristeza. Permanecen flotando, suspendidas en el aire, como el polvo mágico que levanta la luz continua de los focos de cine. Y nos

sumimos de nuevo en el silencio.

Es triste.

Porque es verdad.

A mediados de verano la piscina natural era una charca de liquen, microorganismos y mugre pringosa que alejaba a los veraneantes garganta abajo hasta llegar al río. Solo la gente del pueblo se atrevía a nadar entre las algas y las avispas muertas. El agua apenas corría, pero seguía helada. Siempre estaba helada. Los días de resaca me gustaba hacerme largos en la piscina hasta que las brazadas acababan con los restos del alcohol, me jibarizaban el cerebro, lo esponjaban hasta que se me escurría toda la toxicidad de la noche anterior, todos los errores, todas las conversaciones echadas a perder. Nunca había dudado de la capacidad de la piscina para construir pausas en la existencia acelerada de aquellos veranos. Nunca la había puesto tan a prueba como en los días siguientes a la cascada. Aquellos días solo me dio mugre y más mugre. En lugar de aligerarme, me ponía más peso. Y así, lastrada, metía la cabeza dentro del agua. Abría los ojos. Buceaba intentando encontrar palabras, lugares comunes, historias que dieran respuesta al dolor que sentía aún, a ese dolor que raspaba, arañaba, que era un legrado que se llevaba los huesos y te dejaba solo la piel malherida.

No había vuelto a ver a Gusi. No era raro que se ausentara algunas semanas, especialmente cuando el verano llegaba a su fin y el pueblo volvía a respirar al ritmo de la sierra, pero, después de lo que había sucedido, su desaparición marcaba una línea gruesa entre nosotros. Le había preguntado al Cojo y me había dicho que había visto a Gusi en las fiestas de los Cristos, que se celebraban en una aldea a cincuenta kilómetros, que estaba hablador y que había intentado conducir el coche de uno de los Cincuenta, pero que cuando preguntó qué pedal era el freno y cuál el acelerador, el chico le había sacado de la pechera. Me dio la sensación de que

Busián quería contarme algo más porque dudó un instante antes de decidir no contestarme a la pregunta que yo no había hecho.

En aquellas incursiones en la charca los días siguientes a la cascada, la penumbra fue un telón verdoso donde daba brazadas en el liquen hasta que me quedaba sin aire. Entonces emergía a la superficie. Y también me ahogaba.

La tienda de la madre de Erica estaba en la planta baja de la casa. Era una construcción nueva que mantenía la estructura de mampostería y entramado de madera de los comercios antiguos. A las nueve de la noche ya estaba cerrada. Habíamos entrado por la puerta lateral que la comunicaba con el recibidor de la vivienda. Erica hizo el recuento de nuestro alijo.

—Cuatro botellas de DYC, cuatro cartones de vino y tres de gaseosa. ¿Falta algo? Que luego no podemos volver desde la garganta y nos pasa lo mismo que la última vez. Todos mirándonos a la cara sin tener una gota de alcohol ni un porro. Como si no nos tuviéramos bien vistos.

—Creo que no. Los chicos llevaban la Coca-Cola y el hielo. Ya estarán en la Mora. Iban antes a robar fruta de los huertos para hacer sangría.

—¿Se han llevado barreño? Estos son capaces de mezclarlo en la hendidura de algún canchal y beberlo a lametazos.

—Melchor tiene un cubo escondido en el molino antiguo. Así no se lo quitan los de las otras pandillas.

—A ver si se acuerdan de coger un melón para fumar como nos ha dicho el Urraca. ¿Y tú qué miras? ¿Te parece mal que fumemos? ¿No te irás a chivar? Vera, ¿es una chivata tu prima?

—No lo es, Erica. No te preocupes.

—Más le vale.

Me hubiera gustado que Olivia contestara por ella misma. Si te encontrabas con un lobo en el bosque tenías que hacerte grande, extender los brazos y las piernas como una estrella de mar, demostrarle que no eras una presa fácil. Me entraban ganas de coger a Olivia por los hombros y agitarla para que reaccionara. No entendía su silencio. No entendía su parsimonia. Ni que la

abandonara en los momentos más inoportunos. Y si a mí me sacaba de quicio, a Erica la azotaba como una ráfaga de aceite hirviendo. Ella hincaba el diente, pero eras tú quien decidía si la mordida llegaba a la aorta.

Dejé el dinero sobre el mostrador, debajo de la calculadora. A la madre no le importaba que cogiéramos el alcohol de la tienda siempre y cuando se lo pagáramos y no metiéramos la mano en la caja registradora.

—Coge unas perrunillas para jugar al duro. Nos las regala mi madre —le dijo Erica a Olivia—. Ten cuidado de que no se aplasten.

El duro. Llenar un vaso de vino, poner otro vacío al lado, tirar la moneda, intentar encestarla haciéndola rebotar contra la mesa. El que acertaba, indicaba quién tenía que beberse el vino. Erica había modificado las reglas clásicas. Teníamos que comernos un trozo de perrunilla antes de vaciar de un trago el vaso, así que al día siguiente no solo tenías resaca, sino también la lengua espesa como el cemento.

—¿Por qué no coméis y bebéis directamente sin jugar?

A Olivia se le habían oscurecido las pecas de los hombros. Llevaba unos pantalones cortos de tela y una blusa sin mangas. Parecía un regalo navideño. Uno de esos que envuelves mal y a última hora.

—¿Y esta? ¿Tú qué eres, la filósofa? Pues vas a jugar. Hoy no te escapas. Hoy te pillas el pedo como todas nosotras. Si no quieres ser normal, yo te voy a hacer que lo seas.

Erica abrió uno de los tarros de cristal llenos de chucherías. Cogió un regaliz rojo bañado en azúcar, lo levantó en el aire y se lo comió. Me acordé de los extraterrestres malvados de la serie *V* cuando engullían las ratas mientras las sujetaban por las colas.

Tomamos el sendero bajo, que bordeaba la ladera, tenía más desniveles y pasaba por las fincas. El alto era más corto, pero estaba menos iluminado y unas semanas antes un perro le había mordido la mano a un senderista. Se había levantado aire. En el

pueblo se murmuraba que el viento del monte lo traía la mujer del Camuñas, que había vivido en la casa del melonar, y había muerto asfixiada bajo las ruedas del tractor con el que araban el huerto. Cuando volcó, el Camuñas estaba en el Merengue tomando vino de pitarra. La mujer tenía una cabellera larga y sedosa que siendo ya un espectro, decían, meneaba como un arpa y movía las ramas y las briznas de hierba y levantaba remolinos que enloquecían a las gallinas, que se lanzaban contra la alambrada del corral hasta perder las plumas. La Espiritista nos había contado que la mujer pretendía llevarse al Camuñas a la misma tierra removida del bosque donde yacía su cadáver porque se había negado a pagar el sepelio y la había enterrado allí sin el consentimiento del alcalde. La luna creciente iluminaba, tenue, la vereda. Los grillos llenaban la noche. Los ladridos de perro grande en el camino alto. Las sombras de las ramas de las encinas. La cascada, al otro lado del monte, se había llevado mi capacidad para nombrar las cosas, para sustantivarlas. Me había dejado solo con verbos y no era lo mismo morir que muerto.

—¿No puedes caminar más deprisa? Vamos a tardar una eternidad.

Erica solo quería joder. A pesar de que Olivia no conocía el camino, nos seguía sin problemas. Las tripas me rugieron. No comía bien. No dormía bien. Mi cuerpo parecía amedrentado, falto de experiencia, en las funciones básicas.

—Sal de ahí, Koku, que te estamos viendo.

Se había escondido detrás de unas jaras en la bajada de la Mora para darnos un susto. A los chicos les gustaba hacer eso. Asustarnos. Llamarnos histéricas. Demostrarnos que en cualquier momento podían hacernos daño. Alguien debía de haber hecho un fuego hacía poco tiempo porque aún olía a humo y había cenizas sobre las piedras. Los chicos nos dijeron que la pira ya estaba allí cuando ellos llegaron. Se habían acordado de robar el melón. Para conservarlo fresco, lo habían metido en la garganta sujeto entre dos cantos.

—Parece una piedra cubierta de musgo —le dije.

—Piedras nos vamos a quedar nosotros cuando fumemos lo

que he traído.

El Melchor olía siempre a marihuana, probablemente porque siempre llevaba cogotes en los bolsillos. Los guardaba sueltos. No los metía en un chivato. No le daba tiempo a que se le secaran. Iban directamente de las plantas que cultivaba por encima de la fuente de los tres caños a los pulmones. Se decía que el Melchor tenía favores con la Guardia Civil y por eso se había librado de las multas y de las redadas. A los dieciséis años era politoxicómano. Cocaína fumada y esnifada. MDMA. Éxtasis por la nariz y por la boca. *Speed*. LSD. Montañas de anfetaminas que le provocaban delirios y le despertaban la violencia. Nadie se fiaba de él. Nadie lo rechazaba.

—¿Y Gusiato? —preguntó Erica y debió de mosquearle que no hubiera sido yo la que preguntara por él.

—¿Y nosotros qué sabemos? ¿Es que somos su madre? —dijo Koku.

El silencio de los hombres. La soledad sin aparentes estragos. La falta de lenguaje. ¿De qué hablan los hombres consigo mismos?

—Si a mí me da igual. Es por esta.

—A mí también me da igual.

Se me escapó. El rencor. No solo no le había vuelto a ver. Tampoco habíamos hablado. Lo había llamado a casa. Cogió el teléfono su madre. Colgué sin decir nada.

—¿Estás enfadada con él o qué? —Busián me pasó el brazo por los hombros.

Busián. El defensor de las causas perdidas. Ojos de carnero degollado. Compungidos. Correosos. Achicados al intuir una ruptura. Pillar por despecho. Pillar, al fin y al cabo.

—Estás enfadada con él o qué.

Erica imitó el tono ascendente de Busián. Se le notaba a la legua que le molestaba no saber de qué estábamos hablando. Pagaría mi hermetismo. Lo pagaría de la forma en la que Erica se cobraba las ofensas: sin saber muy bien a cuál de los agravios correspondía el castigo.

En los chalés de las Lomas alguien puso jazz y, por un momento, nos sobrevoló la posibilidad de una vida sosegada, lejos

de la agresividad y de los mundos salvajes y extrañados. Me pregunté si serían los tíos. No era una música frecuente en el pueblo, pero la urbanización, aunque estuviera dentro de su territorio, no era el pueblo. En la hilera de viviendas construidas sobre la ladera de la garganta, coronándola, sus habitantes nos observaban desde la altura, sin dignarse a bajar y a mezclarse con nosotros, aunque tuvieran una escalera de piedra que igual servía para bajar que para subir, nosotros la veíamos siempre de subida y ellos de bajada. La mayor parte de las casas tenían piscina. Las pocas veces que se les veía en los charcos se movían torpemente entre las rocas. Braceaban en el agua como si quisieran quitársela de encima, decían qué asco, ¿qué es esto?, me ha rozado algo, y lo que les rozaba además de las culebras, los sapos y los zapateros, era la epifanía, la inmediata revelación de que en lo viscoso de aquel mundo acuático existían otras vidas que transcurrían sin su consentimiento.

El Melchor preparó el *bong* según las instrucciones del Urraca, que se había quedado con ganas de venir, pero no podía porque los jueves abría el Penta. Cortó el melón por arriba. Hizo cuatro agujeros. En tres de ellos introdujo tres porros. Como no teníamos carburador, usamos la caña de un bolígrafo. A cada calada, la perilla de los porros hacía vibrar la noche. Me recordó a los cigarrillos de plástico que el Padre me compraba en navidades en la plaza Mayor en los puestos de figuritas y de musgo para el belén, y el Padre, ateo y comunista, preguntaba por el precio de los niños Jesús de porcelana y después se reía de la ingenuidad de los creyentes. La Nochebuena pasada, al entrar en el recibidor de mis padres, me encontré un belén y un Niño Jesús en el pesebre. ¿Qué?, me dijo cuando le miré inquisitiva.

Erica le quitó el melón a Koku antes de que él fumara, le dio una calada y me la pasó. Mientras inhalaba busqué la mirada de Olivia, pero no la encontré. No estaba con nosotros. ¿En qué momento se había movido? Di otra calada mientras seguía buscándola. La descubrí en la entrada a la Mora, frente al agua. Se había descalzado. Se metió en la garganta hasta los tobillos y levantó la mirada hacia la luna. Con la blusa puesta, se quitó el

sujetador y lo lanzó a la garganta y, corriente abajo, descendió las aguas como una Ofelia despechada. Nadie parecía haberse dado cuenta. Busián y Koku habían atrapado un murciélago y le estaban dando de fumar. Olivia se volteó hacia mí y pude ver que sus pechos habían bajado hasta la base de las costillas. Salió del agua y se tumbó boca arriba en el canchal. Erica tiró de mí.

—Bicha, acompáñame a mear entre los matorrales.

En la oscuridad de las zarzas estuvimos a punto de caernos en el molino viejo, del que solo quedaban las paredes de piedra. Se puso en cuclillas. Escuché la orina caer lenta, sin urgencia. Y sin urgencia, dejó fluir sus pensamientos.

—Tenemos que deshacernos de tu prima. Está fatal. ¿No has visto que estaba como hablando con la luna?

—Solo estaba mirando, ¿no?

—No, estaba hablando con la luna. Te lo digo yo.

A lo lejos, uno de los chicos eructó y todos rieron. Puto cerdo, dijo el Cojo.

—No creo que Olivia dijera en serio que era la hija del diablo, Erica.

Aquella mañana Olivia y yo habíamos leído un artículo en la *Super Pop* sobre una chica de Keswick que afirmaba ser hija única de Satanás. La prima dijo que eso era imposible porque la hija era ella. Estaba claro que me lo había dicho de broma, pero yo había cometido la imprudencia de contárselo a Erica. Como si no supiera que no se le facilita al enemigo la funda donde meter tu cadáver.

—Broma o no, nunca se sabe lo que puede pasar. Igual la Espiritista nos puede ayudar. Tenemos que ir a hablar con ella.

Pero no podría. Ya nada ni nadie salvaría aquel verano. Nada volvería a ser igual porque la promesa del retorno es siempre una mentira.

Melchor había traído el radiocasete. Los Suaves. Acabamos la sangría y las botellas de DYC, nos quedamos en bañador y nos metimos en la garganta. El agua fría segó la conversación hasta la próxima cosecha. La borrachera abrió una rendija en la niebla. Una rana croaba, desvelada. La música de jazz nos acariciaba. A nosotros, los rechazados por las Lomas. Observé a Olivia, que no

había querido volver a bañarse. No era una chica normal, eso estaba claro, pero tampoco parecía poseída. La luna apenas acariciaba los canchales. Floté boca arriba en el agua, dejándome arrastrar por la corriente. Pensé en Gusi. En que mi mente le buscaba y abría caminos para llegar a él y mi cuerpo respondía dolor y dolor y dolor.

Alguien me agarró del culo. Me giré. La sonrisa sibilina de Koku. Sus ojos, la chusta ardiente de los cigarros. Estaba muy colocado. Se había metido con la camiseta puesta y la tela mojada se le adhería a los bíceps. Koku era el único de la pandilla que tenía ya cuerpo de hombre y en él se podía adivinar a un futuro padre de familia, con unos hijos con su misma cabellera rubia larga y su misma forma de andar con los hombros echados hacia atrás y el pecho hinchado de fanfarronería.

—Koku, estoy con Gusi.

Y su risa de nuevo y la mano que, de nuevo en la cacha, apretaba más fuerte.

—Todos estamos con alguien, sobre todo hoy que ha llegado la Gusana.

Años más tarde leería que el vuelco al corazón es, en realidad, un reinicio, una puesta a punto de los latidos, apagar y encender para que siga funcionando desde cero. Como si las arritmias no tuvieran memoria.

—¿Estás tonto o qué?

—Venga, te llevo a la cascada si allí estás más cómoda.

Así es que eso era lo que se callaba el Cojo. Tendría que haberme dado cuenta. Los hombres y su silencio selectivo. Los hombres y su atacar al animal rechazado por la manada. Koku se me echó a la boca. Le escupí. Nunca había tenido puntería para los escupitajos. Hasta aquel día.

—¿Qué cojones haces, tía? Zorra de mierda.

Erica, que había salido del agua nada más catarla, se asomó entre los juncos.

—Date prisa, Vera, tu prima ha desaparecido.

Agarramos las mochilas, nos pusimos las zapatillas y subimos en bikini las escaleras de piedra hacia las Lomas. La prima no

estaba por ningún sitio. Fuimos a su casa. Merodeamos por los alrededores, miramos la ventana de su habitación, intentando adivinar la figura de Olivia. Tenía la persiana levantada y se veían los estores a medio cerrar. Pasó un rato hasta que nos convencimos de que era mejor que regresáramos si no queríamos despertar a mis tíos. La música jazz, como nuestra borrachera, se había esfumado por completo.

—Vámonos, se me han quitado las ganas de fiesta —le dije a Erica.

—¿Avisamos a los chicos?

No quería ver a Koku. No quería saber nada más de ellos. Sus sonrisas blandas. Su empujarte con el cuerpo.

—¿Tú te crees que nos van a echar de menos?

Antes de llegar a casa nos los encontramos en la puerta del centro de salud, sentados en los bancos de piedra. El Melchor había intentado hacerse un *piercing* en la lengua con un clavo. Cuando Busián le había preguntado por qué no hablaba, había dado por respuesta una bocanada de sangre. Koku ni siquiera me miró. Aquella noche dormí muy poco. Me dolía la cabeza y el estómago. Soñé que la Gusana y Olivia se besaban en mi cama mientras yo estaba allí de pie, mirándolas. En algún momento de la noche debió de darme fiebre y desperté con la ropa y el pelo empapados.

Al día siguiente, cuando fui a buscar a Olivia a las Lomas, me abrió la puerta como si nada.

«¿Por qué no enseñas tu cara?»

Mi espalda. La melena fosca. La piel seca. Plano americano. La columna un poco arqueada. El culo pollo. La pose heroica. La luz del atardecer dispersándose en la lente de la cámara. Playa de Bolonia. El mar, bravo. Cinco minutos después una ola me revolcará. Cuando me suelte, me cogerá otra. Y otra. Estaré a punto de ahogarme. En la fotografía nada de eso se intuye. Las imágenes. Los paréntesis de la vida. Las imágenes no son verdad. Las imágenes no mienten. Las imágenes pertenecen a una categoría aparte donde no existe el trauma ni el dolor, donde todo es fronterizo y las relaciones causa-efecto se diluyen; es en la imagen donde, quizá por eso, somos más libres.

«Eres una zorra que no enseña su cara.»

Alguien se ha tomado la molestia de entablar una conversación solo para insultarme. Huir o enfrentarse. Bloquear. En las aplicaciones de citas se puede bloquear. Cortar el desarrollo normal de un proceso. Impedir la continuación del insulto.

Ojalá, pienso.

Ojalá el insulto no calara en el cerebro.

Le bloqueo. Cierro la aplicación. Le mando un mensaje a Aitor. Qué tal su día. Ahora que le he escrito, mejor, responde. Ahora mucho mejor. Me pregunta qué estaba haciendo. Le contesto que pensando en él.

Hace días que Olivia tiene pesadillas. Le he dicho que es normal, la boda se acerca. Pronto volverá a ver al Tarado. Pero no es con él con quien sueña.

La localización es siempre la misma. El porche acristalado de la casa que los tíos alquilaron en la calle Becker, junto a una de las escuelas primarias del barrio. El cielo plomizo belga, deshilachado, una exhalación que toca la tierra y se abraza con la bruma. Hay tormenta. La lluvia golpea el cristal, incesante, carroñera. Huele a muerte. Olivia está allí, de pie, y piensa ya viene, ya está cerca, aunque no sabe qué es lo que viene. Entonces ve a alguien en la puerta y lo reconoce de inmediato. Chorreando agua. Nariz encorvada. Ojos verdes intensos. Un lunar en la sien. Esférico, perfecto. El objetivo de un francotirador en el rostro. Su voz es capaz de traspasar los muros de cristal. Su voz es el mensajero de unos dioses anónimos que le hablan desde un tiempo donde el lenguaje se susurraba y para gritar había que callar dos veces. Se le van a estropear los frutales a tu padre, dice apesadumbrado, como si estuviera hablando de alguien muy querido, alguien con el que hubiera pasado la vida y estuviera dispuesto a pasar la eternidad.

Olivia gira la cabeza hacia un lugar que se había mantenido fuera de plano. Ve a su padre allí, joven y robusto, un padre que es todavía palabra y no silencio, que está en una parte del jardín donde no llega la lluvia, pero sí el viento. Él intenta cubrir las ramas con fundas de plástico. Son los fantasmas de los árboles, piensa Olivia, que se despojan de sus ropajes cuando el vendaval los arrastra hasta el tejado de pizarra de la escuela primaria. Entonces su padre coge otras láminas y empieza de nuevo, pero esta vez son diminutas, apenas unos retales que no llegan ni para una rama. Olivia sabe que hay que tapar los árboles antes de que

llegue lo que está esperando, lo que no tiene nombre, el fruto que se está gestando en este cielo tripón, que se abrirá para darle paso y será sosa cáustica y heladas y hormigas de fuego y cochinillas, y ella quiere ayudar a su padre, y también protegerse el cuerpo, pero los pies se le han pegado al suelo, que ya vibra con las contracciones del cielo. También quiere gritarle al hombre que permanece en la puerta acristalada que se aparte de la lluvia, que ayude a apuntalar los plásticos, que son ahora un tornado de leche y polvo. Quiere gritar, pero la voz se le ha cubierto de alfileres y el agua ha empezado a inundar el porche.

Y, entonces, la anacronía.

¿Por qué estás en Bruselas? ¿Qué haces aquí, Urraca, si aún no te he conocido? ¿Si la última vez que te vi eras solo sangre? ¿Qué haces aquí si tú también recibiste tu merecido?

Él la mira con compasión, descifrando su pensamiento. La lluvia le cubre de sangre y de lágrimas y de orina y su mirada, una serpiente correosa, se ancla más en la de Olivia y la trepa, a ella, que es ahora una estatua de mármol y bronce, y la rodea estrechándola hasta situar los ojos verdes a su altura y la llena de recuerdos y Olivia deja que la transiten y la serpiente se echa hacia atrás, coge impulso, abre la boca y la muerde con el veneno de la vergüenza.

Se despierta sobresaltada, con la sensación de que le han removido la tierra y las raíces están al aire, podridas. Desde que tiene esta pesadilla la vergüenza es para ella unos ojos verdes que le derraman limo sobre el cuerpo.

A todos nos sorprendió que a Olivia le gustara el Urraca. En realidad, no dijo que le gustara. Lo dimos por hecho. No teníamos otra explicación. Nadie se acercaba al Urraca si no era para que te vendiera cocaína. Si tenías suerte y le caías bien, como era nuestro caso, te la regalaba. Era el hijo de un constructor de la ciudad. Un trotamundos con un turulo siempre a mano. Su padre le había echado de casa cuando le expulsaron del centro de desintoxicación por invitar a los internos a cervezas.

Había trabajado de camarero en Ibiza, y en Huelva en la temporada de la fresa. Allí no duró mucho. Los músculos le pedían droga. Llegó al pueblo en el autobús de línea unos años antes de aquel verano en el que volví a ver a Olivia, con una maleta y el mono de la heroína a cuestas. Por las tardes aparecía por la plaza y nos invitaba a chatos. Estaba siempre rodeado de gente. La generosidad es siempre buena compañía, eso lo sabíamos bien, especialmente a principios de mes cuando los inclinados —así llamábamos a los faltos de cariño porque siempre iban con la cabeza baja— habían cobrado la paga y tiraban de billetera para hacer que la soledad se demorara y tenían la esperanza de que un día ya no le saliera a cuenta volver, pero, como un amante despiadado, cuando ya estaba próxima al olvido llamaba a su puerta y les enganchaba de nuevo. El primero que saca la cartera es el más débil, el más necesitado de comprar el cariño.

Nadie supo dónde vivía el Urraca hasta que paseando a *Daisy* me lo encontré detrás del gimnasio durmiendo sobre unos cartones, con la cabeza apoyada en unos jerséis. Sus camisas Lonsdale estaban apiladas junto a uno de esos petates que los chicos traían de la mili. Las debía de lavar en algún sitio, porque las llevaba siempre limpias. *Daisy* ladró. Él se despertó

sobresaltado. Recuerdo su mirada en la mía. Pegajosa. Amarga como la cocaína. Aquel día, con el calor ya levantado, hui de él como lo haría años más tarde, después de su desgracia, cuando le vi sentado solo tomando café en la terraza del bar Molino y mantuve la cabeza baja y me crucé a la otra acera.

Por la época en la que Olivia le conoció, su etapa de vivir en la calle había pasado a la historia. También su intención, si alguna vez la tuvo, de ganarse la vida de una forma decente. Pasaba droga en su bar, el Penta. No estaba claro de dónde había sacado el dinero para el negocio. Unos decían que había hecho las paces con el padre, que había invertido en el bar para enderezarle. A Erica y a mí nos parecía que aquello no tenía mucho sentido. Ponerle un bar a un hijo cocainómano era como alargarle un cuchillo al pescuezo. Otros aseguraban que se había ido a Madrid una temporada donde se había metido en negocios turbios y había huido con el dinero de los colombianos. El Gitano tenía algo que ver en todo eso, pero no sabían decir el qué. Al final del verano, la segunda opción cobró más fuerza.

—Olivia, cariño, ¿no has quedado con Vera?

La pregunta de su madre. Con ese tono de dulce de leche caducado. La tía decía palabras como «cariño», «amor», «vida mía» que creaban una capa resbaladiza sobre su ceño fruncido. Un tobogán de ternura directo al temblor de la barbilla. Dormía a base de tranquilizantes. Llevaba años haciéndolo, desde aquel día en el que por fin descubrieron por qué su niña había muerto para siempre.

Olivia contestó que no, no había quedado conmigo y, para quitársela de encima, le dijo que como había bajado un poco el sol caminaría hasta el charco de la Tiesa. Y en esas estaba, caminando por la carretera que bajaba hasta el Campesino. Desde allí para llegar a la Tiesa había que remontar la garganta. A pesar de lo que los demás pensaban de su gordura, tenía buena forma física. En Bruselas paseaba de noche por el bosque de Laerbeek. Nunca tuvo miedo de que le pasara algo. Sabía que si ya lo habías perdido todo

a los dados, llegaba un momento en el que no te preocupaban las siguientes tiradas.

A través de la camisa de lino, la piel se resentía de las quemaduras. Había calculado mal el calor. La calima aún ondulaba el horizonte. La suela de goma de las zapatillas ardía al contacto con el asfalto. Entre la hierba se escuchaban los siseos de las culebras. En verano las víboras se celaban y había que andar por la mitad de la vereda para que no se lanzaran a los tobillos. Si celan, que celen, pensó Olivia. Una furgoneta Volkswagen color aceituna pasó a su lado y desapareció carretera abajo, levantando polvareda y gravilla. No habría caminado unos metros cuando escuchó de nuevo el sonido del motor. La furgoneta asomó el morro por la cuesta. Olivia se apartó. La carretera no era muy ancha. El conductor redujo la marcha y se paró a su altura. Apagó el motor. En el asiento del acompañante, una marioneta del tamaño de una persona, piel azulada y cabello encrespado, observaba a Olivia con sus ojos de cristal.

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres que te suba la cuesta? Hace mucho calor.

—Voy a la Tiesa.

Ella no apartó la mirada de la marioneta. Le pareció que aquel ser inerte estaba a la espera de un teatro que la acogiera, que había algo inmoral y casi prohibido en mantenerla en un mundo que no era el suyo. Conocía al Urraca de vista y sabía de sobra que no se ganaba la vida con los títeres.

—¿Te gusta mi Pepa? Fue un regalo que me hizo alguien hace mucho tiempo. Es la única que me aguanta. Se ha acostumbrado a ir a mi lado, pero te deja sitio, no te preocupes.

La levantó en el aire y la puso en el asiento trasero. Después se estiró hasta llegar a la manilla del lado del acompañante. Abrió la puerta.

—Venga, sube.

Olivia dudó un momento. Rodeó la furgoneta, miró a la Pepa, que se había apagado y era ahora un gurruño de trapos y ojos, y se subió.

—Aquello debe de estar lleno de niños. Por la lancha, que la

utilizan de tobogán. Te voy a llevar al Pico del Moro. Te va a gustar.

Dejaron atrás la carretera y el Urraca tomó un camino de arena. Los baches del camino bamboleaban la furgoneta y las piedras golpeaban los bajos. Cuanto más se alejaban de las Lomas, más despacio avanzaban. Él abrió la guantera, sacó una bolsa de patatas fritas y le ofreció. A Olivia nunca le ofrecían comida. Debía de existir un pacto en el que ver comer a los gordos constituía un delito contra natura, una apertura de lo real traumático, una mezcla de sentimientos imposibles de gestionar y por eso preferían evitarlo. Ella decidió llevar al límite el ofrecimiento. Cogió varios puñados. Él le dejó la bolsa en el regazo mientras conducía mirando el paisaje y le contaba cosas del pueblo y le hablaba de gente que ella no conocía. Antes de llegar al Moro, paró en una finca. Las cabras pastaban sueltas y varias crías seguían a las madres, balando para llamar su atención. Vuelvo en un momento, le dijo. No pasó ni dos minutos dentro de la casa. Cuando salió, el Gitano y una mujer pelirroja le acompañaron hasta la valla. Antes de salir, el Urraca acarició a uno de los cabritillos.

Pasaron la tarde en el Moro. Allí, como había predicho el Urraca, no había nadie.

—Mañana te recojo a la misma hora —le dijo cuando la dejó de vuelta en casa.

Al día siguiente le ofreció cocaína. Ella le dijo que no. Insistió un día más tarde, donde Martín. Olivia volvió a decir que no. Él la invitó a una cerveza.

Y durante un tiempo la vida transcurrió suave, apenas perceptible, como si los dados nunca se hubieran lanzado.

Aitor nos ha recogido del hospital para llevarnos a casa. A mamá la trasladará la ambulancia más tarde. Ernesto, su compañero de habitación, murió hace unos días. Cuando le pregunté a la enfermera, me dijo que el pobre hombre nos había dejado. Desde entonces he pensado mucho en esa frase. Morirse como una opción de abandonar a los demás a su suerte. Un *ahí os quedáis*. Quizá por eso nos enfadamos con los muertos.

Le he suplicado a Aitor que no viniera, que cogeríamos un taxi, pero cuando hemos salido su BMW estaba aparcado en la puerta. Solo por la cara del Padre al montarse en un coche de gama alta ha merecido la pena. Ni en sueños se imaginaba así a Aitor. Formal. Vestido con pantalón vaquero, polo Ralph Lauren y zapatillas New Balance. Un pijo en toda regla. Me ha costado horrores convencerlo para que se despegara de mamá. Es increíble cómo la quiere, dice Aitor cuando dejamos al Padre en el portal, la bolsa de plástico con la ropa en la mano, el chándal y las zapatillas de deporte del Decathlon. El Padre busca en los bolsillos la llave, se voltea, dice adiós con la mano, entra, y, al encender la luz, el portal se ilumina como una caja de música en la oscuridad de la calle. La figura de mi padre se evapora y, en la melodía que ha comenzado, el anciano de la caja se aleja arrastrando los pies por los suelos de mármol.

Qué mayor está.

Qué mayor es.

Aitor me pregunta si ya podemos irnos. Si me lleva a su casa o a la mía. En unos días nos iremos a la boda. El Padre, mamá y yo. Una compañía de lisiados. Aún no he visto la casa de Aitor. Entrar en su espacio. Conocer más de él. Le digo que prefiero descansar en la buhardilla. Sola, si no le importa. Él me da un beso

en la cabeza y responde que claro, yo mando, que mañana estará bien mamá, que no me preocupe. Y no puedo confesarle, porque estas cosas no se dicen, porque hay que desear la vida sobre la muerte, hay que conservar los cuerpos, que lo que me preocupa es que esté bien, que esto no se acabe nunca y que la transformación del portal, la magia negra de los espacios, mi padre convertido en anciano sean ya un hechizo eterno.

Hasta que decida dejarme.

3
La novia

He leído en algún sitio que el cerebro, para memorizar, necesita las emociones. Es una planta carnívora, una enredadera que se enlaza a la tristeza. A la alegría. Al asco. Al miedo. A la ira. El cerebro necesita hacerle el amor a lo que interioriza, crear conexiones afectivas con las experiencias para que la relación no sea esporádica. Para memorizar sus largos discursos, los senadores romanos utilizaban una técnica llamada el palacio de la memoria. Se imaginaban un lugar familiar, cercano, y colocaban los conceptos en las diferentes habitaciones. Para recordarlos, solo debían realizar un itinerario por el espacio. Narrarlo. Apropiarse de él. Transitar el laberinto. Ese itinerario se les imprimía en la amígdala, la parte emocional del cerebro. Y en la emoción, la residencia es siempre eterna.

Me pregunto si no habrá también un palacio del sentido que nos ayude a construir campos semánticos, a levantar andamios en el significado de las cosas. Mi palacio de la memoria está situado en la casa del pueblo. En el baño, bajo la escalera, está Olivia. Al Tarado lo coloco en el recibidor junto al perchero de patas de cabra. Mamá está en el patio, liberada del yugo de la casa. El Padre, en el pórtico, la cancela abierta, guardando la entrada. Gusi, ocupando el desván en la tercera planta. Y yo voy de habitación en habitación, recorriendo la geografía, estableciendo fronteras, levantando tabiques, buscando una nueva estancia, un no-lugar. Una habitación vacía.

El eco.

El sentido. La falta de.

¿Y el Urraca? ¿Dónde sitúo al Urraca? Pienso en él, en las veces que nos invitó. A cocaína. A LSD. A chupitos y a cervezas.

Pienso en la mañana en la que su suerte se torció y en que

antes de que cantara el gallo le habíamos negado tres veces.

Y las que hicieran falta.

Mientras cada día luchaba con la sensación de morir poco a poco, el verano continuaba.

Aquella noche Erica y Gusi jugaban en el Merengue la final del campeonato de futbolín contra unos chicos de otro pueblo. Aunque eran de la misma quinta que nosotros, parecían mucho más pequeños. Quizá porque eran más bajitos o porque les faltaba malicia a pesar de que sus pintas contradecían su cara de niños. El más alto llevaba el pelo rapado por los lados y el largo de la coronilla acabado en punta. Se había puesto un pendiente en la oreja que, a juzgar por la rojez de su lóbulo, se le había infectado. El otro era bizco. Se había teñido el flequillo con agua oxigenada. El mechón de pelo quemado le caía como la cola de un animal muerto sobre su tono natural negro. Tenía a su abuela muy enferma en el hospital de la ciudad y temía que le llamaran en cualquier momento para ir al tanatorio. Se santiguaba cada vez que marcaba un gol y miraba hacia los fluorescentes del techo.

—¿Y este? Que tu abuela está todavía viva, ¿qué coño haces? A ver si es que la quieres muerta.

Las burlas de Erica se habían mantenido durante los tres primeros goles. Cuando iban seis a cero, dejó de ser gracioso. Las bromas cruzaron el territorio de la comedia y se convirtieron en amenaza.

—Como vuelvas a santiguarte, te mato, ojo pipa.

El bar bullía con la gente jaleando a Gusi y a Erica. Yo me mantenía alejada de Koku, que desde el escupitajo en la Mora seguía con el rencor fijo en mí cada vez que nos cruzábamos.

—Erica, un insulto más y te expulso del partido.

Calero, el quinto encargado de arbitrar, estaba perdiendo la paciencia. Conocía bien a Erica. Su familia vivía justo al lado de la tienda y había crecido escuchando los gritos de ella cuando quería salirse con la suya. El Padre me había contado que Avioneta y su mujer no se soportaban. Estaban a punto de separarse cuando la

concibieron una noche en la que habían rondado con la cuadrilla hasta las tantas por los bares de la plaza. Visité el pilón una sola noche en cuatro años, una sola vez, decían que se quejaba Avioneta en el bar del Tuerto.

La guerra que habían librado antes de tener a Erica se había trasladado a la niña. Competían por su cariño. Avioneta se había ganado el mote a pulso. Había sido legionario. Se decía que mataba a los cabritillos de la finca del Robledillo, donde era guarda, retorciéndoles el pescuezo, y que se lavaba los dientes con Fairy y por eso su esmalte brillaba como el plancton en la noche. Lo curioso es que Erica despreciaba a sus padres por igual, consciente de que si quería seguir aprovechándose de esa batalla lo mejor era no declarar vencedores.

—Y deja de darles patadas por debajo del futbolín. Te llevo viendo un buen rato.

Erica y Gusi habían sido los campeones de los años anteriores, no solo porque jugaran bien, sino porque nadie se quería enfrentar después a la ira y a los insultos de Erica. Era capaz de perseguir a los ganadores durante toda la noche por los bares de la plaza y darles patadas en los testículos si se sentaban con las piernas abiertas.

Observé a Gusi. Se había cortado el pelo. El flequillo ya no dejaba una parte de su rostro en sombra. Apenas me había mirado. Toda su atención se dirigía a la Gusana, que había entrado en el Merengue, había echado un vistazo rápido sin detenerse más de dos segundos en el futbolín y, dando la espalda a la puerta, se había unido a un grupo de forasteras que bebían chupitos acodadas en la barra. La Gusana cambiaba de amigos tanto como de pareja. Gusi y yo habíamos acordado vernos después del campeonato. Quería hablar con él. Me debía una explicación. Nadie le debe nada a nadie, me dirá más adelante Olivia, pero si quieres cobrártelo tienes que estar dispuesta a cargar con las consecuencias. Le di una calada a un porro que me pasó el Cojo.

—Solo una calada —le dije a Merengue para apagarle los ojos encendidos.

Aquel era de los pocos bares en el que no podíamos

drogarnos, ni siquiera a escondidas. Merengue no quería problemas con los maderos. Unas navidades a Erica y a mí nos pilló en el baño metiéndonos unas rayas con Melchor y nos prohibió la entrada hasta que le prometimos que antes que volver a hacerlo nos pondríamos a varear los olivos de los Costodios.

—¡Gol!

Gusi marcó el último tanto, el que les libraba de pasar por debajo del futbolín cuando el marcador quedaba a cero. Se contoneó bailando la victoria. El bar vitoreó con fuerza su mamarrachada. Tomás, el Indio, dijo *roco-roco, jau, prenda*. A mí, su intento de llamar la atención de la Gusana me resultó patético. Todo me parecía patético. La camiseta negra de manga corta con el nombre de METALLICA impreso en el pecho —una sola ele porque era del mercadillo—, sus labios hablando a mis espaldas, siendo hierba muerta, creando una rutina no pautada entre los dos, su hablar unilateral, que enunciaba y nunca lo hacía de frente. El recuerdo de la cascada había tomado cuerpo. Al esqueleto le había puesto los músculos y la sangre y la piel, la memoria se había hecho materia y tenía frente a mí a un autómata que había cobrado vida y esperaba mis órdenes, pero yo aún no sabía qué instrucciones darle.

—El gol no es válido.

A Calero no le tembló la voz.

—¿Cómo que no es válido? A ti te han comprado. ¡Este es un vendido!

El intento de Erica. Las miradas bajas entre el público. Miradas esquivando la ráfaga de insultos. Porque llegarían. Porque no había nada que hacer. Las reglas del futbolín eran sagradas.

—Erica, sabes de sobra que marcar de guarra, con el delantero más cercano a Gusi, no está permitido.

Me sobresalté con la palabra «guarra». Eso había conseguido Gusi. Que las palabras fueran minas antipersonas.

—A este lo han comprado, os lo digo yo.

—Calero, vendido —se escuchó desde la barra.

Pero él no se amilanó. Me dio la impresión de que para Calero había mucho más en juego en aquella batalla que la limpieza del

juego. De alguna forma, estaba ajustando cuentas con Erica, con sus berrinches, con las tardes de intranquilidad mientras ella maltrataba a sus padres a voces. Aquello era un duelo subtextual entre Erica y él. Y Calero había herido de muerte.

Ordenó repetir la última bola. La lanzó en el centro del campo. Rebotó en uno de los laterales y pasó sin pena ni gloria por los centrocampistas. Le llegó a Erica, que subió a sus defensas para que el disparo de su guardameta llegara a la portería del chico del mechón abrasado. Él la paró sin dificultad, se la pasó a su defensa, la defensa de nuevo al portero. Rápidos los pases. Tan rápido que apenas me dio tiempo a ver cómo mechón abrasado miraba a su compañero, que levantó a sus jugadores, y disparaba con el portero. Gol de puerta a puerta.

—Como te santigües, te mato —dijo Gusi, sin atreverse a mirar hacia donde la Gusana le ofrecía la espalda.

Y el chico no se santiguó, ¿para qué iba a hacerlo si ya habían ganado? Se corrió la voz por los bares de la plaza. Erica y Gusi pasarían por debajo del futbolín.

—Erica, ten cuidado. Que se te ve el culo si te agachas. Podrías haberte puesto pantalones. Si lo hubieras sabido, claro.

La voz del Urraca. Bonita, profunda. Una voz que fue una promesa antes de ser una sombra que nos acogía a todos bajo ella para esnifar, para colocarnos y olvidarnos de ese dolor ubicuo que nos recorría, que era la madre de todas las pandillas del pueblo, la loba capitolina con sus mamas rebosantes de estupefacientes. Siempre amoroso. Siempre dispuesto a fiar. Ya me lo darás, nos decía. Y nosotros sonreíamos porque sabíamos que nunca nos lo reclamaba. Olivia estaba a su lado, riéndose, las carnes danzando como un chivo sacudiéndose la lluvia.

—¿Y esta de qué cojones se ríe?

Las palabras de Erica. El tiempo, un círculo que nos llevaba al primer encuentro en la Mora. Mucha más rabia. Más espuma. Más alambre retorcido.

—¿Tú no has jugado, Vera? —me preguntó Olivia.

De qué hablaban el Urraca y ella cuando estaban a solas fue siempre un misterio para mí. De cosas, me dijo la prima cuando le

pregunté. Ella no se metía. Yo le había ofrecido para que entre las dos se creara un pacto de silencio mutuo. Siempre la rechazaba.

—A mí no me gusta jugar al futbolín.

En realidad, era la pareja de Erica cuando no había campeonatos, cuando ganar no era importante y jugábamos contra los de veinte años porque siempre tenían dinero y nos invitaban a botellines y entonces no importaba que yo tuviera agujeros en la defensa o delanteros que marcaban en propia puerta. El bar se llenó de curiosos. Gusi se agachó, se puso a cuatro patas y pasó rápidamente por debajo de la mesa. Al levantarse, se llevó la mano al flequillo inexistente. Cogió el casco de la moto y salió sin prestar atención a mi mirada, que le siguió más allá de la puerta, más allá de las mesas de la terraza y de la fuente de los Caños hasta que desapareció de mi vista. Merengue había quitado la música cuando empezó la partida. Aún no la había puesto. Estaba esperando a que Erica hiciera el túnel de la vergüenza.

—Erica, mueve el culo.

El Urraca se estaba cebando con ella. Me pregunté si la prima tendría algo que ver. Si le había contado cómo la trataba, cómo la llamaba patitas colorás o directamente gorda de mierda. Los ganadores se acodaron en la barra, bebiéndose el botellín que les había servido Merengue, de espaldas al paseíllo de Erica. Esa muestra de respeto, en lugar de calmarla, la enfureció más.

—Estos hijos de puta, ¿qué se han creído?

—Venga, Erica. Que me tengo que ir a echar de comer a las vacas —le dijo Calero.

Ella se agachó de mala gana. Intentó pasar de cuclillas. No cabía. Tuvo que imitar a Gusi y ponerse a cuatro patas. El bar se bamboleaba en un mar de satisfacción ahora que Erica no los veía, ahora que Avioneta no estaba para defender a su amada bestia. La falda se le subió un poco y se le vieron las bragas. Blancas; una bandera de rendición en un cuerpo siempre en guerra. Quiso levantarse tan deprisa que perdió el equilibrio y cayó de culo. El suelo debía de estar mojado porque, cuando por fin se puso en pie, una mancha ocupaba la trasera de su falda. Olivia estalló en risas. No fue la única. El Merengue fue una risa conjunta de los

damnificados por Erica, pero, como siempre, entre tantos enemigos ella tenía claras las prioridades de ataque.

—Hija de puta, gorda. Te voy a romper esa cara de lerda que tienes. Que venga tu padre Satanás a defenderte. Esta, que se cree la hija del diablo.

Urraca se puso en medio. Sentí pánico. Ganas de llorar. De irme a Madrid. De no volver a enamorarme. De quitarme de encima las miradas de los chicos del pueblo. De acelerar la decepción de Olivia para que no le diera tiempo a convertirse en recuerdo. La había traicionado al contarle a Erica la historia del diablo. No importaba si había sido una broma o lo decía en serio, ahora sabía que no podía confiar en mí. Años después leería que «traición» y «tradición» comparten la misma raíz latina y pensé que quizá por eso la traición acaba convirtiéndose en costumbre.

—Las putas polillas. No me jodas.

La voz de Merengue. Una nube de polillas se había internado en el bar formando una columna sólida de aleteos que se dividió en grupos para explorar el espacio. El Caudillo, que estaba borracho, se quitó la prótesis de cristal y la puso sobre la barra. No sabéis lo que es tener la mirada de otro siempre dentro, dijo, y por un momento pareció que era aquel ojo inerte el que nos hablaba desde su tarima de acero. El Caudillo lloró y de su cavidad oscura, como un milagro, manó agua. Nadie le hizo caso. Todos teníamos nuestros propios problemas. Merengue descolgó el matamoscas de la alcayata de la pared. Tenía forma de raqueta y echaba chispas al contacto con las polillas. El Urraca se ofreció a calmar los ánimos invitándonos a una raya, pero Erica no había acabado.

—Y tú, payasa de mierda, que dejas que todos te soben y luego nos quieren sobar a las demás.

Sus ojos, fijos en mí, eran dos bolones iridiscentes quemando rastrojos y broza. Y yo ardía con ellos. Los pies me quemaban, los brazos y las caderas, mientras mi cuerpo oscilaba sobre sí mismo para matar el hormigueo de las piernas. Abrí la boca para decir algo. La cerré a tiempo. Una polilla chocó contra mis labios y continuó su vuelo hacia el fluorescente del techo. Venga, ya está bien, pacificó el Urraca. Cogimos nuestras cosas en silencio. El

sonido electrizante del matamoscas y el olor a quemado tomaron el relevo de las palabras.

El coche de Olivia está aparcado a la sombra de los tilos que flanquean la avenida de las Lomas. Me está esperando apoyada en el capó, fumando un cigarrillo. No recuerdo haberla visto fumar antes, ni siquiera en nuestro reencuentro. Hace años que no piso el pueblo, desde la desgracia de mamá. Ha cambiado mucho. Un paseo basta para darse cuenta de que las casas abandonadas superan con creces a las viviendas habitadas. Las ventanas tapiadas. El miedo a los de fuera. El odio firme a los forasteros. La necesidad de ellos. De su dinero. La urbanización tampoco es la zona residencial de hace años. Han rellenado con piedras y arena los socavones de la carretera. La mitad de las casas están en venta. A las otras les hace falta, como mínimo, una mano de pintura. El cubo de acero que se construyó un abogado de Madrid, llevado por las tendencias de la arquitectura de los noventa, se ha oxidado por completo y el ascensor de cristal que conecta las tres plantas desde el exterior parece el tubo respiratorio de un moribundo. Compruebo cuando Olivia abre la puerta que la casa de los belgas no tiene mejor salud. Las malas hierbas han colonizado el jardín. El camino de gravilla de la entrada se ha inundado y tenemos que bordearlo. Olivia no se ha quitado las gafas de sol. Apenas ha dormido esta noche y la luz le hiere los ojos, me explica. Yo tampoco he descansado. Quedé con el Padre en su casa a las seis de la mañana, pero la ambulancia no ha venido hasta las ocho para llevarnos al pueblo. No quiero ni pensar cuánto le ha costado alquilarla.

—No me acordaba de lo grande que es la casa.

Durante años los tíos se la alquilaron a un alemán divorciado que veraneaba allí con sus dos hijos. Pintó la puerta principal de color negro y la fachada de azul eléctrico y rondó por los bares de

la plaza buscando el amor hasta que aquel gigante de metro noventa se enamoró perdidamente de la Espiritista, de quien se decía que sabía hacer bolillos en la cama y por eso los hombres bebían los vientos por ella. Nunca supe a qué se referían con eso y me la imaginaba tejiendo hilos alrededor del cuerpo de sus machos, envueltos en las dotes amatorias de una mujer que era capaz de hablar con los muertos, y que los tumbaba bebiendo orujo. El alemán siguió su ritmo durante meses hasta que ella se cansó de su buena educación y su caballerosidad en la cama porque una cosa era respetar y otra no montarla ni dejarse montar como es debido.

Después de la muerte de sus padres, Olivia siguió alquilándole la casa, pero el pasado verano, tras haber llorado a la Espiritista durante años, se había echado de novia a una alemana de buena familia. Desde entonces, no había vuelto. Olivia no tiene ninguna intención de alquilarla de nuevo. Tampoco de venderla. Me cuenta que no hace mucho la llamaron de un grupo inmobiliario que pretende rehabilitar la zona. Dijeron algo de un campo de golf. En plena montaña. Me da la impresión de que la prima quiere dejarla morir por sí sola. Una casa abandonada siempre exhala aire de fallecimiento prematuro, de dejadez de uno mismo. Los cimientos de las viviendas se construyen para sobrevivirnos, para que el ser humano se mida con la persistencia incólume de la naturaleza, que subsiste a pesar de nuestras embestidas. Se puede perder ante la naturaleza, pero no ante la desidia.

—Podríais venir los veranos. Seguro que a Leyre le encantaría. Solo tendrías que arreglar un poco la piscina.

Apenas me ha hablado de su hija. No hay mucho que contar, me dijo. Leyre es una niña feliz. Si le das una manzana, asegura que sabe a piruleta de manzana.

—Jalón antes la llenaba y se encargaba de limpiarla de hojarasca. Es un hombre del pueblo al que mis padres pagaban para adecentar todo esto. Un vago que estuvo en la cárcel por vender marihuana en el bar de la residencia de ancianos.

Jalón. Hubo una vez un Jalón, otro Jalón, que no era del pueblo y venía algunos fines de semana a la discoteca y, sin saber

por qué, me llamaba prima y me besaba con dulzura y simpleza y llevaba coleta en una época en la que a mí me gustaban los chicos con el pelo largo y hubo una noche que nos liamos en su Alfa Romeo y cuando me entraron ganas de vomitar me abrió la puerta y me sujetó el cabello, como Aitor, justo como Aitor la primera vez que se quedó en casa, y me digo que la memoria es un tren que se cambia de vía y descarrila y, a trompicones, tullida, sigue adelante.

Una mujer grita desde la bodega que bajemos. Interrogo a Olivia con la mirada.

—Es Yahaira, la mujer de Jalón. Como no volví a contratar a su marido, vino a pedirme trabajo. Seguro que la mandó él, el muy cobarde. La he llamado para que limpie un poco.

Descendemos las escaleras de piedra que conectan la bodega con el jardín. Las tuberías, heladas durante el invierno anterior, emiten estertores agónicos. Me tapo la nariz segundos después de que un olor nauseabundo se me haya instalado en las fosas nasales. Huele a muerto. A cuerpo corrupto. Yahaira nos recibe con los brazos abiertos. Lleva un mandil a cuadros y unas zapatillas fluorescentes que cobran vida a cada paso, como la sirena muda de un coche de policía. La madre los ha abandonado, dice, y señala el recogedor junto a la escoba, convertido en una tumba para los cadáveres de unas crías de murciélago y para los gusanos, que se han asomado al notar movimiento.

—Menos mal que no han entrado los gatos. Si no, estaría esto hecho una pocilga. Harán falta flores.

—¿Para el olor?

—No, para quitar el mal fario. Una muerte trae más muertes.

Subimos las escaleras interiores hasta el recibidor. Yahaira ha abierto las ventanas para ventilar la casa, aunque el aire está perezoso y apenas camufla la pesadez del encierro. Ha limpiado el polvo y hecho las camas. En la habitación de invitados se abrió una gotera, está diciendo. Se permitió pedirle a un primo suyo que la tapara. Ya le pasará la factura a Olivia. La tele no sintoniza los canales. Y en cuanto a la madera de las puertas, se ha hinchado por la humedad y está acomodándose de nuevo. Si oímos crujidos, es la casa, que se despereza. Olivia le da las gracias por todo y le

dice que ya puede volver al pueblo, si quiere. Ella se quita el mandil, se despide y cierra la puerta con cuidado. Desde la ventana, la vemos alejarse por el camino de gravilla. Las luces de las deportivas como rayos tomando tierra.

A Olivia le caen bien pocas personas. Yahaira es una de ellas. Quizá porque no se autoengaña. Vive como una ajedrecista que sabe perfectamente qué piezas mover. No sueña con otra partida porque sabe que en la siguiente le pueden venir peor dadas. Por Yahaira ha sabido que Erica vive en las Lomas con el marido y tres niños, uno de ellos adoptado. Yahaira no conoce los detalles de la historia del Urraca porque a ella la trajo su prima desde Cuba hace tan solo tres años y que primero voló a Chile, donde se quedó unos meses trabajando de niñera de una tía de una amiga de la familia. De ahí, cuando por fin le alcanzó el dinero, cogió un vuelo a Madrid. Decía que lo peor del viaje había sido el autobús hasta el pueblo. Que vomitó tanto que pensó que venía embarazada del Espíritu Santo. Que el Espíritu Santo era un chileno que había conocido en Chile y que viajaba a Cuba con frecuencia a comprar habanos falsos que luego vendía a los turistas en Santiago como si fueran Cohiba. El Espíritu Santo estaba casado. Se acostaba con Yahaira y luego tenía remordimientos. Le daba dinero para taparlos; el muy hijo de su padre. Jalón puede ser un juerguista, pero no es mal hombre.

Olivia enciende la televisión. En la pantalla, parpadea sobre la negrura un aviso de falta de conexión. Le da golpes en el panel trasero, como si al aparato le hubiera entrado una tos repentina. La manga de la camisa le resbala por el brazo y deja al descubierto las cicatrices de los cortes en la muñeca. Incisiones recientes se hibridan con cicatrices antiguas.

—Eso funcionaba cuando las teles eran culonas —le digo— y aparecía esa imagen con puntitos grises y ese sonido desesperante. ¿Sabes que ahora la gente se lo pone para dormir? Lo escuché el otro día en la radio.

Antes la pantalla gris, una nevada crepitante, la esperanza del regreso. Ahora un espejo oscuro donde se refleja tu imagen. Cuando todo se apaga, te quedas flotando en la nada. Paseo la

mirada por el salón. Conserva los muebles que los tíos trajeron del piso de Príncipe de Vergara donde vivían antes de irse a Bruselas. Me acuerdo de aquel piso. La fachada señorial. Los dos salones. De Beni, la criada, limpiando las juntas de las baldosas con un cepillo de cerdas naturales y diciéndole a Olivia bonita, Olivia, querida, el futuro es para ti, mi niña, y su recuerdo huele a la colonia de agua de rosas que le compraba la tía porque no le gustaba la que Beni usaba. Decía que olía a gente, gente común y corriente, y oler a gente debía de ser algo muy malo, una ofensa para ella. Y sé, porque me lo ha contado Olivia, que Beni un día dejó de estar. Porque al final todo lo bonito le abandonaba.

El recuerdo huele a colonia de rosas. Y a los vómitos de Olivia, que tiene diez años y ha recibido el zarpazo que matará su infancia.

Como la fiebre y los vómitos no remitían, su madre la llevó de nuevo al médico. Esta vez a una clínica privada. Le preocupaban los arrebatos, todas esas emociones que se sucedían, que se encabalgaban y Olivia lloraba y reía convulsivamente, y en cada sacudida, en cada vaivén del cuerpo, parecía más lejos de su madre. Las exploraciones. Los análisis. Hay que esperar resultados. A simple vista, todo estaba bien. Quizá solo se aburría. Es normal en los hijos únicos, dijo la médico que la examinó aquella mañana. Cuando salieron del centro, la tía y Olivia caminaron hasta la plaza de Alonso Martínez. Se sentaron en un banco frente a la cervecería Santa Bárbara. Eran las ocho y media. La plaza bullía con gente yendo al trabajo. Había una cola de tres señores mayores frente al BBVA de la esquina con la calle Génova. Un barrendero cantaba «Morena mía» mientras recogía de una de las jardineras los restos de un menú del McDonald's.

—¿Quieres que juegue contigo a algo? Si te aburres, yo puedo jugar contigo.

Aunque no hacía frío, su madre se frotaba las rodillas con las manos. Olivia, por contentarla, le dijo que vale, que a La calle 24, pero al llegar a la parte en la que la vieja mató al gato, a su madre

le pareció inadecuado. Olivia no quiso jugar a nada más.

Entraron en la cafetería Santander. Los empleados de una inmobiliaria estaban desayunando café con porras. Uno de los camareros limpiaba el vaporizador de la leche. Olía ácido. A axilas revenidas. A venado durante la berrea. La tía pidió en la barra dos pinchos de tortilla y le guiñó un ojo a Olivia. Le gustaba desayunar salado. Nada de cereales ni tostadas ni bollería industrial. Se sentaron a una de las mesas que daban a la calle. El dueño del quiosco de periódicos, que estaba colocando las revistas en los expositores, se giró cuando pasaron unas quinceañeras vestidas con el uniforme del instituto. El viento corría levantando las hojas caídas en la acera. Olivia le daba vueltas a una pulsera deshilachada que le habían comprado el verano anterior en Roquetas de Mar. La guardaba en su caja de los recuerdos junto a los chinitos de la suerte, un bañador con volantes y una peonza que cuando la hacías girar se le iluminaban las tripas y danzaba al ritmo de la lambada.

—¿No deberías tirar eso, cariño? Está rota. ¿Vamos al Corte Inglés y te compramos otra? Y también esas zapatillas que querías, las Nike.

Olivia volvió a asentir. En cuanto llegara a casa quemaría la pulsera en la terraza. También haría una pira con su unicornio de peluche. Si Beni se enteraba, lo entendería. Ella lo entendía todo y le diría Olivia, bonita, la rabia hay que sacarla para que no se te enraíce dentro y te asfixie tanto que por la noche se te suba el muerto. El camarero dejó los pinchos de tortilla y les preguntó si querían algo más.

—Un zumo de naranja —dijo la tía.

Olivia no le quitaba ojo a la tortilla. La clara del huevo. Acuosa. Resbaladiza. Viscosa. Orgánica. Una clara de huevo que no debía tragarse, que había que escupir para que no se te pegara al apéndice y te pudriera. Le comenzó el hipo. Las convulsiones. Su madre le dio golpes en la espalda. Después llegó el llanto, tan intenso que en la cafetería se extendió un malestar incómodo. Los empleados de la inmobiliaria pidieron la cuenta. La camarera se acercó a la tía Olga para rogarle que, por favor, calmara a la niña.

Había empezado a llover con fuerza y el rumor de la lluvia acompañaba su llanto. Olivia se hizo un ovillo. Se mordía las rodillas. Su madre la agarró del brazo. Intentó moverla. Las lágrimas no le decían nada. Las lágrimas eran necias para las explicaciones. El tío Félix llegó una hora más tarde. Olivia seguía ovillada. Había escampado y en el cielo se proyectaban pinceladas de un arcoíris incompleto. Su padre la cogió amorosamente de la mano. Ella recuerda ese tacto. Lo recuerda porque nunca más lo volverá a sentir. Su padre podía ser amable y cariñoso. También podía perder la paciencia fácilmente.

—¿Te duele algo, cariño?

La inquietud en la voz de su padre. El temblor en el labio. Ella lloró de nuevo.

—¡Habla!

La voz de Olivia era un desierto de arenas negras movedizas. Si hablaba, encallaba. Si hablaba, se hundía. El bofetón le cayó en la cara, tan cerca del oído que el tímpano vibró un instante.

—Esta niña es medio idiota, no sabe ni por qué llora.

Su madre se puso en medio. La cogió en brazos y la llevó hasta el coche. En casa, a puerta cerrada, Olivia habló. La tía lloró. El tío caminaba de un salón a otro. Los días siguientes, el silencio se apropió de la casa. El silencio fue una bestia que perseguía a Olivia y a ratos la acariciaba y a ratos la mordía. Beni no volvió. Las juntas empezaron a ensuciarse. A la prima unos días se le cerraba el estómago. Otros, arrasaba con la nevera. La tía la llevó a una curandera, que pidió quedarse a solas con Olivia y sacó un cigarro y rasgó una cerilla para encenderlo y le dio una calada y mientras le echaba humo en las orejas, le dijo que ella era una mediadora entre los vivos y los muertos y, mi niña, tú ya estás muerta, y, por fin, alguien había pronunciado lo que ella sentía, y su madre llamó a la curandera engañabobos y así se insultó a sí misma. Su padre no le dirigía la palabra. Una noche el aliento del tío olía a puros y a alcohol fuerte y le dijo que como la cabeza se le había llenado de tonterías se marchaban a Bruselas hasta que aprendiera la lección.

Ella solo sabía de aquella ciudad que la devoraba la lluvia.

Escribe una canción.

¿Una canción de amor?

No. Solo una canción.

Estábamos tumbadas boca arriba en la cama, mascando chicle, mirando el techo abuhardillado, esperando a que pasaran las horas de calor intenso. A Olivia no la dejaban meterse en la piscina hasta las siete. A esa hora el sol ya apenas acariciaba. Me sentía de vuelta a la infancia cuando tenía que hacer la digestión antes de bañarme. La piel correosa por el sudor. El olor a Nivea. De fondo, los ronquidos de los padres.

¿Y si nos ponemos a la sombra?, le había preguntado a la tía Olga. No, ni hablar. Antes de marcharse, dejó abierta la puerta de la habitación. Para que corriera el aire. A cada poco la oíamos recorrer el pasillo, sus pantuflas agarrándose al suelo, reptando como si les fuera la vida en ello. A pesar de lo mucho que me gustaba la casa de los belgas, tenía la sensación de que todo en ella estaba ya por aquel entonces en un estado terminal prematuro. Moroso. Alzando los brazos. Las mesas gritaban y las alfombras se retorcían pidiendo el tiro de gracia.

—Tu madre nos vigila.

Olivia hizo una pompa. La desinfló poco a poco.

—Pues claro, lleva años vigilándome.

Ninguna habíamos mencionado el incidente en el Merengue. Me gustaría decir que había ido a ver a Olivia para pedirle perdón, pero no sabía muy bien qué hacía en su casa. Ya no sabía cómo acercarme a ella.

—Mi padre también hace lo mismo. Y mi madre. A veces la pillo mirando entre mis cosas y me dice que está limpiando, pero no la he visto limpiar nunca.

—A tu madre no le pega nada vigilarte.

—Ya, pues lo hace.

El ventilador del techo removía el aire. En el jardín, Fermín, el de los Hierros, estaba haciendo un sendero de madera desde la puerta principal hasta la piscina. Sus golpes rompían la quietud de las Lomas. Había llegado después de comer. Según él, le gustaba trabajar con la solana; el momento más tranquilo del día. La realidad era que se pasaba las noches en la taberna del tío Joaquinillo bebiendo vino de pitarra y cantando jotas hasta que el hijo del tío Joaquinillo tenía que llevarlo a casa y le repetía Fermín, pon de tu parte, que se va tu vida y la mía en el camino. Nosotras íbamos casi todas las noches donde Joaquinillo porque nos pillaba de camino a la plaza. A Erica le gustaba hacerle rabiar y le decía este año te has pasado echándole higos al vino para endulzarlo, y él le contestaba los que tu madre se mete por el coño.

—¿A ti te gusta el Urraca?

Fue lo único que se me ocurrió. Que le gustara o no me había dado igual hasta aquel momento, pero sentía la desesperada necesidad de conectar con ella de alguna forma. La sentía tanto que en aquella habitación solo había espacio para esa necesidad. Olivia se empezó a reír. Negó con la cabeza.

—Qué pesada eres con si me gusta o no alguien. ¿Es que no piensas en otra cosa? Ni en un millón de años. Ni aunque fuera el último hombre en la tierra.

Me rasqué la cabeza.

—¿Entonces sois solo amigos?

—Algo así.

No la creí. ¿Para qué preguntaba si después no la creía? En aquella época pensaba que la amistad entre los géneros opuestos no existía, quizá porque después de unos años todos acabábamos liados con todos. Quizá porque confundía el afán exploratorio de la adolescencia con las verdades de la vida.

—Ya no me gusta Gusi.

Podía sentir la desesperación en mi voz. Le estaba ofreciendo a Olivia un intercambio. Su secreto, su jugar a ser la hija del diablo, por mi corazón roto. El pacto de los derrotados.

—¿Y eso?

El silencio flotó un instante entre nosotras. Me fijé en sus uñas. El color rojo contrastaba con el blanco de la colcha. Agudicé el oído. El pasillo estaba en calma. Me incorporé un poco. Me deshice la coleta y me revolví el pelo antes de continuar.

—No digas nada, pero Busián me ha contado que la noche que los chicos se fueron a la vega baja, les soltó que nos habíamos acostado.

—¿Y os habéis acostado?

—Sí, pero eso no se cuenta.

—¿Por qué no?

—Porque los chicos de la pandilla están deseando tener sexo. Si saben que una ya no es virgen, van todos a por ella. Dejan de respetarla.

—¿Y te gustó?

Tardé unos segundos en contestar que no. Yo quería la explosión, el líquido caliente deslizándose por la vagina. Quería flujo y no sangre.

—Pero no se queda ahí la cosa. Les dijo que no le importaba si otros me probaban. Y que a mí tampoco me importaría. Que era una guarra. No sé qué le he hecho para que hable así de mí. No lo entiendo.

Mi confesión trajo de vuelta el silencio. Incluso Fermín parecía haberse tomado un descanso. Escuché el timbre del teléfono. Pude oír a la tía en la planta de abajo caminando hasta el salón. El suelo de madera crujía a cada paso.

—No necesitas hacerle nada. Simplemente es un cabrón, Vera. No hay que darle más vueltas.

Negué con la cabeza. No concebía el daño gratuito. ¿Qué sacaba él inventándose toda aquella sarta de mentiras?

—Y no sé qué me pasa. A veces me quedo sin aire. ¿Te ha pasado alguna vez? Y se me duermen las manos.

—¿Has probado a escribir una canción?

—¿Una canción de amor?

—No, solo una canción.

Sacudí la cabeza, aturdida. No sabía de qué me estaba

hablando. Ser cantautora, en eso estaba pensando yo en aquellos momentos. Convertir mi dolor en estrofas que cantaría desafinando como la perra caliente que todos pensaban que era. Olivia suspiró. Encendió la luz. Una cría de santorrostro había trepado hasta el techo. Su cuerpo traslúcido, como un molusco viscoso, se paró cuando los halógenos la sacaron del anonimato. Empecé a llorar. Un llanto con hipo, un llanto en el que los ojos se mueren y el cuerpo salta y me recordaba que, a pesar de los estupefacientes, a pesar de todo aquel besar en la boca, aún era una niña.

El hijo de puta de Gusi. Probarme. Experimentarme. Tomar un trozo de mí. Una mordida de prueba. Soltar si sabe a chatarra.

—Apaga la luz. Se nos va a caer ese bicho encima.

Ella no lo hizo. Seguía imponiendo un silencio que se me hizo eterno. Otro suspiro. Se enderezó y se sentó en la cama. El camisón se le había levantado. Cogió una de sus zapatillas Nike, se subió al colchón, pegó un salto y, sin dudarlo, aplastó al santorrostro, que cayó a plomo. Las convulsiones en el suelo. Sus ojos, dos bolas negras, dos semillas de amapola nadando en un pudín de tapioca. Olivia levantó de nuevo la zapatilla, lo remató contra la cama y él, con las patas ya dobladas, se arrastró desde el colchón hasta el suelo de tarima. Lo cogió del rabo, abrió la ventana y lo tiró. Después apagó la luz, ahuecó la almohada, se tumbó, se puso los cascos, cerró los ojos y habló tan alto que temí que la tía la escuchara.

—Esto es lo que tienes que hacer con Gusi. Y lo demás, ese runrún constante, ese qué dirán de mí ni qué hostias, sobra. Y si te los quieres follar a todos, pues te los follas. ¿A quién le estás pidiendo permiso, Vera?

Hubo un tiempo en el que Olivia escribía canciones.

Escribe una canción.

¿De amor?

No, solo una canción.

Con lo que sientas. Con lo que pasó.

Eso le dice Beni.

Y Olivia escribe. Tiene diez años y escribe canciones para Beni, que es la única que no le grita. La única que la mira a los ojos y los sostiene en los suyos y cuando los aparta la mirada de Olivia se despeña, se deshace en una explosión sonora, en miles de fragmentos microscópicos que caen al suelo.

Escribe y las canta a viva voz. Y las graba. Después las borra de inmediato. Mueve la cabeza arriba y abajo mientras danza, sujetando una guitarra imaginaria, barriendo el aire con su coleta, creyéndose una estrella del rock que vive deprisa y morirá deprisa y dejará un legado de sangre. Un día se da con el cabecero de la cama y se hace una brecha. Cinco puntos. Cosida, continúa con las canciones. La herida le pica. La herida le cicatriza muy rápido. Esta niña debe de tener un montón de plaquetas, dicen los médicos. El incidente le deja una marca fina que pronto tapa el cabello, pero ella no puede soportar que su cuerpo produzca pieles y más pieles sobre su pasado, que le lata el corazón y no la rabia. Un día coge la maquinilla de afeitar de su padre y se la pasa por el pelo.

Rapada, con la cicatriz al aire, continúa cantando las canciones que escribe.

El pueblo habló y se le oyó bien alto.

Puta.

Escuchaba puta cuando pasaba cerca de los mismos chicos que habían crecido conmigo, que habían compartido los juegos en los Saltos, los baños en las pozas y en las charcas de las plantaciones de tabaco. Los mismos que traicionaban a sus amigos liándose con sus novias, pero después se convertían en guardianes de la moral y linchaban y despreciaban a quien fuera en contra de las normas de la decencia. Escuchaba puta de rostros que apenas conocía. Que jamás me habían tocado. Que querían tocarme. A toda costa. Mi negativa como una ofensa poblada de astillas. Escuchaba puta, guarra, zorra y palabras similares y me di cuenta de que te despojan de la identidad cuando te convierten en sinónimos.

Decían puta y la palabra les salía de la boca mezclada con saliva, escupida, redondeada, como quien juega a hacer letras con el humo de un cigarrillo, una caligrafía perfecta, amanuenses, grafiteros que trabajaban el cuerpo a distancia y masajeaban las vísceras.

En el pueblo había eco, reverberaciones de otras épocas, campanas que tañían sin disimulo y lo seguirán haciendo años después cuando la memoria, con su almacenamiento limitado, haya tenido que borrar recuerdos para mantener otros y puede que aquellos chicos convertidos en adultos no se acuerden que de pequeños les juraron a sus padres haber visto a un hombre caminar por la vega sin mojarse en un día de lluvia o que una noche que volvían a casa, por su tamaño y su tono ocre, confundieron la luna con el sol, pero en su cerebro se mantendrá indemne, resguardada del olvido, la palabra «puta».

Años después.

Y entonces fue cuando el Urraca apareció moribundo en el suelo del Penta. El conductor de la ambulancia, seguro de que no llegaría vivo al hospital, condujo sin prisas. No puso la sirena para no despertar al pueblo, pero no había abierto la churrería cuando la noticia se expandió por las regueras con la rapidez de las chinches hambrientas. Los más bocones hicieron bien su trabajo. No hubo familia que no desayunara con la tragedia del Urraca. Lo había encontrado Ketty, la gallega que limpiaba el bar, ensangrentado tras la barra. Amasijado. Apenas ya él. Recubierto de líquidos. Como un niño recién parido. Muy mal parido. Un abortito y poco más.

El rostro deformado. Los ojos ocultos tras dos esferas de piel hinchada. Las piernas rotas. La cadera dislocada. Una costilla le había perforado el pulmón. Le habían rajado el culo. Los guardias civiles encontraron en la entrada, oculto en el jazmín, la mano de un mortero cubierto de sangre y de heces. Los rumores fueron más allá que los que habían querido matarle, se adentraron en el cuerpo del Urraca, abriendo un boquete en el que cabían todas las historias, todos los rencores, toda la crispación de un pueblo que descubría en aquello una cueva húmeda en la que guarecerse.

Y cuando ya no tuvieron nada que decir, cuando ya todo se dijo y solo fue morralla, lo abandonaron a su suerte.

Aquella mañana Erica me estaba esperando en la fuente de la Corona, sentada en uno de los bancos de piedra. Llevaba un peto vaquero, se había desabrochado las sandalias de hilo y estaba lamiendo un polo de limón. Solíamos quedar allí las mañanas para ir a la piscina a refrescarnos y tomar unas cañas en el bar. Era raro que hubiera llegado antes que yo. Siempre me tocaba esperarla unos veinte minutos. Me metía en la Casa de la Cultura, un antiguo pajar junto a la administración de lotería. Era el único local con aire acondicionado. La pandilla de los Arrebujaos ensayaba allí con

su grupo de música. Me gustaba ver a Alonso, el batería, mientras tocaba. Sus gestos concentrados, los ojos cerrados, los labios besando el aire en un mohín delicado. Alonso debía de hacer el amor con la misma intensidad con la que tocaba y yo me decía qué suerte ser su novia, qué suerte tener a tu lado a alguien a quien le importan las cosas y no dice frases como me la suda, yo paso, a mí no me cuentes. Alguien que cierra los ojos y te mece con ellos.

—Llegas tarde, tía. Llevo esperándote un buen rato.

Erica le dio un lametazo al polo. Me sacó la lengua. En la pátina amarilla había surcos oscuros, como pintas de salamandras. Debajo del peto se había puesto una camiseta que había teñido ella misma con lejía. También le había recortado las mangas; una era más larga que la otra. Yo llevaba puesta la que nos había regalado el verano anterior Félix, el dueño del bar Pipirrana, cuando Erica y yo le ayudamos a cortar jamón y a servirlo en platos de plástico en el encuentro que los moteros organizaban en la comarca. Después, cuando el sonido de los tubos de escape había vuelto a la carretera, me había besado en el almacén y su boca sabía a aceitunas amargas y a ajo y a orégano y a algo más que no supe identificar, y su rostro era un rostro ya curtido porque Félix tenía treinta años y también, decían, una hija no deseada en otro pueblo, y bien podía ser cierto por la velocidad y el nerviosismo de sus besos.

—¿Has hablado con tu prima? Sabes lo que le han hecho a su novio, ¿verdad?

Remarcó la palabra «novio». Yo asentí en silencio. No creo que hubiera alguien a esas horas que no lo supiera. El Padre había dicho que bien le estaba por ser un drogadicto y un camello. Que antes le tendría que haber pasado, a él y a todos los que le rondaban, y a mí el estómago se me había llenado de callejuelas que me llevaban hasta un bazar donde los mercaderes gritaban mi nombre. Pensé en Olivia y en lo unida que parecía al Urraca. De una forma extraña se hacían compañía. Yo me alegraba porque así no tenía que cargar con ella. Desde el día del santorrostro no la había vuelto a ver, pero me habían dicho que iba con el Urraca todas las tardes al charco de la Quejía, que estaba en otro pueblo y era profundo y tenía un puente romano desde el que podías tirarte

de cabeza. En realidad, aunque me costara reconocerlo, lo que más me preocupaba era que con el Urraca fuera de juego tendríamos que pagarnos la cocaína.

—Se lo tenía merecido.

—¿Por qué, tía? A nosotras nunca nos ha hecho nada malo.

—No nos ha hecho nada porque no nos hemos enganchado, porque somos más listas que todos esos yonquis. Pero ¿y si nos hubiera pasado? No está bien, Vera. Es un desgraciado.

—¿Tú crees que ha sido el Gitano?

—Qué va. Esto es como las películas. Esa sería la respuesta fácil, pero yo tengo mi teoría...

Un gato con sarna cruzó la calle. El ojo derecho le colgaba como una enredadera. Debía de haber perdido la cola recientemente porque el muñón resplandecía en carne viva. Cuatro niños iban detrás de él tirándole piedras. «Gato tuerto, ven que te saquemos el otro.» Los niños corrieron más deprisa y el gato se metió en el zarzal. Aunque se oyeron sus maullidos lastimeros, no se movió de allí. Se acurrucó en el dolor, lo abrazó de buena gana. Uno de los chavales dijo que su padrino le había comprado un helicóptero de juguete y que les invitaba a jugar con él en el corral y, con nuevo rumbo y sin acordarse más del gato, se marcharon.

—¿Has escuchado lo del mortero?

Asentí.

—Ya sabía yo que era también maricón —continuó Erica.

Nunca había escuchado ese rumor. Que Perico, el de la farmacia, era gay, sí. Vivía con su madre anciana, era el más devoto del pueblo y no vendía tampones porque consideraba que violaban a las mujeres o, peor aún, les daba placer y las convertía en viciosas. Como era la única farmacia en kilómetros, las mujeres tenían que coger el coche de línea a la ciudad para comprarlos. Al final de la tarde caminaban por las calles comerciales con la bolsa de la farmacia en la mano, haciendo tiempo, mirando los escaparates con rostro fatigado, los zapatos sucios y las ganas de regresar a casa en el único bus de vuelta. Perico tampoco vendía preservativos. A los chicos no les molestaba ir a la ciudad. Así nadie metía las narices en sus asuntos. Cuando cumplían quince

años, los quintos mayores llevaban a los muchachos al campo, les enseñaban a ponerse la goma, elegían un animal y lo embestían. Se contaba que el tío Joaquinillo había encontrado un condón con sabor a plátano en el pasto donde tenía su burra. ¿Cómo supo que era de plátano? Conociendo la espesura de Joaquinillo y la mugre de su bar, el más guarro de la comarca, capaz había sido de darle un lametazo.

—¿Quién te ha dicho que era gay?

Erica tiró el palo del polo hacia el zarzal donde todavía estaba el gato, acurrucado, esperando a que su ritmo cardiaco le indicara el momento idóneo de salida.

—Me han dicho que cuando le rajaron el culo, el tío ya lo tenía abierto. Que le entró fácil el mortero. Puede que le diera placer y todo. No sé cómo tu prima se ha arrimado a ese asqueroso.

Se lamió los dedos, uno a uno y después varios al mismo tiempo, engulléndolos, exprimiendo el poco sabor que aún quedaba en ellos. Autofagocitándose. Deteniendo el tiempo en la viscosidad de sus falanges. Así me la imaginé ya de anciana, sola, devorándose a sí misma cuando ya no hubiera nadie alrededor a quien hincarle el diente. Aquello no estaba bien. No era bueno hablar de los muertos. Puede que el Urraca todavía no lo estuviera, pero había tomado buen recado de ellos.

—Te estás pasando, Erica.

Ella me miró con los ojos muy abiertos. Yo agaché la cabeza. Su mirada me calentó la coronilla y el ataque que había empezado aquel día del campeonato de futbolín en el Merengue, aquellas palabras se enfurecieron, redondeándose hasta convertirse en una bola de acero que se balanceaba sobre nuestras cabezas y me golpeó de lleno.

—Más se está pasando Gusi, que te está dejando como una guarra y estás tan tranquila. ¿Qué te crees? ¿Que no me entero de las cosas? Soy tu amiga. Por eso te lo digo. Para que espabiles.

Me moría de ganas de contarle que unas noches atrás me había vengado. También sabía que no era buena idea hacerlo. Si Gusi se enteraba, yo no tenía un duro para pagar lo que había

hecho. Los secretos eran partes del cuerpo que cedías a los otros. El primero te ataba de manos. El segundo te cubría la boca. Y al final eras solo torso, un único muñón sin movimiento con el que los demás podían jugar al fútbol en el patio del colegio.

Erica sacó un porro del bolsillo central de su peto. Quitó la rueda del Clipper. Con el tubo prensó la hierba. Volvió a poner la rueda y lo encendió. Eché un vistazo rápido a la calle. Erica fumaba a la vista de todos. A sus padres no les importaba mucho. Ellos lo habían hecho de jóvenes y seguían haciéndolo. Su casa olía a licor de café y al aroma terroso de la marihuana. A mí el Padre me reventaría a golpes si se enteraba.

—Es verdad que el Urraca se lo merecía.

Me sentí miserable. Me sentí miserable y, aun así, no fui capaz de rectificar. Me pasó el porro. Le di una calada tan larga que me quemó la garganta. Intenté justificarme. Me dije a mí misma que solo teníamos miedo. Que el fondo de Erica parecía resbaladizo y lleno de liquen, pero que si lo pisabas con fuerza era piedra pómez que se partía con el peso de la suela.

—Bueno, lo importante ahora es que tenemos que encontrar a otro que nos invite a coca.

En los labios de ella, mis pensamientos parecían aún más mezquinos. Más llenos de sí mismos.

—¿Se va a morir?

—Seguro. Dice mi padre que nadie pierde esa cantidad de sangre y no se muere.

Me estremecí. Las palabras de Avioneta eran sentencia. Los legionarios sabían de esas cosas.

—¿Sabes qué dicen también? Que parecía un ritual satánico. Que es muy raro lo que le hicieron, que le sacaron las tripas y luego se las volvieron a meter cosiéndolas.

Ni el Padre ni mamá habían dicho nada de eso. En los días siguientes se contó mucho sobre lo que le había pasado al Urraca en el Penta. A nadie le escuché hablar de ritos satánicos. Ni siquiera a la Espiritista.

Erica me agarró del brazo. Puso el peso sobre mí. Sentí el olor a jabón Lagarto emanando de su ropa.

—¿Tú no has notado que los pájaros vuelan al revés este verano? Se lo he oído a la gente en el bazar. Y la carnicera ha asegurado que las reses vienen sin las tripas. Que cuando las rajan, ni rastro de ellas. Limpitas y ya preparadas para la cazuela.

—¿Sin tripas?

—Sin tripas. Esto es cosa del diablo, Vera. Tu prima, te lo dije. Si me hubieras hecho caso y hubiéramos ido antes a la Espiritista, el Urraca estaría bien. Ve un momento a casa a llamarla por teléfono para ver si quiere tomarse algo con nosotras y le sacamos información. Yo te espero aquí. Tenemos que hacer algo con ella. Ahora le ha tocado al Urraca, pero nosotras podemos ser las siguientes. La Espiritista sabrá qué hacer con estas cosas.

De la Casa de la Cultura se escapó el repiqueteo de las baquetas. Me imaginé a Alonso con su cara de sexo. La lengua fuera. La mirada torva. Intensidad. Concentración. A mí nada me había llevado a esa otra dimensión que me resguardara de la mirada de los otros. Demasiada presencia. Demasiada conciencia. Tan insegura. Tan incapaz de olvidarme de mí misma que no había espacio para nada más. En la lucha conmigo misma, siempre perdía.

La prima no cogió el teléfono. A Erica no le extrañó. Después del ritual estaría agotada; quizá incluso tendría que dormir durante días para recuperarse, para canalizar la energía que le había absorbido al Urraca.

—Mira a ver si encuentras el palo en el zarzal por si acaso lo necesitamos en el exorcismo. Y prepárate, porque esto va a ser duro. No todos los días se enfrenta uno al diablo.

Yo no sabía qué tenía que ver el palo en todo aquello, pero obedecí a Erica y me puse a buscarlo. Dentro del zarzal, pañuelos sucios y botellas de plástico vacías. El gato estaba acurrucado entre las espinas. Temblaba. Mis ojos hicieron diana en el suyo sano. Resplandeciente. Moviéndose de un lado a otro. Una estrella fugaz suplicando piedad a la nada.

De las criaturas del pueblo, Cristina era la más extraña, la más

fascinante, la más bella de todas aquellas figuras que se movían resueltas por las calles con la seguridad de quien ha aceptado su extrañeza y se la ofrecía sin ningún pudor, con orgullo, a los curiosos. Si alguien la miraba, ella se ponía de frente, segura de que no hubiera ni un ángulo que quedara oculto. La Espiritista había nacido con una cola entre las piernas. El diablo, que me ha marcado para siempre, decía. Cuando sonreía, mandíbulas rabiosas. Ojos siempre vigilantes. Por debajo de su afabilidad, el movimiento continuo de los perseguidos. Vivía en una casa de planta baja y fachada azul, fácilmente distinguible entre el resto de las viviendas de colores ocres.

Si desde fuera la casa de los espíritus mantenía una apariencia aseada, el interior era una pocilga con olor a orín. El recibidor estaba atestado de platos de cerámica provenientes de diferentes rincones del mundo aunque, que supiéramos, la Espiritista nunca viajaba. En una de las paredes, un dibujo de una luna creciente. Una caja de cartón de la pizzería del pueblo —que había cerrado hace meses— ocupaba la mesita baja de cristal. En el suelo, un transistor con el compartimento de las pilas sellado con una tira de celo llena de polvo y pelusas. Sobre la balda de la estantería, el envase vacío de una Coca-Cola y una pipa hecha con papel de aluminio. Nos sentamos en el sofá. Me acordé de que una noche que el Padre salió a buscarme para llevarme a casa porque no había vuelto a la hora convenida, Erica y yo nos habíamos refugiado aquí con la Espiritista y habíamos esnifado y reído hasta que el sol nos arrastró, criaturas de la noche, hasta nuestras camas. No me dio tiempo a compartir el recuerdo con Erica. La boca le quemaba y soltó la lengua.

—La prima de Vera está endemoniada.

Solo una cortina mugrienta nos separaba de la habitación principal. Cristina preparó tres rayas sobre su cartera de cuero. Unas trillizas perfectamente delineadas. Se metió la suya. Aspiró fuerte. La Espiritista sabía exorcizar bien la droga. Nos metimos la nuestra. Le devolvimos la cartera. Ella la lamió y la guardó en un cajón de la cómoda. Entonces se puso melancólica y nos habló de otros tiempos. De tiempos en los que los demonios y las personas

caminaban de la mano en buena sintonía. Tiempos en los que los ángeles tenían todos vagina y cola y usaban una u otra a su conveniencia sin que a nadie le importara. Erica decía que a la Espiritista era mejor ignorarla hasta que fuera al grano, pero aquel día el grano era una montaña nevada. Su tristeza chorreaba, aceitosa, obscena como el queso de las hamburguesas en las fotografías de las marquesinas de las paradas de autobús. Su tristeza era la voraz consecuencia de vivir en la frontera.

—Joder con los putos demonios, Espiritista. Que qué tenemos que hacer con la prima.

En su cabeza debía de seguir la historia de los ángeles, la manivela del cinematógrafo girando, creando algodones de azúcar en una arcadia donde los demonios se lamían los unos a los otros. Su mirada se proyectaba más allá de la cortina. Más allá de las paredes. Su voz era más ronca de lo habitual.

—Si está endemoniada, echadle agua bendita. Vais a la iglesia, cogéis de la pila y se la echáis. Y si lo hace alguien de su misma sangre, mejor. Las cosas de familia siempre es mejor resolverlas dentro de la familia.

Sentí la tentación de hablarle de Gusi, que me explicara qué conjuro debía hacer para que se arrepintiera, pero la Espiritista no se encargaba de lo mundano. Lo de los vivos, para los vivos, decía cuando alguien le venía con propuestas de venganza.

Erica puso un billete encima de la mesa, me dijo venga, tú, y nos levantamos. Cristina se quedó en el sofá. Mientras cerraba la puerta tuve la sospecha de que se había convertido en espiritista para poder sobrevivir en el pueblo con la marca del diablo entre las piernas.

Han pintado la piscina de azul marino y ahora parece más vieja que en mi memoria, más dispuesta a recordarme que una vez creí que la felicidad era nadar de espaldas en estas aguas mientras las nubes barrían el cielo.

Podría haber ido contigo a la boda, me escribe Aitor. Por un momento he estado a punto de decirle que aún está a tiempo. Es mañana. El pueblo está solo a unas dos horas y media en coche. El Padre se enfadaría conmigo y esa es una buena razón para sopesarlo. Me imagino enseñándole el solar donde estuvo la Rainbow, el quiosco de Martín, el hotel donde se hospedaba aquella familia de franceses que venía todos los veranos y que ahora es una enorme escombrera llena de estiércol. Me imagino explicándole que la piscina la llenan a principios de julio, que ahora las compuertas están abiertas y por eso el agua de la garganta, que en este tramo prácticamente desaparece, lame solo los tobillos. Contándole que hace unos años me encontré aquí a Erica. Cuello encorvado, manos huesudas, el brillo de los anillos, un cordón de oro rodeándole el cuello, los labios hinchados como los de un choto. Se acercó a saludarme como si nada, como si el verano del bofetón no hubiera sido el último para nosotras, echó su peso sobre mí y me dio dos besos y yo recordé que en el pasado había besado esos labios por diversión, solo por diversión, y ella me dijo ¿te acuerdas de cuando éramos invencibles?, y por más memoria que hice no pude acordarme porque para las fantasías no hay más opción que la amnesia. Y me habría gustado tener a Olivia conmigo en aquel momento, tenerla ahora que sé todo lo que sé, y decirle que a mí también me rechazaron, que aquel año no quedó títere con cabeza y que a algunos como al Urraca se la cercenaron de cuajo, pero para otros la amputación fue más lenta y a finales

de agosto solo éramos muñones reptando por el asfalto recién alquitranado de los Saltos.

Erica me contó que se había casado con Rubén, el Rulas; un muchacho de la pandilla de la Cerralba del que solía reírse porque no levantaba ni dos palmos del suelo, pero se comía anfetaminas como un gigante insaciable. Eso fue hace mucho tiempo, me dijo. Tienen tres hijos. Pero esa información ya la sabía. Los había visto unos años antes, cuando el Padre se empeñó en que a mamá le vendría bien cambiar de aires y nos vinimos a pasar una semana. Yo, escondida tras las gafas de sol. Ellos, tumbados sobre la hierba de la piscina. Dos de sus niños parecían querubines de anuncio. Rubios, con los ojos enormes y las mejillas sonrojadas. Habían salido al Rulas, que provenía de una de esas familias de León con rasgos nórdicos. El otro era negro. Adoptado, me explicó.

Mientras hablábamos sentí una punzada en el estómago. ¿Y tú a qué vienes?, le pregunté a la nostalgia. Pero conocía la respuesta. Venía a que Erica y yo ya no volveríamos a ser jóvenes, no volveríamos a equivocarnos ni a odiar ni a amar con tanta intensidad ni a creernos que la mortalidad nos había pasado de largo. El tiempo es un viaje de ida en clase turista.

—¿El Rulas no era el que te llamaba puta?

Saboreé mi triunfo, mínimo, despreciable. El triunfo de una rata que mordía a su propia colonia. El cambio en el rostro de Erica le habría pasado desapercibido a alguien que no la conociera tan bien como yo. Apenas unos segundos de incertidumbre, de estar en territorio de nadie hasta que su esencia hizo lo que siempre había hecho cuando se sentía atacada: buscar las partes blandas y golpear más fuerte. Sonrió, contestó que eso había sido hacía muchos años y, sin tiempo para borrar la sonrisa, me preguntó por mi madre y aseguró que era una pena la desgracia que le había tocado, una pena para cualquiera, pero más para ella que tanto le gustaba andar libre por el monte. Yo señalé hacia el socorrista y le pregunté si se acordaba de Decepción.

Dos días después del incidente con Olivia en la Rainbow.

Tumbadas en el césped de la piscina, Erica, Olga Burrilla y yo. El verano llegaba a su fin y solo quedaba la gente del pueblo. Eran fácilmente reconocibles porque, a diferencia de los turistas que cruzaban la puerta de alambre cargados con neveras, colchonetas y equipos de música, los del pueblo solo llevaban una toalla.

Decepción, sin nada que hacer, se removía impaciente en la torre de vigilancia, tirándose de las perneras de su bañador rojo. Una sombrilla con el logo de Coca-Cola le resguardaba del sol. El pobre había tenido la mala suerte de que los años anteriores el puesto de socorrista hubiera sido ocupado por Emilio Miller, que era hijo de una inglesa soltera que vino un verano recorriendo España y se quedó a vivir en el pueblo, en una casita diminuta que tenía una higuera en el patio donde le gustaba desayunar al aire libre. Emilio medía metro noventa y tenía la estructura ósea de un mercenario, los cabellos rubios y los ojos azul oscuro. Aunque había llegado siendo un niño, mantenía el acento británico y nos encantaba cuando nos gritaba que nos ducháramos antes de meternos en el agua, que le dejábamos la piscina perdida de mierda y luego él se tiraba todo el día pasando la red. Conducía una moto de *cross*. Si veías polvo levantado en los caminos, sabías que había pasado por allí. Se decía que Paula, la Clueca, llenaba los días siguiendo su estela y que de andar tanto gastaba las suelas de los zapatos. Miller nunca le hizo caso, pero cuando la Clueca se echó novio, él empezó a recorrer más a menudo los caminos que pasaban por la finca de ella.

Decepción era patizambo. Su forma de subir las escaleras nos parecía la antítesis del erotismo. En su silla, transmitía desamparo y no heroicidad. Era un cachorro feo que su propia madre habría dejado morir de hambre. Erica y yo le mirábamos y decíamos hay que ver qué decepción este año. Era la muletilla de aquel verano. La habíamos repetido hasta la saciedad. Por eso no me esperaba la reacción de Erica aquel día cuando volví a sacar el tema.

—Tampoco hace falta hacer sangre, ¿no?

—Pero si fuiste tú quien le puso el mote.

Erica se entretenía haciéndole una trenza a la Burrilla.

—Por eso. Ya está bien.

—Es primo mío.

Me pareció extraño escuchar la voz de Olga. Todos decían que la Burrilla hablaba tan poco que se había hecho muda. Era una chica taciturna que se parecía a Miércoles, la niña de la familia Addams. Vestía siempre de negro y tenía la piel blanca como las chicas de las novelas románticas. Nunca la había visto con Erica. Nunca la había visto con nadie, pero aquella tarde brillaba en su dedo el anillo de la amistad.

Me ofrecí a ir al bar a por unos botellines. El alcohol siempre ponía de buen humor a Erica. La desaparición de Olivia no la había calmado. Su rabia no era circunstancial, no se creaba ni se destruía, oscilaba de un objetivo a otro y yo, que ya lo intuía, llevaba una diana en la espalda. Gusi estaba sentado con los chicos, al otro lado de la zona de césped. Cerdo asqueroso, pensé. Ojalá se muriera. El Porteño seguía en su puesto junto al bar. Jugaba con un cachorro de bóxer que le había traído Tomás, el Indio. Me acerqué a acariciarlo. Me mordió la mano y me dejó las marcas de los colmillos. Eché una ojeada rápida al tenderete. Apenas le quedaba mercancía. El Porteño me dijo que iba a haber tormenta. Miré al cielo. No podía estar más azul.

Pimentillo, sentado a una de las mesas de piedra del exterior, les estaba gritando a los camareros si se pensaban que era un mono porque le habían puesto cacahuetes de aperitivo. Caminé hasta la barra. Pedí tres botellines. Mientras los servían, me di la vuelta para tener una vista de la piscina. Erica y Olga se habían metido en el agua. Nadaron hasta la otra orilla, se impulsaron para salir y se sentaron en el bordillo. A Olga se le había deshecho la trenza. Erica se tumbó con los pies dentro del agua. Cogí las vueltas y las cervezas. Me acerqué al borde de la piscina. Levanté los botellines. Olga le dio unos golpecitos a Erica. Se incorporó y me gritó algo. No la oí. Decepción estaba tocando el silbato. Unos chicos se habían arrimado a la presa del puente. Que vengas para acá, repitió Erica. Se podía acceder a la otra orilla nadando o caminando a través de la zona que no cubría. Me quité las sandalias, me arremangué los pantalones y crucé la piscina lentamente. El suelo resbalaba. Una mancha oleosa de protector

solar flotaba sobre el agua junto a decenas de cadáveres de insectos. Una niña me preguntó si me gustaba su flotador de unicornio. Se lo habían comprado ese mismo día porque había perdido el otro en el río. Le dije que sí, que era el más bonito que había visto aquel verano, y continué hasta llegar a la otra orilla.

Cuando me quedaban apenas unos pasos para alcanzarlas, Erica y la Burrilla estallaron en risas, se levantaron al unísono, se tiraron de cabeza a la piscina y la cruzaron a crol. Decepción, viendo la jugarreta, se reía desde su torre. Los rechazados siempre celebran cuando no son ellos el objeto de las burlas.

El viento agitó los árboles y soltó una cosecha de hojas. Las primeras gotas me pillaron por sorpresa. Llovía con el cielo despejado. Emprendí el camino de vuelta. La niña del flotador de unicornio braceaba enérgicamente y giraba sobre sí misma. ¿A que no puedes hacer esto? ¿A que no? ¿A que no? El agua se ondulaba a su alrededor en círculos concéntricos. Arrastraba las hojas hacia el fondo, que se iban a pique como barcos en mitad de la tormenta.

Desde la piscina he caminado hasta la Chorrera del Diablo. El campesino que baja del huerto con una ristra de tomates al hombro me dice que este año ha llovido mucho y la cascada va alta. A mí me parece que está casi seca. Medrosa y seca. El arrastre de los inviernos ha acabado con el charco donde solíamos bañarnos. Las higueras esparcen su olor en el resol del mediodía. En la cima del monte, un chiringuito lanza sus bachatas por la sierra. Han construido un mirador sobre la cascada. Las escaleras de piedra serpentean hasta el agua donde unos chicos, desnudos de cintura para arriba, están practicando katas mientras se graban con una cámara.

Estoy preocupada por Olivia. Por su reacción cuando vea al primo. Estos días la he visto tranquila, demasiado tranquila, llena de muchas más pausas y de silencios inflexibles. O eso me parece a mí, que estaba muy serena, pero qué sé yo de cómo hay que estar antes de ver a la persona que te ha jodido la vida. He quedado con ella en la plaza para tomarnos una cerveza, pero antes he querido ajustar cuentas con la cascada, que es una bruja vieja que custodia las huellas del pasado y las descubre cuando menos te lo esperas. Aquí los ecos se agarran a la tierra, hunden sus raíces en ella y se hacen abono, y pestañeo, y han fertilizado. El alcohol a raudales. La cocaína hasta que el tabique sangraba. Los desprecios de Erica. Su alejamiento. El mío. El silencio de la prima todos estos años. El tiempo parece infinito, flexible, completamente maleable hasta que se hincha y revienta. Los años de rabia. La asfixia por las noches. El miedo a morirme. Respirar dentro de la bolsa de plástico de la compra, tantas veces que durante años adivinaré qué va a preparar el Padre para comer porque lo habré olido antes.

Camino hacia el llano donde aquella noche sucedió todo. No

recuerdo exactamente dónde paró Gusi la moto. Tampoco importa demasiado. La cascada emite sonidos del pasado. Sonidos que, en mitad de la naturaleza, me es imposible ahuyentar. No hay sedación. No hay suspensión de la conciencia.

Si grito, es mi grito.

Han instalado unos merenderos. Son tan nuevos que los bancos de madera apestan a barniz. Hay una hilera de cubos de basura de diferentes colores. La garganta domesticada es, también, una garganta cromática. Una familia ocupa una de las mesas. Cuando la madre saca de la mochila unos sándwiches para las dos niñas, me viene el recuerdo de los bocadillos de tortilla que el Padre me hacía cuando iba de excursión con el colegio, el huevo cuajado y la cebolleta verde, y cómo los tiraba a escondidas para que Laura Sevillano me diera la mitad de su tortilla de patatas sin cebolla. La hija pequeña del matrimonio está ovillada sobre la hierba. Un remolino de brazos y piernas.

—Pídele perdón —le dice el padre—. ¿Por qué has mordido a tu hermana?

La pequeña se ovilla más. Da vueltas sobre sí misma. Se muerde la mano. Se castiga. Se olvida del mundo exterior hasta que su furia se encuentra de repente conmigo. Para de inmediato los ataques a sí misma.

—¿Y tú qué miras?

La voz llena de capricho. De mimo. De melaza picante. Me vuelve a decir y tú qué miras, pero esa voz llena de capricho y de mimo está también llena de equivocación. No la miro a ella. Miro los ojos del padre. El verde. El marrón. Busco, en vano, señales de un reconocimiento mutuo.

—La señora mira lo que quiere, Adriana. No la molestes.

Perdonar para dejar ir. Lo he leído en algún sitio. En algunas de esas páginas que te enseñan a vivir, que prescinden de la ira, que mutilan las emociones, que las envuelven en papel burbuja para que sean inofensivas y te sugieren poner la otra mejilla y me pregunto si quien escribe eso no ha sentido alguna vez el alivio inmediato de la venganza, como lo sentí yo, aunque fuera una venganza minúscula, infantil y qué hay de malo en comportarse

como una niña, qué hay de malo en la regresión cuando avanzar es de cobardes.

Sin quitarle ojo al padre, respondo que no se preocupe. A la señora no le importa que la molesten.

Ya no.

Y ahora veo a este mismo hombre en posición fetal en medio de la oscuridad de la pista de tenis, los focos resplandeciendo como bengalas, creando un triángulo de sombra en la curvatura de su espalda. El alarde de la tristeza. La tristeza que enamoraba. Que atrapaba. Que erizaba el vello. Enamorarse del pensador de Rodin, de una pose, del deterioro de una emoción para ignorar que la tristeza puede ser solo tristeza.

Le había buscado por todos los sitios. El quiosco de Martín y los bares de la plaza. La calle de las flores. La ermita de las cuatro cruces. Cuando estaba a punto de abandonar la búsqueda, Busián, que subía del Corchuelo, me dijo que había visto a Gusi muy borracho merodeando por el polideportivo. Me quité las sandalias y caminé descalza por el cemento de la pista. Las había estrenado aquella noche, el cuero no estaba bien tratado, olían a carnero viejo y me habían hecho una ampolla enorme en el talón. La mirada de Gusi permanecía anidada en el lugar del horizonte donde converge la melancolía. A ciegas, hacía girar con la mano una botella vacía de VAT 69 sobre el cemento, como si estuviera invocando a los espíritus. Me agaché a su lado y puse una mano sobre la botella para detenerla. El roce del cristal me arañaba los oídos. Sus ojos, llenos de alcohol, eran papel mojado indescifrable.

—Gusi, tenemos que hablar.

Él me apartó la mano y le dio otra vuelta a la botella. Y otra. Y otra. La güija se había convertido en una margarita y decía no y decía sí y volvió a decir no. Se tumbó en el suelo de cemento y me dio la espalda.

—Gusi, me han contado lo que vas diciendo. Tienes que parar. ¿Por qué mientes?

Se volteó y su mirada, acuosa hasta aquel momento, se hizo carne.

—La Gusana tiene novio, Vera.

El dolor. Una de las experiencias que más nos confrontan con nuestra naturaleza humana. Que el dolor es subjetivo lo demuestra el hecho de que el nuestro siempre nos parezca mayor que el ajeno. Me encendí un cigarrillo y le di una calada. Le ofrecí a Gusi. Él lo rechazó.

—Cómo va a tener novio la Gusana si es la Gusana —murmuró.

Jamás se me olvidará cómo mi amor por él se transformó en tejido necrosado. El calor que emanaba de su cuerpo me repugnaba. Podía sentirlo, podía verlo. Ese calor que le circundaba y dibujaba su silueta como en el escenario de un crimen. Le di otra calada y aguanté el humo dentro. Me recorrió los pulmones como un animal revolviéndome las entrañas. Sin soltarlo le dije:

—Te jodes, Gusi. Te jodes. ¿Me oyes? Te jodes.

Y exhalé. La bocanada de humo le cubrió el rostro de un vapor purpúreo. Me di la vuelta. No miré atrás. La Suzuki Katana estaba aparcada en el camino que llevaba al polideportivo, justo en el comienzo del prado del tío Joaquinillo. Saqué las llaves de casa. Elegí la de la cancela y, con el cromado metálico flameando en la noche, tracé una raya en el carenado frontal. De lado a lado. Ahí tienes la línea de la vida, dije. A ver si eres capaz de seguirla.

Las tripas me rugieron. No había cenado. Sentía náuseas, pero mi cuerpo volvía a funcionar. El viento, aunque leve, era frío, y mecía como carrillones los cencerros de las vacas. La yegua se había soltado del amarre y dormía con la cuerda al cuello.

Mucho mejor no parecen irle las cosas al Urraca años después de la paliza. Las segundas oportunidades del pueblo son un regalo envenenado. Un elefante blanco siempre a la vista. Ha aparecido en la plaza por la calle de las Flores. Camina con una única muleta, arrastrando la pierna. Está rapado, probablemente para disimular la calvicie. Salvo por ese detalle, no nos ha costado reconocerle. Nariz picuda. Camisa blanca y pantalón negro. No recordamos su nombre. Su nombre real. Olivia dice Jorge. Yo digo Javier. Es increíble lo que la memoria se lleva con ella. En su camisa hay rastros de barro, como si hubiera estado trabajando la tierra. Cuesta imaginarle, así tan ajado, tan consumido, realizando cualquier esfuerzo físico.

El periódico de la comarca zanjó el asunto como un ajuste de cuentas. En el pueblo se esperaba que el Urraca, en cuanto se le estabilizara el cuerpo, desapareciera, que volviera a Madrid o cruzara la frontera a Francia o a Portugal. No solo no se fue, sino que empezó a dejarse ver más a menudo por los bares de la plaza. La gente le rehuía. Los saludos, si los había, eran rápidos. Apenas una inclinación de cabeza. El Urraca era un muerto viviente que ni la Espiritista podía mandar de vuelta a la tumba.

Está anocheciendo. Aún no es verano, pero el calor se ha adelantado este año. Antes, la cercanía de la sierra refrescaba la noche. Ahora, ni eso. No hay apenas gente. Ha sido fácil encontrar una mesa libre en la terraza del Merengue, el único bar que sobrevive en la plaza, aunque, con la iluminación de tungsteno y las bicicletas colgadas en la pared, en nada se parece al antro *heavy* de mi recuerdo. Sin embargo, hay cosas que nunca cambian; nos han traído la cuenta nada más dejar la bebida en la mesa. Los pájaros sobrevuelan los tejados como puntas de lanza que disparan

en una y otra dirección, una batalla etérea de la que nadie sale herido. Una señora, sentada en un taburete bajo uno de los soportales de la plaza, nos observa de arriba abajo. Un verano me bastó para conocer a esta gente, ha dicho Olivia hace un momento. Orgullosos. Desvergonzados. La respuesta siempre afilada. Los puños, cerrados. La sonrisa ausente. Ojos verdes. Gatunos.

—¿Quieres saludar al Urraca?

Le digo a la prima. Silencio. Un pestañeo rápido. Los temblores rojizos del atardecer se entretienen en su pelo castaño.

—Olivia, ¿hablaste alguna vez con él después de lo que le sucedió?

Se pone las gafas de sol y gira la silla. Contempla la fuente de la plaza con sus seis caños, las casas sobre los arcos de los soportales, una de ellas con el techo vencido por las lluvias. Un niño mete las manos en el abrevadero y se las lame. El Urraca pasa de largo y habla con Mateo, el Sastre. En el pueblo conviven varios tipos de zumbados. Los que se han quedado tontos por las drogas —el grupo más numeroso—, los que se vuelven locos durante los inviernos cuando el viento sopla de continuo y los que ya lo están de nacimiento. Mateo pertenece a este último grupo. Cuando era joven solía bailar hacia atrás en la pista de la Rainbow, imitando a Michael Jackson. El pelo cubierto de gomina. Los zapatos negros de borla. Se los ponía incluso para pasear por la garganta y después volvía al pueblo con el cuero cubierto de tierra reseca. Esta tarde también los lleva y una camisa de manga larga ceñida en la parte de la barriga. Al engominado del cabello le han salido canas. Su mirada, aunque está escuchando al Urraca, busca a los niños que juegan a la pelota en la plaza.

Los pájaros siguen volando desde el ayuntamiento hasta los tejados de las casas. El Urraca se despide de Mateo y camina renqueante entre los adoquines. De entre los chavales que juegan al fútbol, uno grita ¡Urraca, patachula! Y los otros se ríen. Él ni siquiera se da la vuelta. Continúa como si nada, apoyando concienzudamente la muleta sobre el entramado irregular, buscando en los adoquines ese lugar seguro que no le ofrece la vida. Olivia se deja escurrir un poco en la silla, acomodando la

espalda. Llama a uno de los camareros. Por su constitución, fuerte y achaparrada, debe de ser hijo de los Carabelas. Son una familia de nueve o diez hermanos. Todos trabajadores. Todos con las mismas espaldas anchas. Recuerdo la sonrisa sincera y los ojos azules de Abraham, el mayor. Siempre me trató con amabilidad. Tuvo la mala suerte de enamorarse perdidamente de Amaya, la Punki. Lo último que supe de él es que vivía en una casa okupa en el sur de Madrid y se pasaba los días colgado de la Punki y de la heroína. El Carabela, con su mirada abierta y el repiqueteo de los dedos sobre la bandeja, le pregunta a Olivia si desea algo más. Los pájaros reposan un momento sobre el escudo de los Zúñiga, que preside la plaza. Batida de alas. Graznidos al viento. La noche le reclama espacio al cielo. Ella se gira hacia el camarero y le dice que otra cerveza. Por favor. Y una ración de patatas fritas.

—No hablé con él. Yo le vi. Le vi y me di cuenta de lo que el Tarado me había quitado. Era mucho más de lo que creía.

Me dice que aquella mañana en el Penta le miró a los ojos, o lo que quedaba de ellos, y supo que la negrura tenía matices indistinguibles para ella.

Por la velocidad con la que la sangre abandonaba su cuerpo, le habrían desgraciado hacía poco. Olivia le recorrió con la mirada. Tenía el ojo izquierdo hinchado. Un derrame le había dejado inservible el derecho. En su rostro, apenas rasgos humanos. El olor. Olivia recordará siempre el olor. Cuando las imágenes han perdido fuerza, cuando los bordes son ya temblores del hastío, el olor es un corte profundo en las fosas nasales. Años después le escucharía decir a un chico que combatió en Yugoslavia que nunca olvidaría el aroma insoportable de la guerra, la semejanza del hedor de los cuerpos quemados con el de la piel chamuscada de los cochinos.

Reconoció al Urraca por los pantalones bombachos y porque ¿quién más podía ser aquel charco pegajoso de fluidos y excrementos? Las tripas, aunque pateadas, las tenía dentro del cuerpo. Olivia no llevó a cabo ningún ritual satánico, como había dicho Erica. El hechizo lo recibió ella. La visión de aquel cuerpo,

retorcido en sangre, unos cuajarones que solo le producían náuseas, le hizo darse cuenta de lo que ya no era ni volvería a ser. No volvería a vivir sin un cristal empañado entre sus vivencias. No volvería a sentir a sus semejantes, a reír o a llorar con ellos porque el Tarado la había convertido en un monstruo, insensible, con una espina dorsal tan rígida que ni siquiera pudo ponerse de cuclillas para consolar al Urraca. Por primera vez desde el episodio de la habitación, sospechó que su transformación era irreversible. Monstruo eres y al monstruo volverás algún día.

Aquella mañana había quedado con el Urraca en las Cruces, a la entrada de las Lomas. Allí la recogería con la furgoneta. Quería llevarla a un charco a tres pueblos de distancia donde el sol, al amanecer, creaba un barniz dorado sobre las aguas, un pan de oro ondulado por la caricia del viento y los chapoteos de las cabras montesas. Ella le había esperado media hora, con la oscuridad acechándola. Después había caminado hasta el pueblo por la carretera, donde el Urraca podría verla si se cruzaban por el camino. Cuando llegó al Penta, estaba segura de que se había quedado dormido.

El fardo de carne musitó su nombre. Alargó los brazos. Ella sintió el asco acomodándose a sus anchas. Lo he intentado, lo he intentado y no he podido, le dijo a la niña que quería jugar toda la vida, a la niña que no se defendió en aquella habitación del Tarado, la que contó una y otra vez la misma historia hasta que se dio cuenta de que la repetición no la ayudaba a memorizar, como le habían enseñado en el colegio, porque cuanto más repetía, más le pedían que olvidara. Se olió las manos. Desde pequeña le había calmado el olor dulzón de su piel. El olfato le recordó que la noche anterior se había atracado de galletas de chocolate y después se había metido los dedos para vomitarlas hasta que en su saliva hubo vetas de sangre y le vino a la memoria aquella vez en la que su padre, comido por la rabia, la llamó muñeca vomitona. En uno de los taburetes del bar, la Pepa la observaba. Repantingada. Los ojos inertes de la marioneta cobrando vida con la luz azulada de la mañana. Salió del Penta. La puerta crujió. Uno de los goznes estaba suelto. Olivia no corrió. Sí caminó deprisa. En el cerro, las

campanas de la iglesia tocaron a muerto. Un entierro. Pronto habría otro. Dejó atrás la panificadora, que a esas horas ya exhalaba una actividad frenética. Al pasar la Corona se le ocurrió que alguien podría haberla visto y le cargarían el asesinato. Aún no sabía que nadie iba a preocuparse por un drogadicto porque el Urraca era, como ella, un habitante de los márgenes. Eso era lo que él había visto en ella, la posibilidad de habitar un espacio compartido.

En la fuente de los Caños, Avioneta estaba lavándose. Se había quitado la camiseta y se frotaba el pecho con las manos. Tenía el rostro acalorado. Miró a Olivia. Ella vio en aquellos ojos cansados lo que otros no supieron nunca descifrar, quizá porque estaba demasiado a la vista, quizá porque el deterioro de la moral, el verdadero deterioro, conduce al hastío, a la inmovilidad. Y ese hombre despedía un olor a sudor pegajoso, a sangre ajena y a fluidos fermentados, a humores revenís y a un amor ciego por su hija, por su amada bestia que lo destruía todo o hacía que lo destruyeran. Olivia agachó la cabeza y aceleró más el paso. A riesgo de tropezar, caminó con la vista en sus zapatillas de tela y permitió que la mirada de Avioneta la atravesara limpiamente y la dejara marchar.

Nunca le había visto con este esmoquin azul claro, aunque hace tanto que no celebramos algo que no puedo fiarme de mi memoria. Vitoria, la viuda del estanquero del pueblo, cuidará a mamá hasta que volvamos. Es una mujer alegre y dicharachera, de esas que *esporpollan* cuando mueren los maridos, que te acarician el hombro al hablar y levantan a su paso el sonido de las hojas secas. El Padre la conoce bien porque la suele contratar los veranos para la limpieza de la casa. Podría haber dejado a mamá en Madrid con Fran, pero con esa lógica que solo él entiende ha asegurado que, aunque no la podamos llevar a la boda, al menos que no sienta que la abandonamos.

No puedo contener la risa cuando le veo mirándose en el espejo del recibidor.

—¿Adónde vas con ese monóculo si la boda es en el campo?

—Con lo mamarracha que eres y me das lecciones de estilo.

Me echo una ojeada rápida. Pantalones de tela con botas altas y una camiseta de lino. Lo primero que he encontrado. ¿Lo más decente? No, lo que estaba limpio. Hace meses que no me compro ropa. Claudia suele decir que un fondo de armario pobre es también un indicio de falta de alegría.

Desde casa a la comuna son unos cuarenta minutos de un paseo agradable cuyo tramo final se interna en un bosque de encinas y pinos que bordea la garganta, pero no ha dejado de llover desde anoche y nos empaparíamos antes de salir del pueblo. He quedado con Olivia directamente en la boda. El Padre y yo hemos decidido llamar al único taxi de la zona, que ha dicho que ya venía para acá, pero que estaba terminando un viaje a cincuenta kilómetros. Cuando por fin ha llegado, el Padre se ha despedido veinte veces de mamá. Le ha dicho bonita. Le ha dicho preciosa. Le

ha dicho volvemos enseguida y me ha mirado con cara de querer matarme cuando le he recordado que teníamos prisa.

Durante el trayecto, a pesar de que el cielo está en carne viva y los caminos embarrados, las vistas del valle me recuerdan lo mucho que amé esta tierra hasta que me enseñó los dientes. Las ruedas del taxi patinan en una de las curvas de la zona más alta de la montaña. El conductor reacciona a tiempo. Lo que nos faltaba, dice el Padre, despeñarnos y dejar a mamá a cargo de la viuda alegre. En la puerta de la comuna, bloqueando el paso hacia la cumbre, hay un montón de coches aparcados. El BMW de la prima destaca entre los modelos de gama baja.

La ceremonia se celebra en el antiguo secadero de tabaco que le sirve de dormitorio a la comuna. Han apilado las literas y los sacos de dormir en un rincón junto a unos tambores. Aunque hace años que el repele se ha reducido en la zona y el edificio debe de llevar tiempo abandonado, aún huele a tabaco. Del techo cuelgan las correas donde antiguamente se secaban las hojas. Por las palomeras de las pilastras entra el olor a mojado y la dureza de un sol que poco a poco va descorriendo las nubes y le va comiendo terreno a la uniformidad de la lluvia. En uno de los laterales, apartadas de las goteras para que no se mojen, han puesto una fila de mesas desplegables. Al entrar, los asistentes dejan allí las fuentes de cristal. En la invitación aseguraban que no querían regalos, pero que agradecían la aportación de comida. Alcohol, no estaba permitido.

—Te dije que tendríamos que haber traído algo —le digo al Padre, que tiene la mirada traviesa de quien se ha salido con la suya.

Me gusta esa mirada. Me gusta pensar que dentro de él hay un niño que no está encerrado, que ha decidido quedarse ahí, acomodado, bien mullido entre las vísceras. Y ahora me está diciendo que qué se han creído. Que no somos los Reyes Magos.

El hijo pequeño de uno de los miembros de la comuna va de un lado a otro dando la bienvenida con una reverencia y agradeciendo los víveres. El Padre le revuelve el pelo y le responde que no hay de qué. Se para a hablar con un par de personas que a

mí no me suenan de nada. Soy muy despegada con la familia. Una raspa en toda regla. No veo a Olivia por ningún sitio. El primo está de pie, situado en el centro del secadero, dentro de un círculo de piedras de río cubiertas por musgo, esperando la llegada de la novia y saludando a quien se le acerca. Le observo desde la distancia. Se ha rapado el pelo al cero y viste una túnica carmesí. De su juventud, le queda más bien poco. Tiene las pupilas dilatadas y la mirada de quien no ha roto un plato. Me acuerdo de que fue él quien nos enseñó que después de hacer ejercicio, si no queríamos tener agujetas, había que estirar los músculos. También, cuando íbamos de pesca, a remover la tierra con la azada para sacar lombrices que después usábamos de cebo. El primo. El Tarado. Del día de la habitación no me acuerdo. Tampoco que a la prima le gustara Extremoduro. Paro el pensamiento que me cruza la mente. Un meteorito destinado a implosionar la historia de Olivia. ¿Y si fuera un falso recuerdo? ¿Y si se lo ha inventado? No le hagas esto a ella, me repito. Tú, no. Una mentira repetida se convierte en verdad. Una verdad reiterada se transforma en sospecha porque, en la vida, el orden de los factores siempre altera el producto.

Junto al primo, una mujer se presenta a los invitados como la sacerdotisa que oficiará el evento. Miro al Padre. Por más que lo niegue, por más que durante estos años haya intentado rehusar la influencia de la genética, nuestro parecido es indudable. Sé lo que está pensando porque es lo mismo que estoy pensando yo. Dos cerebros unidos en la malicia de las aristas. Sonrío cuando acerca sus labios a mi oído.

—Si es que estamos todos tontos en esta familia.

Al fondo, al lado del equipo de música, descubro a Olivia. Lleva un vestido blanco largo de lencería y el pelo recogido en un moño bajo. La novia, pienso. Se ha vestido de novia. Balancea su peso de un pie al otro. Sostiene con ambas manos un plato cubierto con papel aluminio. ¿Qué estará pensando? Aunque en los últimos meses nos hemos acercado, sigue habiendo una barrera invisible entre nosotras, un hechizo del que salimos siempre rebotadas, expulsadas a nuestro rincón del cuadrilátero. Le hago un gesto para que se acerque. Ella me hace ver que está bien ahí. La llegada de la

novia, la verdadera, una chica de corta estatura más bien enclenque, es anunciada con música celta. Lleva una túnica empapada por la lluvia, a juego con la del primo, y una corona de margaritas. Sus pies descalzos arrastran un reguero de barro. Entra en el círculo de piedra, frente al primo. La sacerdotisa dice unas palabras sobre los espíritus y las almas entretejidas, sobre lo que nace y muere y está destinado a trazar elipsis vitales. Entonces ata las manos de los novios con una cuerda verde que los mantiene unidos mientras ellos pronuncian sus votos. Después, mirando a los asistentes, tira de los extremos y como en un truco de magia los novios se liberan de la atadura sin que se haya deshecho el nudo, que permanece en la cuerda. Es el símbolo de vuestro matrimonio, dice, y yo recuerdo que he visto algo parecido, un rito similar, en la película de Mel Gibson sobre la liberación escocesa, y recuerdo haber llorado con el final y durante las semanas siguientes haber creído que la lucha por defender los ideales era necesaria hasta que el Padre me convenció, con sus lecciones sin palabras, de que hay dictaduras irrevocables. Los novios se besan. El volumen de la música sube y borra las huellas de los cánticos pasados de los trabajadores del repele, las órdenes de los capataces de las cuadrillas, las ruedas de los remolques que transportan las bandejas de tabaco, el sonido de las estufas de secado, los rastros de una tierra que ahora, durante unos minutos, gracias a la influencia del cine, se ha convertido en un castro celta.

Le pego un codazo al Padre para que deje de reírse.

Uno de los quejigos ha sido doblegado por un rayo. La corteza se ha abierto y las ramas se comban hasta tocar el suelo. Ha dejado de llover. Paseo por el huerto, entre las tomateras y las lechugas. Está anocheciendo y el fuego en el cielo ya son solo brasas sin fuerza. En el gallinero cercado con malla metálica, tres gallinas picotean cáscaras de sandía. He seguido a Olivia, que se esfumó del secadero en cuanto se acabó la ceremonia. Se ha sentado en una piedra y le da bocanadas profundas al cigarro. Está muy guapa con el vestido blanco. En sus hombros salpicados de manchas

permanece la huella de aquel día en la Mora. El maquillaje le sienta bien. El poder de la belleza, me digo. Que es enorme. Que está siempre dispuesto a recordarnos que para llegar al interior hay que atravesar la superficie, que la estética permea o repele, que es un animal tan salvaje que cuando se asesina a una chica guapa la gente dice qué pena, con lo bella que era, como si matar a una fea fuera natural y necesario, incluso adecuado, pero la belleza hubiera que salvaguardarla.

—¿Desde cuándo fumas?

—¿Quieres uno?

Acepto la invitación. Le doy unos golpes en la boquilla antes de encenderlo.

—No debería fumar. Y tú tampoco.

No sé de dónde me ha salido el consejo de madre. Es que tengo edad para serlo. La tengo para dentro de poco ya no poder serlo. La tranquilidad que Olivia ha mostrado en los últimos días se ha roto por completo. Su pecho sube y baja acelerado, al borde del colapso. Tiene rastros de sangre en las uñas, mordidas hasta la carne. En el suelo, el plato cubierto con papel Albal. Lo señalo.

—¿Quieres que lo lleve a la mesa del secadero? O se lo damos a las gallinas.

Niega con la cabeza, transitando esos silencios que son extenuantes para los que nos quedamos en el mundo sonoro. Pienso en lo absurdo de Olivia trayendo el plato hasta aquí. En lo maravillosamente inverosímil que es la realidad. En lo estéril que es la coherencia. Pienso en ello y lo digo:

—¿Estás bien?

Una pausa. Todo lo bien que se puede estar en este momento, prosigo.

—Es un flan. Lo que he traído. Un flan. No creo que les guste a las gallinas.

—Comen de todo, ¿no?

—Ni idea. Nunca he tenido una.

—Eso no es verdad. ¿Te acuerdas de los pollitos de colores que nos compraron nuestros padres cuando éramos pequeñas?

Los vendían en el herbolario de la calle Juan Muñoz. Pollitos

rosas, azules y amarillos en una época en la que el amor a los animales se medía en grados de fluorescencia. El mío, *Lucas,* se murió el segundo día. El de Olivia creció y mudó las plumas y cuando fue ya todo un gallo volaba por la casa y se tiraba a picar a los que iban de visita hasta que el tío se lo dio a un hombre que tenía una huerta a las afueras, donde después construirían el barrio nuevo.

—¿Crees que debería irme de aquí?

Se le ha levantado el vestido dejando al aire las heridas de las piernas. Hay pocos centímetros en su piel que no hayan sido arados. No sé qué decirle. ¿Cómo puedo saberlo si no mantengo diálogo ni conmigo misma? Le cojo las manos. Sudorosas. Las uñas, amputadas. Uñas de una persona que ha sufrido y se ha rebanado a sí misma. Y descubro a Aitor en la frase que logro construir a tiempo. Repetir las palabras de los otros te da una idea de lo necesitado que estás de cariño. Imitamos para aprender, pero la mayor parte de las veces imitamos simplemente para ser.

—Igual te viene bien escucharle.

Sería fácil arreglar los problemas ajenos, crear una cadena donde le asignáramos a los demás nuestras preocupaciones.

—¿Tú también crees eso? ¿Tú también crees que debería quedarme?

Yo no sé qué creo. Si ni siquiera sé quién soy. Ni a quién se refiere con el también, quién más está aquí en este momento porque, según me contó, su marido, del que no sé ni el nombre, no conoce la historia. Me siento mareada. No se me da bien decidir. El hormigueo en los brazos. Me impaciento. No quiero estar aquí. La incomodidad infantil de querer quitarse de encima lo que te molesta. Las sienes me palpitan y la sensación es la misma de aquella vez, la ira por tener delante a Olivia, por obligarme a hacer lo que hice. La discoteca. La música amortiguada, lanzándose a la noche cuando se abría la puerta de la Rainbow. Busco la copa de Malibú con piña en su mano. La botella con el agua bendita en el bolso. A Erica soplándome en la nuca. Pero estamos las dos solas. Ya no hay Urraca, ni Gusi. Ya no hay más que Olivia y yo. Ya no hay excusas. Cuando no hay contexto, solo permanecen los

cuerpos. Decido abrir el mío en canal.

—Llevo tiempo queriendo decirte que siento mucho lo que pasó en la Rainbow.

Mi pecho se hunde. Quitarse un peso de encima para ponérselo a los demás, para que me otorgue el perdón y me libere de la culpa, pero Olivia no me está escuchando. Al menos, no del todo. Su respiración se agita con más fuerza. A lo lejos, el primo camina hacia nosotras entre las jaras y las encinas y hay algo en esa imagen, en el primo atravesando el monte en lugar de usar el camino, que tensiona la calma del paisaje. ¿Os dejo?, le digo, pero no suena a pregunta.

—Olivia, no te preocupes. Ya no puede hacerte nada.

El miedo es un animal corrosivo y excéntrico que adopta múltiples caras, pero no acabo de ver por cuál de ellas se decanta en la prima. Las aletas de la nariz dilatadas. Los puños apretados. El cuerpo, que traiciona. El papel aluminio del plato se ha resbalado. El caramelo líquido del flan se derrama sobre la tierra mojada.

—Tú me crees, ¿verdad? Dime que me crees porque, si no, no puedo hacer esto. Necesito saber que me crees.

—Claro que te creo.

—No te preocupes. Puedes dejarme sola. Todo va a ir bien. Te veo mañana y te cuento.

Saludo al primo, que desliza dos o tres palabras clichés sobre lo mucho que he cambiado, y me disculpo. Debo buscar al Padre. Sale tan poco que se emborracha enseguida. No sé por qué digo eso. El Padre apenas bebe. Nunca siente la necesidad de escapar, de airearse, de echar una cana al aire. En lo esencial, somos diferentes. Huir o enfrentarse. Él se enfrenta. Antes de internarme en el camino que desemboca en el secadero, me vuelvo para echar un último vistazo. El primo con la mano sobre el hombro de Olivia. Ella, con la cabeza agachada. El sol ha perdido el pulso a la noche. La niebla avanza y acoge los sonidos del bosque, despiertos con el fin de la lluvia. El Padre me apremia con que volvamos a casa. Unos chicos que se alojan en el pueblo se van ya. Se han ofrecido a llevarnos. Así nos ahorramos el taxi. No quiere dejar a mamá sola

mucho tiempo. Debería quedarme, esperar a Olivia, aunque ella misma me ha despachado hasta mañana. Vámonos, le digo al Padre. Por hoy ya es suficiente, pienso. Por la mañana quedaré con la prima.

En el regreso a casa, los chicos nos dicen que las lluvias torrenciales se han llevado la piscina del pueblo de al lado. Pienso en lo extraña que es la vida, en cuántas cosas mueve la tierra cada año, en que nosotros nos movemos con ella y que es increíble que creamos que permaneceremos siempre en el mismo sitio.

Me acuesto sin tener noticias de la prima. Aún no sé si su historia ha tenido un final feliz. Ni siquiera sé si es un final ni qué significa la felicidad cuando tu identidad es la herida. Me duermo intercambiando audios con Aitor. En algún momento he pensado en lo mono que es y en que tengo ganas de verle y en que ya nada será igual, da igual lo que suceda entre nosotros porque el temor a la pérdida se ha instalado a hurtadillas y empuña una daga sobre mi cabeza.

Me he acordado de aquellas palabras de Erica, cagarse de amor.

El sonido del teléfono en la noche abre la puerta a otra vida. La vida del miedo. La temible gravedad de las palpitaciones a oscuras. Me sobresalto. Mamá, pienso. Tardo unos segundos en darme cuenta de que está durmiendo en la habitación de la planta baja.

Cojo la llamada. Olivia suena ronca a través del teléfono, como si se hubiera acatarrado en la boda. No entiendo lo que dice. ¿Qué ha pasado, Olivia? Tengo un mal presentimiento. Nunca los he tenido buenos. Estoy fuera, dice. Cuando piso las baldosas, la capa de polvo que las recubre se me adhiere a la planta de los pies. Me siento extraña en esta habitación en la que una vez bailé y amé y besé los labios bidimensionales de los chicos de los pósteres y dejé que la música me quitara las palabras y que ya no me pertenecieran.

Puta. Zorra. Guarra. Perra caliente.

Abro el balcón. El aire fresco me lleva a aquella noche en la

que el Cojo me dijo que ya estaba hecho. Que Gusi había dicho que sí. Parado debajo de la farola. El bueno de Busián. El arrastrado. El miserable. El que me soltó aquello cuando el pueblo dictó sentencia. «Si algún día voy a Madrid, podemos vernos, pero aquí en el pueblo no puedo saludarte; ya sabes cómo es la gente.» Pensar así. Pensar así y decirlo. Tener una boca sin dientes que detengan el pensamiento.

La calle está vacía. En la casa de enfrente, que en su día fue del médico del pueblo, vive una señora muy mayor que ha convertido su hogar en territorio de las ratas. La casa de los Monster, la llama el Padre. En el jardín han crecido las hierbas salvajes hasta taponar la puerta que da a la calleja. La balaustrada de la escalera de la entrada tiene desconchones que hacen difícil adivinar el color original de la pintura. La mujer está despierta y se mueve de una estancia a otra de la casa. Las persianas, bajadas, son tan viejas, faltan tantas lamas, que trazan su silueta.

Inhalo el aire fresco. La lluvia ha levantado los aromas del monte. El romero. La jara. Incluso los pinos del camino Alto. Y la veo. A Olivia. Junto a los cubos de basura. Veo la sangre en su vestido de raso. Los puños apretados. El recogido, deshecho. Los mechones que se le pegan a la frente. La mirada relajada. Me hace una señal para que baje. Enseguida, le digo.

El interior de la casa sigue a su ritmo. Ronquidos del Padre. La respiración pesada de mamá. El olor dulzón de las perrunillas que trajo Vitoria. Camino despacio. Postergar, no enfrentarse. Ojalá la casa fuera un laberinto. Ojalá una búsqueda constante, infructuosa. Abro la puerta. Olivia sigue en el mismo sitio. Me doy cuenta de que siempre ha estado parada. Siempre inmóvil. En mi recuerdo. En el presente. Doy un par de pasos hacia ella y mi pecho se desploma. En sus brazos, cortes sucios, trasquilones en la piel aún palpitantes. Me acerco más. Que no me preocupe, que los cortes se los ha hecho ella, dice. No parecen muy profundos, pero en su vestido hay demasiada sangre. Echo un vistazo rápido a su cuerpo en busca de más heridas. No las encuentro.

—¿Qué has hecho?

Mi voz ya no sabe las preguntas adecuadas. Cuando la voz te

traiciona, cuando el lenguaje falla, ¿qué te queda? Mi voz lo intenta de nuevo.

—¿Qué te has hecho?

—Ya está.

—¿El qué está?

—Ya se ha acabado.

Esto sí que no tiene pinta de final, Olivia. Más bien parece un nuevo comienzo.

Le pregunto de nuevo qué ha pasado, aunque ella tenía razón en que ya está, mi imaginación ya ha completado los huecos, ha rebuscado en todas las referencias, ha escaneado las posibles opciones y ya ha elegido, aunque tiene la sensación de que algo se le escapa, de que no acaba de atar todos los cabos. Quizá por eso, continúo con las preguntas:

—¿Estás segura?

Lo está. ¿Sabes que el cerebro se parece a pasta dentífrica?, me dice. ¿Y que el cuerpo convulsiona frenéticamente antes de pararse del todo, como si supiera que es su última oportunidad?

Se lo llevó a dar un paseo. Monte abajo hasta la garganta. Él estaba tan desesperado por lograr su perdón que hubiera ido hasta el mismísimo infierno. Le habló de arrepentimiento. De un impulso irrefrenable. De la terapia que siguió sin resultado durante años. Y de la paz que por fin consiguió al unirse a la comuna. Allí le han curado. Se encargan de eso, de sanar a los desviados. Quería ofrecerle a ella esa tranquilidad. Intentar enmendar el daño. Las puertas de Sakura están abiertas para acogerla. Olivia pensó en el niño pequeño que recibía a los invitados de la boda. En la niña que ella fue y que nunca pudo salir de aquella habitación. Allí permaneció, para que él la visitara a demanda, aunque estuviera a miles de kilómetros de ella, aunque hubiera perdido la tridimensionalidad y los colores y fuera solo escala de grises, y ahora, que la había recobrado, se presentaba ante ella resucitado. Cerró los ojos un instante y se escuchó a sí misma mientras el primo hablaba de autocontrol y de fuerza de voluntad. Había tenido miedo de echarse atrás, pero su cuerpo no cambió de opinión. En su cuerpo no había mutado el grito. Alto y claro.

Venganza.

—¿Lo tenías todo pensado? ¿Ya sabías a lo que venías?

—Bueno, siempre hay margen para la improvisación, ¿no?

Así que sí había algo que le hubiera salvado la vida al primo. Se trataba de eso. Como en un concurso de televisión, había que decantarse por la puerta correcta. El problema es que había demasiadas opciones erróneas. El problema es que yo tampoco sé cuál es la mía.

—Vera... No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? No nos han visto salir de la comuna. Ahora lo estarán buscando. O no. Yo qué sé. Estoy segura de que muchos de los que viven allí terminan suicidándose cuando se dan cuenta de que eso del cambio es un cuento. No será el primero que desaparece.

Siento hormigas rojas inyectándome fuego en el estómago. Tiene que ser un sueño. La silueta de la casa de los Monster se vuelve a cambiar de habitación. Apaga y enciende lámparas. Es una luciérnaga que lleva la luz con ella. Siento envidia de su insomnio. Me da igual el motivo. Se lo cambio. A ciegas. Su insomnio por el mío de los próximos veinte años.

Vera, suplica Olivia. Me doy cuenta de que me ha llevado de nuevo a la habitación del primo, a aquel momento en el que él nos dio el dinero para los helados. La colcha de calaveras. El disco de Extremoduro. La promesa de la púa. Me está pidiendo que no me marche, que me quede con ella. Mi mente elabora toda posible salida. Ahora ya no me gusta el laberinto. Ahora ya quiero estar fuera. Ahora ya los nombres pasan por mi cabeza como en una ruleta rusa.

Aitor. Gusi. Erica. El Urraca. El primo. El Cojo.

Está amaneciendo. Se ha levantado un viento dulce que acuna los bajos del vestido de Olivia y lo convierte en una bandera blanca sanguinolenta. Nuestra bandera. Las pupilas le brillan. Soy incapaz de mantenerle la mirada y mis ojos se mueven hacia el cubo de basura y después vuelven a ella y mi mente sigue dando vueltas, Aitor, Gusi, Erica, el Urraca, el primo, el Cojo, comprobando las hipótesis, creando vías alternativas, pero no las hay, no se puede vivir siempre en un final abierto. Le digo que pase un momento a

casa para cambiarse de ropa. Habrá que lavar la suya con lejía y curarle las heridas de los brazos. Pienso en el primo. En que, si nada lo ha detenido, su cadáver viajará garganta abajo atravesando la Mora, descenderá hasta la piscina —llena con las lluvias torrenciales de la noche—, pasará por las compuertas abiertas del puente romano y llegará a la cascada, donde se despeñará, la cabeza vacía de sesos, hasta llegar al río. Y me acuerdo de los Saltos, de aquel motorista que se estrelló contra el escaparate de la carnicería dejándose el cerebro entre las orejas de cerdo y los costillares, y me pregunto dónde estará la Espiritista, qué habrá sido de ella y qué nos diría de las muertes cíclicas.

En la casa de los Monster la anciana se mete en la cama. Ahueca la almohada antes de apoyar la cabeza. Apaga la lámpara de la mesilla.

Mañana será otro día.

El limo
Rosa Jiménez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Fotografía de la cubierta: © Maria Yakimova / Trevillion Images

© Rosa Jiménez, 2024

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-1107-487-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!